

JOSE
BERGAMIN

ANTOLOGIA
PERIODISTICA

II



Jose Bergamin

LITORAL

Distribución para librerías:

VISOR LIBROS
Calle Tomás Bretón, 55
MADRID - 20

LES PUNXES
Sociedad Limitada
Escornalbou, 12 - Teléfono 2352208
BARCELONA - 26

litoral

Dirección, Redacción
v Administración:

Urbanización La Roca, 107 - C

TORREMOLINOS
(Málaga)

Teléfono 384200 - Ext. 107 - C

PRECIOS:

Este ejemplar	850 Ptas.
Suscripción anual.....	3000 Ptas.
Colección de cada año (números atrasados).....	2500 Ptas.
Extranjero:	
Europa.....	3800 Ptas.
América	\$ 40 USA

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento



José Bergamín

EL PENSAMIENTO
DE UN ESQUELETO
ANTOLOGÍA
PERIODÍSTICA

II

Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación trimestral

La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta.

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Copartgraf, s. coop.
Maracena (Granada)

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización La Roca - 107-C
Teléfonos: 384200 - Ext. 107-C
380758
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal: MA. 128-1968

Suscripción anual (10^o - año)

3000 Ptas.

Extranjero. 3800 Ptas.

DISTRIBUYE

VISOR LIBROS

Calle del Roble, 22
MADRID - 20

LES PUNXES

Siglo XXI de Catalunya

Sociedad Limitada

Escornalbou, 12
Teléfono 2352208

BARCELONA - 13

LITORAL



Distribución para librerías:

VISOR LIBROS
Calle Tomás Bretón, 55
MADRID - 20

LES PUNXES
Sociedad Limitada
Escornalbou, 12 - Teléfono 2352208
BARCELONA - 26

litoral

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización La Roca, 107 - C
TORREMOLINOS
(Málaga)

Teléfono 384200 - Ext. 107 - C

PRECIOS:

Este ejemplar	850 Ptas.
Suscripción anual	3000 Ptas.
Colección de cada año (números atrasados)	2500 Ptas.
Extranjero:	
Europa	3800 Ptas.
América	\$ 40 USA

José Bergamín

EL PENSAMIENTO
DE UN ESQUELETO

ANTOLOGIA
PERIODISTICA

LITORAL

TOMO II

Selección y Comentarios

GONZALO MALVA CANDELA



EDITORIAL LITORAL



LITORAL



José Bergamín

EL PENSAMIENTO
DE UN ESQUELETO

ANTOLOGÍA
PERIODÍSTICA

TOMO II

Selección y Comentarios
GONZALO PENALVA CANDELA

Viñetas

ANTONIO ABAD

Al desbordarnos la primera entrega de las dos anunciadas sobre la antología periodística de José Bergamín, para el material seleccionado ha sido necesario llegar a una tercera entrega, un tercer número de *Libros*.

Supuso nuestro trabajo un volumen de más de doscientas setenta páginas, un trabajo bastante activo para nuestros cálculos y nuestro tiempo.

Gonzalo Penalva ha realizado una selección de las viñetas de *El pensamiento de un esqueleto* que realizara su labor.

Este segundo número comprende los escritos sobre Política (con mayúscula).

El tercer tomo y número comprende: Religión y "Temas varios".

Hemos prescindido de la antología periodística que José Bergamín realizara en el país vasco: concretamente en *Eguín* y *Punto y Hora*; porque esta etapa está recogida en un libro de Gonzalo Santaja que ha aparecido recientemente.



José Luis Prieto. 1984

José Bergamín

EL PENSAMIENTO
DE UN ESQUELETO
ANTOLOGÍA
PERIODÍSTICA

TOMO II

Selección y Comentarios
GONZALO PENALVA CANDELA

Visitas
ANTONIO ABAD



por Antonio Abad

NOTA PRELIMINAR

Hemos querido celebrar en la prensa diaria a la muerte de José Bergamín, sobre sus ensayadas personalidades y sobre la proyección de su obra. Estos tres tomos que constituyen la antología periodística de José Bergamín representan en la Historia de Litoral, no sólo un tributo y el reconocimiento de lo que la figura de José Bergamín significa en la Historia de la Literatura Contemporánea, sino una muy importante aportación a todo un quehacer cultural.

.A.M.]

Hoy se marchaba el huerto por lo suyo
y me dejaba solo, solamente
que es ley de Dios aquello que se deja
marchar tan solamente entre la vida.
Te fuiste sin decirlo, tan callado,
arrojando tu muerte una tormenta

Al desbordarnos la primera entrega de las dos anunciadas sobre la antología periodística de José Bergamín, para el material seleccionado ha sido necesario llegar a una tercera entrega, un tercer número de *Litoral*.

Supuso nuestro primer tomo un volumen de más de doscientas setenta páginas, algo totalmente prohibitivo para nuestros cálculos y nuestros costos.

Gonzalo Penalva había distribuido por temas *El pensamiento de un esqueleto* y no permitían una separación los epígrafes en que realizara su labor.

Este segundo tomo está dedicado a escritos sobre Política (con mayúscula).

El tercer tomo y final de la antología comprende: Religión y "Temas varios".

Hemos prescindido de la labor periodística que José Bergamín realizara en el país vasco: concretamente en *Eguín* y *Punto y Hora*; porque esta etapa está recogida en un libro de Gonzalo Santoja que ha aparecido recientemente.

Hemos querido cerrar el tercer tomo con unos artículos publicados en la prensa diaria a la muerte de José Bergamín, sobre su endiablada personalidad y sobre la proyección de su obra.

Estos tres tomos que constituyen la antología periodística de José Bergamín representan en la Historia de *Litoral*, no sólo un tributo y el reconocimiento de lo que la figura de José Bergamín significa en la Historia de la Literatura Contemporánea, sino una muy importante aportación a todo un quehacer cultural.

J.M.A.

A l desbordamos la primera entrega de las dos anunciadas sobre la antología periodística de José Bergamín, para el material seleccionado ha sido necesario llegar a una tercera entrega, un tercer número de *Litoral*.

Supuso nuestro primer tomo un volumen de más de doscientas setenta páginas, algo totalmente prohibitivo para nuestros cálculos y nuestros costos.

Gonzalo Penalba había distribuido por temas El pensamiento de un espartaco y no permitían una separación los epígrafes en que realizara su labor.

Este segundo tomo está dedicado a escritos sobre Política (con mayúscula).

El tercer tomo y final de la antología comprende: Religión y "Temas varios".

Hemos prescindido de la labor periodística que José Bergamín realizara en el país vasco: concretamente en *Águila y Pájaro* y *He- re*; porque esta etapa está recogida en un libro de Gonzalo Santo ja que ha aparecido recientemente.

José Bergamín

Hoy se marchaba el huerto por lo suyo
y me dejaba solo, solamente,
que es ley de Dios aquello que se deja
marchar tan solamente entre la vida.
Te fuiste sin decirlo, tan callado,
arrojando tu muerte una tormenta
por otro mar y valles también tuyos.
Y en esta luz del Sur yo te sentía
tan cerca de mi alma en su levante
de las olas sin nombre con tu nombre,
porque eran también fieles a su arena.
Y allí estuve contigo. Tú lo sabes.
El huerto iba a lo suyo, como todos
los que buscan el fruto de la vida
y no saben que el mundo, de repente
—tal un aparecido que denuncia
palabra en la palabra, prueba y fuego—,
se sube de la mar a la conciencia.
Y aquí estuve a tu lado, silencioso
—iy qué difícil fue *no hablar contigo!*—,
soñando que morir es encontrarse
con lo más propio en los adentros suyos
y que la vida sigue y es pequeña
porque no se acompasa con ejemplos.

Hemos querido celebrar el centenario de algunos artículos publicados en la prensa diaria a la muerte de José Bergamín, sobre su endiablada personalidad y sobre la proyección de su obra.

Estos tres tomos que constituyen la antología periodística de José Bergamín representan en la Historia de la Literatura, no sólo un tributo y el reconocimiento de lo que la obra de José Bergamín significa en la historia de la Literatura contemporánea, sino una muy importante aportación a la cultura.

Y es que tu ejemplo sube hasta la torre
que el aire azul construye por el cielo
y se esparce en las luces que te guardan,
porque tú las guardaste por tu pecho,
prisionero de ti, libre del todo,
amor que se desdice y no se dice
gracioso por la vida, todo en serio.

Que otros cuenten de ti eso que cuentan
y te entiendan, comprendan e interpreten.

En esta noche clara, en sus estrellas
—y una luna cambemba que sentimos
porque se va a lo suyo, que es lo nuestro—,
yo estoy contigo solo, solamente,
y así siento la fe que compartimos
y que acerca tu muerte a mi conciencia.

Esa que nos sabemos —sin memoria—
y está en los corazones de la noche
que el huerto entrega oscuro entre lo verde.

Abajo suena el mar. Tu nombre sube
y yo me estoy con él, que no es recuerdo.
es el agua que canta por las rocas,
y tú trepas por ellas a mi alma.

Fin del Poema

Nerja, 4-9-83

INTRODUCCION

Soy peregrino en mi patria,
y tan peregrino en ella,
que me voy y voy andando
por esta tierra.

La tierra "que toco al aire"
para mí, como si fueran
mis pasos los de un jineta
que pasa sin dejar huella.

(J. B. Apartada orilla)

...apeño (irracional, naturalmente) de seguir escribiendo
...zada España, aunque nadie me lea; o el que me lea
...e entiendo, o no le importe lo que yo escribo, me ha
...que importando...

(José Bergamín)

De entre los miembros del grupo literario del 27, fue José Bergamín, a la edad de su padre, uno de los primeros en tomar postura frente a los problemas políticos del país. A partir de 1930, la deshumanización —yo diría más claramente politización— es un hecho palpable en las revistas y publicaciones de toda índole. Bergamín, como otros escritores, se vio profundamente afectado por los acontecimientos políticos que se desarrollaron a partir de la proclamación de la República. Podemos afirmar que Bergamín siguió el mismo camino. Y es así como, a través de tantos años, este hombre ha seguido usando en sus ideas políticas, aunque a veces en forma de idólas, como en el caso de la Tercera Internacional, los temas de El Suroeste de España, o los últimos de Punto y Hora o Egin. Por un centenar de artículos —trató Bergamín temas políticos y lo hizo siempre apasionadamente— "Pasión no quita razón", ha dejado de

Homenaje a Bergamín

Bruno K...
83

Y es que tu ejemplo sube hasta la torre
 y el aire azul construye por el cielo
 y se esparce en las lúceas que te guardas,
 porque tú las guardaste por tu pecho,
 prisionero de ti, libre del todo,
 amor que se desdice y no se dice
 gracioso por la vida, todo en ser.
 Que otros cuenten lo que tú
 y te entiendan, comprendan,
 En esta noche clara, en las
 —y una luna cambiante que
 porque a lo suyo, que
 yo estoy contigo solo, soy
 y así siento la fe que
 y que acerca tu muerte
 Esa que nos sabemos
 y está en los corazones
 que el huerto entrega
 Abajo suena el mar. Tu nombre sube
 y yo me estoy con él, que no es recuerdo,
 es el agua que canta por las rocas,
 y tú trepas por ellas con alma.

INTRODUCCION

*Soy peregrino en mi patria,
y tan peregrino en ella,
que voy solo, y voy andando
sin casi pisar su tierra.*

*Su tierra "que toda es aire"
para mí, como si fueran
mis pasos los de un fantasma
que pasa sin dejar huella.*

(J.B. Apartada orilla)

Y seguiré en mi empeño (irracional, naturalmente) de seguir escribiendo de esta deslavazada España; aunque nadie me lea; o el que me lea no me entienda; o me entienda o no, no le importe lo que a mí me ha importado y me sigue importando tanto.

(José Bergamín)

De entre los componentes del grupo literario del 27, fue José Bergamín, sin duda por influencia de su padre, uno de los primeros que tomó postura frente a los problemas políticos del país. A partir de 1930, la rehumanización —yo diría más claramente politización— es un hecho palpable en revistas y publicaciones de toda índole. Bergamín, como otros escritores, se vio profundamente afectado por los acontecimientos sociopolíticos que se desarrollaron a partir de la proclamación de la República, hasta el extremo de que podemos afirmar que en él vida y política recorren el mismo camino. Y es admirable observar cómo, a través de tantos años, este hombre ha permanecido inconcuso en sus ideas políticas, aunque se haya quedado solo defendiéndolas, como en el caso de la Tercera República. Desde sus escritos en El Sol, Luz, Hora de España o Cruz y Raya, hasta los posteriores de El Nacional y Sábado Gráfico, o los últimos de Punto y Hora o Egin —alrededor de un centenar de artículos —trató Bergamín temas políticos; y lo hizo siempre apasionadamente —“Pasión no quita razón”, ha dejado di-

cho—, puesto que fue algo que formó y conformó su vida.

Además de tres artículos (núms. 32-34) a modo de introducción, he dividido el capítulo en cinco apartados. En el primero aporto tres textos —con veinte años de diferencia entre ellos—, que exponen una idea muy querida por Bergamín, que le supuso, hasta el final de su vida, soledad e incompresión. Me refiero a la defensa de la República como la única posibilidad de gobierno para el pueblo español, puesto que, según el escritor madrileño, “es el único régimen que automáticamente se corrige a sí mismo, y, en consecuencia, no tolera su propia falsificación” (En “Tres veces no”).

El segundo apartado lo he dedicado a la guerra civil. Bergamín sostuvo, ya en 1935, que ningún motivo puede justificar la guerra; lo que debe conseguirse es una “paz fuerte”, y esto, a través de la libertad; porque cuando a los hombres se les arranca la libertad, se les uniforma para la guerra (nº 38). Aporto, además, un ejemplo de “artículo de guerra” (nº 39), sacado de una conferencia pronunciada por radio. En medio de la tragedia, Bergamín hace un llamamiento al diálogo “a los hombres de buena voluntad pacífica” (nº 40). Por último, además de los poemas contenidos en “Europa y el caracol”, ya publicados, he seleccionado el artículo “La flor de la maravilla”, magnífico ejemplo de texto a la vez comprometido y de calidad literaria. Para hacer más inteligible este último, quiero señalar que refleja la reacción —irónica y mordaz— de Bergamín en Septiembre de 1938, ante la decisión, sobre el tema español, tomada por Inglaterra, Francia e Italia en el Pacto de Munich. Además de los artículos reseñados en los “Textos complementarios”, habría que repasar las páginas de Detrás de la cruz y El pozo de la angustia, para conocer con mayor profundidad el pensamiento bergaminiano.

El largo exilio marcó definitivamente la vida de José Bergamín; aunque me atrevería a decir que la segunda expulsión de España (1963) —inesperada y totalmente injustificada— le supuso mayor sufrimiento, si cabe, que la primera salida (1). Los artículos de

(1) Los capítulos 5º y 6º de la biografía bergaminiana que estoy ultimando para la editorial Turner, están dedicados, íntegramente, a este tema. V. mi artículo “José Bergamín, un enterrado vivo”, *Quimera*, Barcelona, nº 33, noviembre 1983, págs. 8-10.

este apartado, dada su abundancia, han sido cuidadosamente seleccionados. De ellos destacaría el poema "Volver" —no recogido en ningún libro ni antología—, escrito poco antes del primer regreso y "Los traficantes de la Hispanidad", en el que se percibe el difícil ambiente que se estaba creando alrededor de Bergamín, que dio lugar, tres meses después, a su segunda expulsión.

A través de los artículos seleccionados en los apartados 4º y 5º (núms. 49-57), podrá el lector encontrar diversos aspectos del pensamiento bergaminiano sobre el franquismo y la restauración monárquica, así como su visión de los últimos acontecimientos vividos durante la transición política española. José Bergamín, en su postrimería, se sintió absolutamente solo. Soledad; a pesar de su "velado desvelo", física y espiritual. Su palabra no fue escuchada, o si escuchada, no comprendida o mal interpretada. Ante este evidente fracaso, ante esta "claridad desierta", el cansancio se apoderó de su espíritu y sus palabras se tornaron cada vez más duras, incluso hirientes. Esta situación anímica, podría explicar el tono con que fueron escritos algunos de sus últimos artículos (2).

GONZALO PENALVA

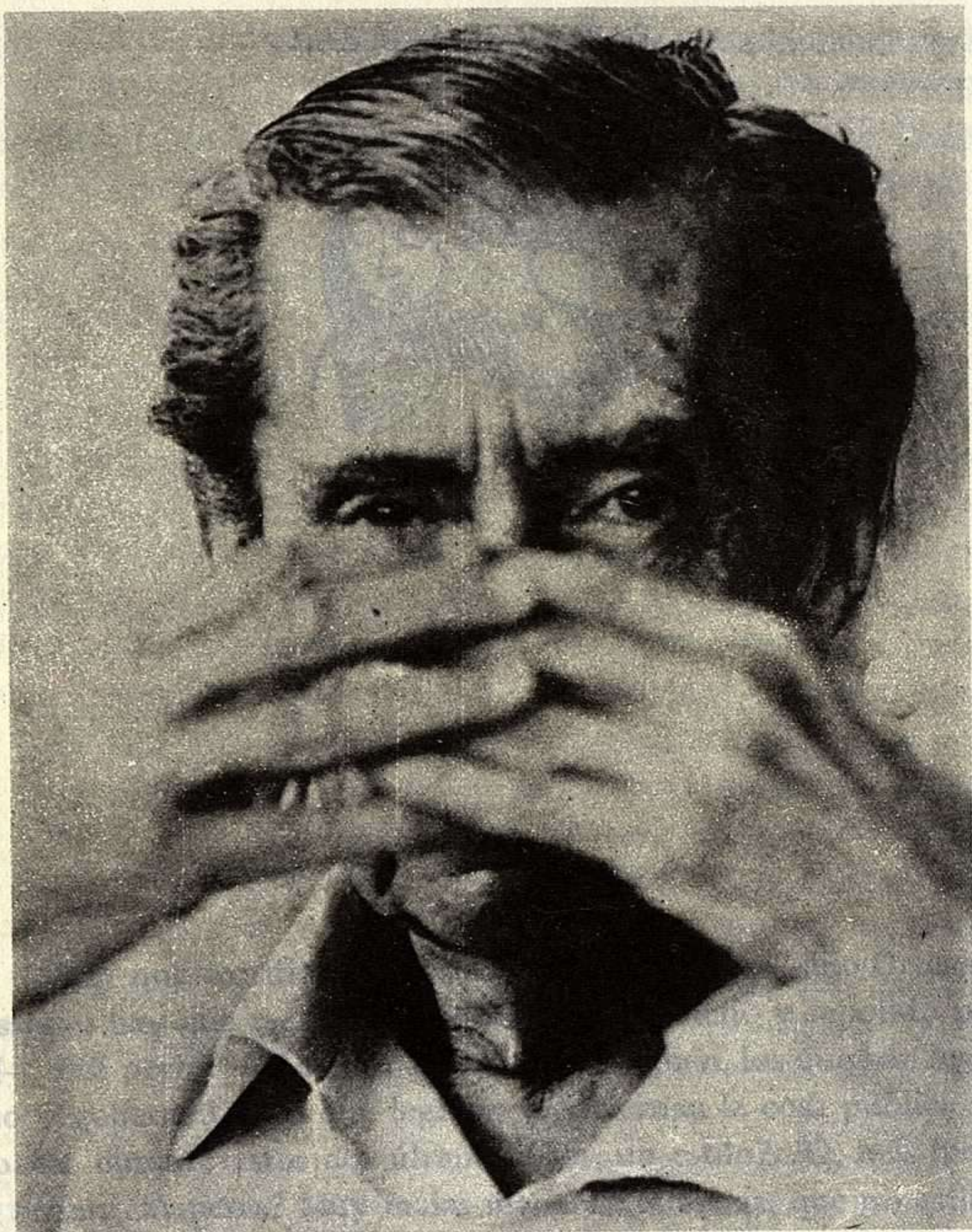
Foto: Ana Bergamín. Fuengirola, 1980

(2) Ultimada ya esta Antología, llega a mis manos la publicada por Gonzalo Santonja, *Cristal del tiempo* (1933-1983). La finalidad, evidentemente, no ha sido la misma. De ahí que no coincidamos en la selección de los artículos; sin embargo, este capítulo en concreto puede ser ampliado con la antología citada.

este apartado, dada su abundancia, han sido cuidadosamente seleccionados. De ellos destacan el poema "Volter" no recogido en ningún libro ni antología. Este texto, escrito poco antes del primer exilio, "Los traficantes de la Hispanidad", en el que se percibe el difícil ambiente que se estaba creando alrededor de Bergamín, que dio lugar, tres meses después, a su segunda expulsión. Además, tras de los artículos seleccionados en los apartados 4º y 5º (véase el índice), podrá el lector encontrar algunos aspectos del pensamiento bergaminiano sobre el franquismo y la restauración no raramente, así como su visión de los últimos acontecimientos ocurridos durante la transición política española. José Bergamín, en su pensamiento, se sintió absolutamente sólo. Soledad, a pesar de su "velado desamor", física y espiritual. Su palabra no fue escuchada o su voz no fue comprendida o malinterpretada. Ante esta situación, ante esta "claridad desista", el carisma de su palabra, de su espíritu, se tornaron cada vez más duras. Estas duras palabras, esta situación, esta "claridad desista", con que fueron escritos algunos de sus últimos artículos, anunciando el diálogo "a los hombres de buena voluntad pacífica" (nº 40). Por último, además de los poemas contenidos en "Europa", he seleccionado el artículo "La flor de la maravilla", magnífico ejemplo de texto a la vez comprometido y de calidad literaria. Para hacer más inteligible este último, quiero señalar que refleja la reacción — irónica y mordaz — de Bergamín en Septiembre de 1938, ante la decisión, sobre el tema español, tomada por Inglaterra, Francia e Italia en el Pacto de Múnich. Además de los artículos reseñados en los "Textos complementarios", habría que repasar las páginas de Detrás de la cruz y El pozo de la angustia, para conocer con mayor profundidad el pensamiento bergaminiano.

El largo exilio marcó definitivamente la vida de José Bergamín; aunque me atrevería a decir que la segunda expulsión de España (1963) — inesperada y totalmente injustificada — le supuso mayor sufrimiento, si cabe, que la primera salida (1). Los artículos de

(2) Última vez que esta Antología, llega a mis manos la publicada por Gonzalo Barroja (Madrid del tiempo (1993-1983). La finalidad, evidentemente, no ha sido la misma. De ahí que no coincidamos en la selección de los artículos; sin embargo, este capítulo en concreto puede ser ampliado con la antología citada, "Olivos de un tiempo", que, a mi



Gas
ahí-
lado
Esp
no-

Y
or
is-
en
n,
o.

Maneras o manera de gobernar, o de decir y figurarse que se go-
bier **Foto: Ana Bergamín. Fuengirola, 1980** maneras de manos: la derecha o
la izquierda o las dos juntas; que los hay ahora ambisiniestros co-
mo antes los hubo ambidiestros en gobernar o desgobernar; dies-
tros y siniestros, análogamente, en el desgoberno, por el amancera-
miento político, teatral o policíaco. Porque esta de las manos, del
izquierdismo o derechismo, es cosa de farsa o de fuerza: de teatro
o de policía. En definitiva, es cosa personal y, por lo tanto, impro-
pia del gobernante: precisamente porque se apropia o trata de
apropiarse, con ello, la cosa pública, privándola de su auténtica pu-
blicidad; que este modo o manera de personalizar o personificar la

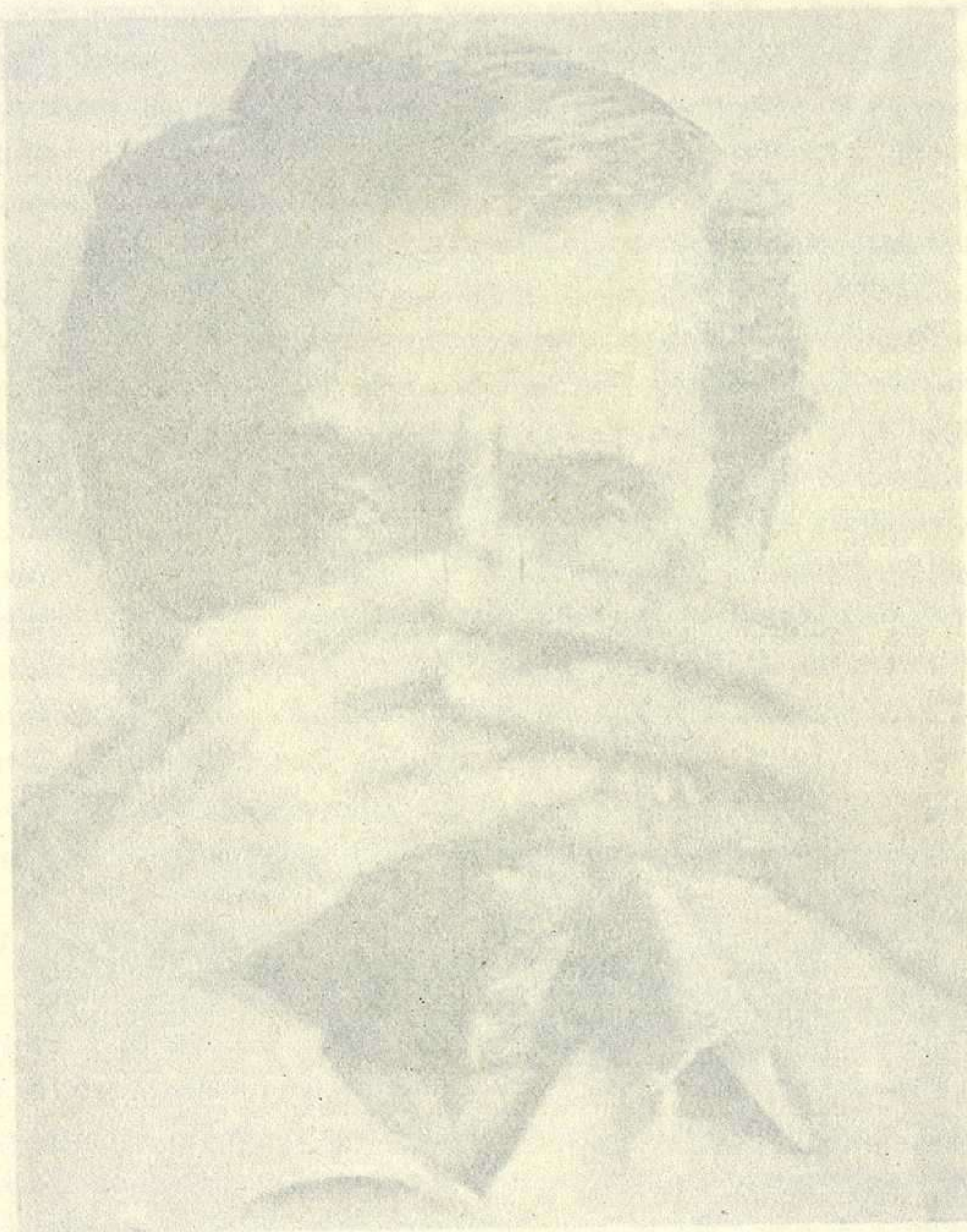


Foto: Ana Bergamin. Fuenfrola, 1980

LAS MANOS VACIAS



Hay que rectificar el perfil de la República —dijo Ortega y Gasset—; hay que rectificar su estilo —se ha dicho y repetido por ahí—. ¿El perfil? ¿El estilo? ¿Tuvieron, o tienen, los que han legislado y gobernado, los que legislan y gobiernan la cosa pública en España, durante estos dos últimos años, un estilo? ¿O, más bien, no serían maneras? Muy malas maneras. Maneras, que no estilo. Maneras o manera de gobernar, o de decir y figurarse que se gobierna desgobernando. Manera o maneras de manos: la derecha o la izquierda o las dos juntas; que los hay ahora ambisiniestros como antes los hubo ambidiestros en gobernar o desgobernar; diestros y siniestros, análogamente, en el desgobierno, por el amaneramiento político, teatral o policíaco. Porque esto de las manos, del izquierdismo o derechismo, es cosa de farsa o de fuerza: de teatro o de policía. En definitiva, es cosa personal y, por lo tanto, impropia del gobernante: precisamente porque se apropia o trata de apropiarse, con ello, la cosa pública, privándola de su auténtica publicidad; que este modo o manera de personalizar o personificar la

política por las manos es cosa fea, porque no es más que eso solamente: un modo o manera de apropiarse lo que no es propio: la cosa pública, la república; un modo o manera de querer *ganar* por la *mano*: una trampa. La peor manera de robar: porque lo roba todo.

El gobierno, se dirá sin embargo, el gobernar, ha debido entenderse así: como cosa de manos, siguiendo su metafórica definición original: la del que lleva el timón de la nave. Pero es que hay quienes, hambrientos de poder, toman por timón y por nave el mango y la sartén: y cogiendo la sartén por el mango, como dicen, con las dos manos, diestramente o siniestramente, dan sartenazos a todos lados, a diestra y siniestra: por miedo; por miedo de que se la quieran quitar. Que no hay cosa peor que esta de que las dos manos se junten por el ambidiestrismo ambisiniestrismo brutal: por el mango de la sartén. Que esto del sartenazo limpio —o, más bien, sucio— es como aquello otro de la mano dura —de los ambidiestros de antes como de los ambisiniestros de ahora—. ¡Vaya manera de gobernar, la de la mano dura! Mano dura, la del almirante: machaca que machaca; que para eso cualquier mano es buena; o las dos: la cosa es machacar. ¡Y dale que te pego! Aunque se acabe por hacer polvo todo. Pues si de aquellos polvos vinieron estos lodos, de estos lodos, o por estos lodos, fueron los resbalones y caídas: las que mancharon innoblemente, a más de ridículamente, hasta a aquellos mismos que parecían más empingorotados en su presumido prestigio personal.

Uno de estos amanerados del izquierdismo solía decir, o repetir de otro, aquello de que en las democracias se debe votar con la mano izquierda para gobernar luego con la derecha. Algo así como lo del toreo: la mano izquierda, dicen, es la de torear; y lo es, porque con la derecha se mata; la derecha es la de matar: aunque al que le falte valor, o pulso, o suerte, se eche fuera o no haga más que pinchar en hueso. Mano izquierda se dice también en España de la suavidad de maneras tramposas, de la habilidad y casi cortesía para el engaño; cosa, por lo visto, de torear; o de escamotear las cosas: juego, también, de manos, de villanía, como el de la farsa. Y es que en España, por lo que se ve —como por lo que no se ve—, también suele decirse, no hay manera de gobernar. ¡Y qué más

en el juego infantil de justicias y de ladrones: cuestión de turno, ya quisiéramos! Lo malo es que las hay, que las hubo y las sigue habiendo, cada vez peor, cada vez más: manera o maneras de manos, las peores maneras y no estilos. Manera o maneras, porque el estilo falta: maneras políticas o teatrales: guiñolescas; manera de enmascarar el vacío de las manos envolviendo los dedos en el trapajo sucio con que, por debajo del camisón guiñolesco, se mueven los muñecos. Que esto del amaneramiento izquierdista o derechista acaba en camisón de farsa, de guiñol, cuando no en camisa de fuerza, en manicomio. Toda esta manía o monomanía, o manomanía, o manicomanía izquierdista o derechista, acaba en monomanía persecutoria, porque acaba en maneras de perseguir o de creerse perseguidos, por la izquierda como por la derecha; porque acaba por donde empieza: por el encierro policíaco o médico, por la enajenación patológica de lo racional.

Enfermedad pueril del izquierdismo, llamaba Lenin al maniobrerismo izquierdista, al izquierdismo obrero o maniobrero que termina, y empieza, por la demagogia. Y la demagogia, decía el gran revolucionario, es el peor enemigo de la clase obrera: y lo es, añadía, por la estupidez de su ingenuidad. Pero si el manejo o manera o maniobra izquierdista es esa enfermedad pueril que acaba en demagogía mortal, fundiéndose o confundiendo con ella, también los manejos o maneras o manipulaciones derechistas son otra enfermedad: la enfermedad senil del derechismo, que empieza por donde acaba: por la parálisis general, más o menos general, progresiva. Y es que si el izquierdismo, o *enfermedad pueril del izquierdismo*, acaba demagógicamente con la muerte, como creía Lenin: por la estupidez, por el idiotismo, por la pura irracionalidad: el derechismo, la enfermedad senil del derechismo, también acaba mortalmente por irracionalidad, en la locura, en frenesí forzado o forzoso: en manicomio.

A todos lados que hoy miremos, por la derecha como por la izquierda, en esta *tan joven y ya tan desgraciada* cosa pública, república española, no vemos más que esto: manoteos, grotescos manoteos: teatrales o policíacos, manicómicos y monomaniacos. Es un constante estarle a uno metiendo las manos por los ojos para convencerle, o para que no vea; un meterle las manos por los ojos a las gentes para convencerlas a ciegas, para taparles la verdad. La mano

derecha o la izquierda o las dos, que, como decimos, los hay ahora ambisiniestros como antes los hubo ambidiestros en manotear. Es un loco y estúpido pugilato izquierdista y derechista el que vemos manoteando de esa manera, o por esas maneras. Un angustioso manoteo en el vacío, como el de los moribundos, o como el de los recién nacidos: que en eso coincide el que nace con el que muere —la naciente República con la que fue agonizante Monarquía—, coinciden en manotear en el vacío de su propia irracionalidad: en expresarse en el Gobierno, o por el Gobierno, de ese modo o de esa manera: brutalmente instintiva, enteramente irracional. Manos levantadas para el aplauso engañoso o engañado: como para la súplica o la amenaza o el ansia de robar; pero manos, todas, arriba y abajo, vacías. Y esta terrible vacuidad o vanidad, este vacío de todo y, sobre todo, de razón —de razón de Estado: de justicia—, sólo puede colmarlo un estilo, una inteligencia: una política de verdad; sin maneras, ni maniobras, ni manipulaciones escamoteadoras. Si no, la República se nos va a quedar, o se nos va a ir, a todos de entre las manos: como se fue lo otro, como agua, como arena.

Porque lo peor es que cuando esas manos vacías se juntan, como decimos, por el mango de la sartén o por la mano machacona, por el siniestro ambidiestrismo como por el diestro ambisiniestrismo brutal, se juntan para acabar con todo. Y a esto es a lo que le llaman gobernar: a esto, que es el *i arriba las manos!* del policía o del ladrón; que esto es lo que nos trae —esto como lo otro—, lo que nos ha traído el amaneramiento político, los manejos o maniobras que corrompen toda política: la policía, una policía. A esta manera, a estas malas maneras, a este amaneramiento izquierdista —legítimo heredero del otro: del derechista—, le llamó uno de sus representantes más significados, llamándosele a su manera, a sus malas maneras: *una política*. ¿Una política? No. Una policía. Una corrupción política de la policía, como una corrupción policíaca de la política. Un *imanos arriba!* para cachear. Que así, hasta la razón es arma prohibida. Porque una política que se corrompe de esa manera, o por esas maneras, se hace policía, mala policía; como una democracia cuando se corrompe de esa manera, o por esas maneras, se hace demagogia, la peor demagogia. Y luego, que ya puestos en este juego del *i arriba las manos!* y del cacheo, es como

en el juego infantil de justicias y de ladrones: cuestión de turno, ya que el orden no se determina moralmente por ninguna norma superior de legalidad. Entre justicias y ladrones anda el juego: si no es bobería. Y eso es cuando lo del *cacheo* se convierte en un *cachondeo*, como sucedió en las últimas dicta-blanduras del régimen huído; porque, entonces, ya no hay otra manera que valga —o que les valga— más que la de *salir por pies*; que esta es la manera por la que suelen salir siempre, aun cuando se queden, todos los de las manos: los de la irresponsabilidad pública o popular más pilatesca —aun ante la sangre inocente por ellos vertida—: los irresponsables por su propia irracionalidad o vaciedad o vanidad manoteadora.

(Cruz y Raya, núm. 4, julio 1933, págs. 103-107)



DICTADURAS A LA VISTA



A la vista y al oído: y hasta al olfato o al gusto —¿al gusto de quién?—; incluso al tacto: que hay quienes creen que ya la tocan con la mano, como una consecuencia de esas que se tocan. Dicen estamos tocando las consecuencias o las vamos a tocar: como si tocaran el violón. Se figuran que ya las tocan las consecuencias —que las están tocando— y que éstas son de dictaduras. La negra o la roja, según: que si es consecuencia en el cangrejo el andar hacia atrás, también lo es el ser negro o rojo antes y después de cocido. Como la sangre por derrame interno o de fuera: por efusión o por infusión, por difusión o por trasfusión en el cuerpo: de un cuerpo a otro. Que ahora esas dictaduras “sensacionales” que se ven venir o se oyen decir —se las dicen unos a otros al oído (cuando no es algún ministro de la República, que entonces lo dice en voz alta para causar “más sensación”)—, esas dictaduras “sensacionales”, que se huelen, con tufillo de sangre, roja o negra, fresca o coagulada, ya se paladean por algunos, y por otros se palpan con viciosa voluptuosidad senil de estragados; dictaduras sensacionales o sensapuestos en este juego del *¡arriba las manos!* y del *carqueo*, es como

cionalistas para asustar al miedo. Hasta al que no ve, porque no mira, más allá de sus narices, le dió en la nariz el olor de la sangre. Y todos se preparan para disputársela. Que ahora van llegando ya a la consecuencia, de esas que se tocan, y que es la de irnos desangrando a España después de habémosla partido para repartírsela. A ver quién arranca el mejor trozo. Y quién hinca el diente en el mejor bocado.

Esos del partido y del reparto —de partidos y de repartos—, matarifes todos de la nación, son los más encarnizados en la pelea. Dicen que la República es cosa exclusivamente suya, y luego se la disputan como fieras. ¡Quién lo diría! Porque estos partidos son hijos de una misma madre: aquella “partida”, no sé ya si fue buena o mala, que nos jugaron; aquella “partida” que llamaríamos “del piñón”, la que vino a recoger y a repartir, a repartirse, la herencia de la Monarquía y de su última y penúltima dictadura o dictablandura. Y digo “del piñón” porque no fue como la otra, “la de la porra”, la que hizo la restauración monárquica. Esta, “la del piñón”, a la que hizo y no por la que se hizo —que eso cada vez está más claro— la restauración o instauración republicana es la que digo “del piñón”, porque a eso se puso primero; “a partir un piñón”. Sin hacer más nada. Y de esta meticulosidad en lo de partir vino la del reparto. Y del piñón se hizo la piña; se hicieron una piña los partidistas o partidarios más partidos y repartidos: para partirse y repartirse mejor en ella. Hasta que de la piña se hizo la piñata, la gran piñata que esperaba uno de los primeros en la partida, uno de los apiñados más veraces o más voraces: la gran piñata a que decía que iríamos a parar todos, optimistamente, aquel incrédulo y demoralizador piñonista conjuncionado.

Por ponerse a partir un piñón lo partieron y repartieron todo. Y ahora se van empezando a enterar de su partidismo desenfrenado, que no fue, que no es, naturalmente, otra cosa más que falta de entereza verdadera: falta de enterarse de veras de las cosas, de las cosas públicas; falta de entendederas, de entendimiento, de verdad, de razón. Como falta de entereza moral: de conducta clara. Y es que también parece que hasta ahora no se habían enterado de que lo que se repartían eran papeles: que fue un reparto teatral de papeles para que ensayaran su función. ¡Y qué función la suya!

¡Qué detestable “comedia del arte”! Sin arte ni parte popular. Farsa de partidos, de los partidos. Partidarios, partidistas y repartidores. Aficionados al partidismo papeletero, al comparsismo que llaman disciplina porque lo hacen todos a compás del son que les tocan: como uno de esos lamentabilísimos y viejísimos trasnochadísimos, conjuntos de “girls” de exportación. Compás de espera de los desesperados.

Pero ahora, por lo que se ve: lo que se ve venir, temen que se lo quiten: lo que sea, lo que cogieron —o lo que creyeron coger—. Y empiezan a perderlo: el compás. Y enseñan los dientes. De acobardados. Son como perros, cambiados o no de collar, ahora sin ninguno, a los que les han quitado el bozal que se dejaron poner antes para justificarse por si no mordían. Y aun no muerden, pero ya ladrarán. Y si es que ladran para no morder, eso lo sabrán ellos, como en el cuento; porque, en todo caso, y aunque mordieran, por lo pronto ladran de miedo: por si acaso nos asustamos. Y porque el miedo guarda la viña o la piña, la de los apiñados y garapiñados de miedo, o medro personal, los hoy más medrados.

A la vista está la partida: la partida de los partidos. La partida por que se parten o de que se van; que se irán: huyendo, lo mismo que vinieron. La partida que los parió; que partidas paren partidos. Partidas paren partidos de guerra civil. Y la guerra civil es mejor política que la política guerra civil. Sobre todo, cuando la política es de irresponsables que no saben ni lo que son ni lo que quieren.

¿Y a eso vamos? ¿A la guerra civil? No es de esperar. Porque, a lo que parece, todos esos peleadores lo que quieren es que los sujeten. Provocan para eso. Y, entretanto, tratan de sensacionalizar la opinión para despistarla. Sensacionalizar desnacionalizando. Digo que son perros y cacarean: no es difícil la adivinanza. El adivina quién te dio: o te dará. Y eso se disputan: el primer golpe. Sin porrazo, pero con ventaja. Que en lo de dar primero no quieren que les cojan la vez. Están todos en el secreto. Saben que donde las dan las toman, y que cuando las toman no las dan. Por eso cogen puesto en la cola. Que hay cola para las dictaduras. Y eso que todavía coleaba la que se fue. Pero otra —y otras, que las hay, o las habrá, para todos los gustos— pegará mejor. Que es de lo que se trata: de ver si pega, o de ver cuál pega. Porque se trata de pegar para no pa-

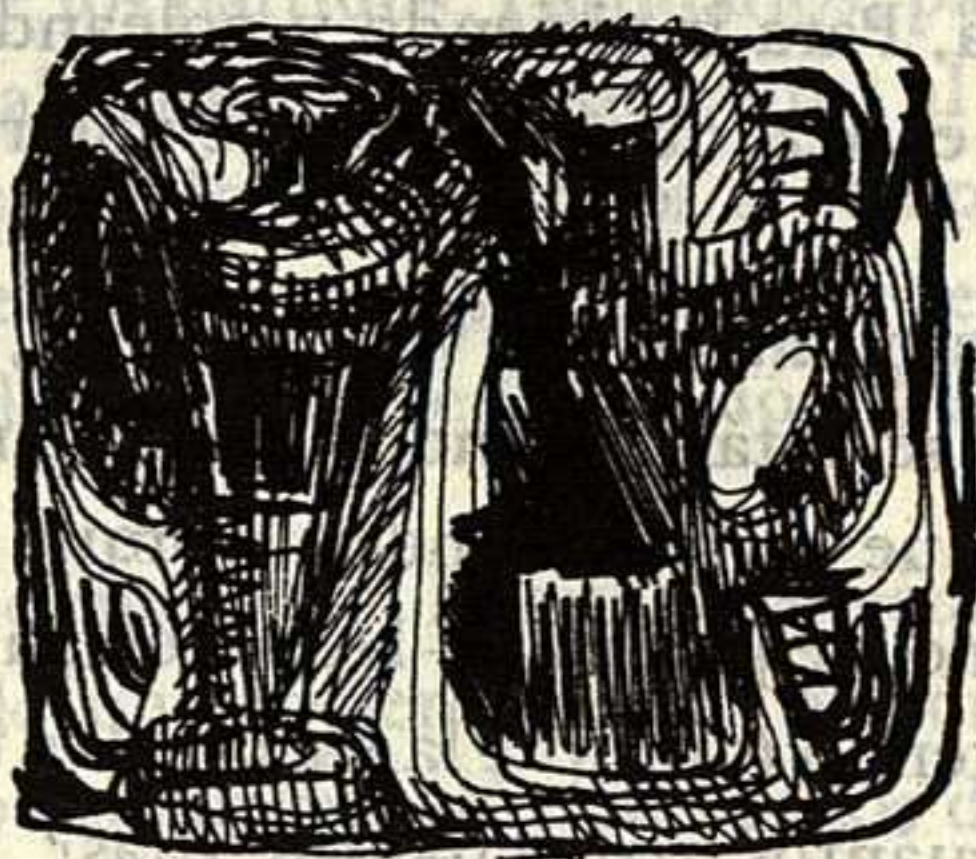
gar: para no tener que responder de nada. Y pegue o no pegue, a seguir como hasta ahora; como sea, mientras se pueda y porque se puede: por chulería. Para ir viviendo y coleando. Para ir tirando: de la cola. Eso dice el pez, que es el que se muere por la boca: vivir es colear.

¿Dictaduras sensacionales? Se ven, se oyen, se huelen, se mascan y se saborean; se están tocando. Aunque no se entiendan: o por eso mismo, porque no se entienden; porque se desentienden de todo: de razón como de justicia. — ¡A la cola, a la cola! — Ya lo estamos viendo, y oyendo (¡oído a la caja de los truenos!). Dictaduras a la vista. ¿Y a cuántos, para cuantos, días?

(Luz, Madrid, 19 agosto 1933)



SIN ORDEN NI CONCIERTO



A la vista está la partida: la partida de los partidos. La partida por Cuando en su precioso —y preciosista— admirable librito aunque “anarquizante” todavía: “El enemigo de las leyes”, recordaba Barrés la famosa frase de Goethe sobre el orden y la justicia, dejaba caer sobre la tierra más propicia la breve semilla de un pensamiento político que pronto habría de florecer y fructificar con exuberante abundancia. La anécdota goethiana por el episodio en que se produjo y por la responsabilidad intelectual de su autor, adquirió mundial resonancia. Su afirmación es muy sencilla: “prefiero —decía Goethe— tolerar una injusticia a soportar un desorden”. Prefiere el orden a la justicia ha sido durante más de medio siglo lo que pudiéramos llamar el lema, público o secreto, de todas las políticas conservadoras y sedicentes tradicionalistas. El mismo Barrés tomó partido por la “causa del orden” —como tópicamente se denominó sucesivamente a esa preferencia— y a la defendió entonces con su doctrinarismo “nacionalista”. Doctrinarismo más bien mítico situado en el ámbito oscuro y misterioso, legendariamente infernal, de “la tierra y los muertos”. En sus trilogías novelísticas:

“El culto del yo” y “La novela de la energía nacional” expuso esta doctrina. Pero un escritor como Barrés —glorioso si olvidado abuelo de buenos y malos, políticos esteticismos— no es el indicado para inquirir en él este alcance que él mismo ofreció con su evocación literaria al episodio y frase de Goethe: preferir el orden a la justicia.

Orden y justicia, utilizados en sentido exclusivamente político, parecería que debieran ser inseparables. Los políticos profesionales así lo dicen, y cuando defienden la “causa del orden” se dicen defensores de un orden justo. La audacia y osadía del pensamiento goethiano al oponerlos extremándolos contradictoriamente, porque un breve episodio anecdótico se lo exige, no les parece, en ningún caso, procedente. El orden —piensa el político— es siempre lo primero y su alteración es injusta. Y si el político es conservador añade: el desorden nunca puede expresar una causa justa. Sabemos que entre los términos de política y policía no cabe, en su sentido estricto originario, una profunda diferencia. Y andando el Siglo hemos podido observar que es posible una policía sin política pero no una política sin policía. Así, al parecer, el orden puede existir sin la justicia pero no la justicia sin el orden. Aunque el orden fuese adjetivo y no pudiera sustentarse en el tiempo más que por la sustantivizante justicia. Esto puede olvidarlo el policía pero nunca el político. Y sin embargo, lo olvida; y cuando toma el mando en sus manos lo suele ejercer como policía —adjetivamente— y no sustantivamente como político: cuando no de las dos maneras, alternativamente, o de ninguna de las dos.

No es cosa de tratar ahora una lección de derecho público evocando la clásica y siempre repetida definición tomista sobre el orden justo. Haremos mejor otra cosa. Que será recordar cómo en nuestro lenguaje habitual y ya legendario solemos añadir a la palabra orden la palabra concierto. Y así decimos de algo que nos parece muy desordenado que no tiene orden ni concierto. Sin orden ni concierto decimos o calificamos alguna cosa muy aparentemente desordenada. ¿Pues que añade al orden o desorden el concierto y el desconcierto? Porque no creemos que sea solamente una redundancia. Lo ordenado y concertado, lo desordenado y desconcertado, son términos que aunque se apliquen juntos a una sola

realidad designan en ésta aspectos diferentes. Podría hasta dárse-nos el caso de que nos pareciera el orden desconcertado y el desorden concertadísimo. Nuestra interpretación de una realidad que calificuemos de este modo indudablemente se enriquece y nos manifiesta una complejidad mayor. Lo que importa mucho. Sobre todo tratándose de realidades políticas.

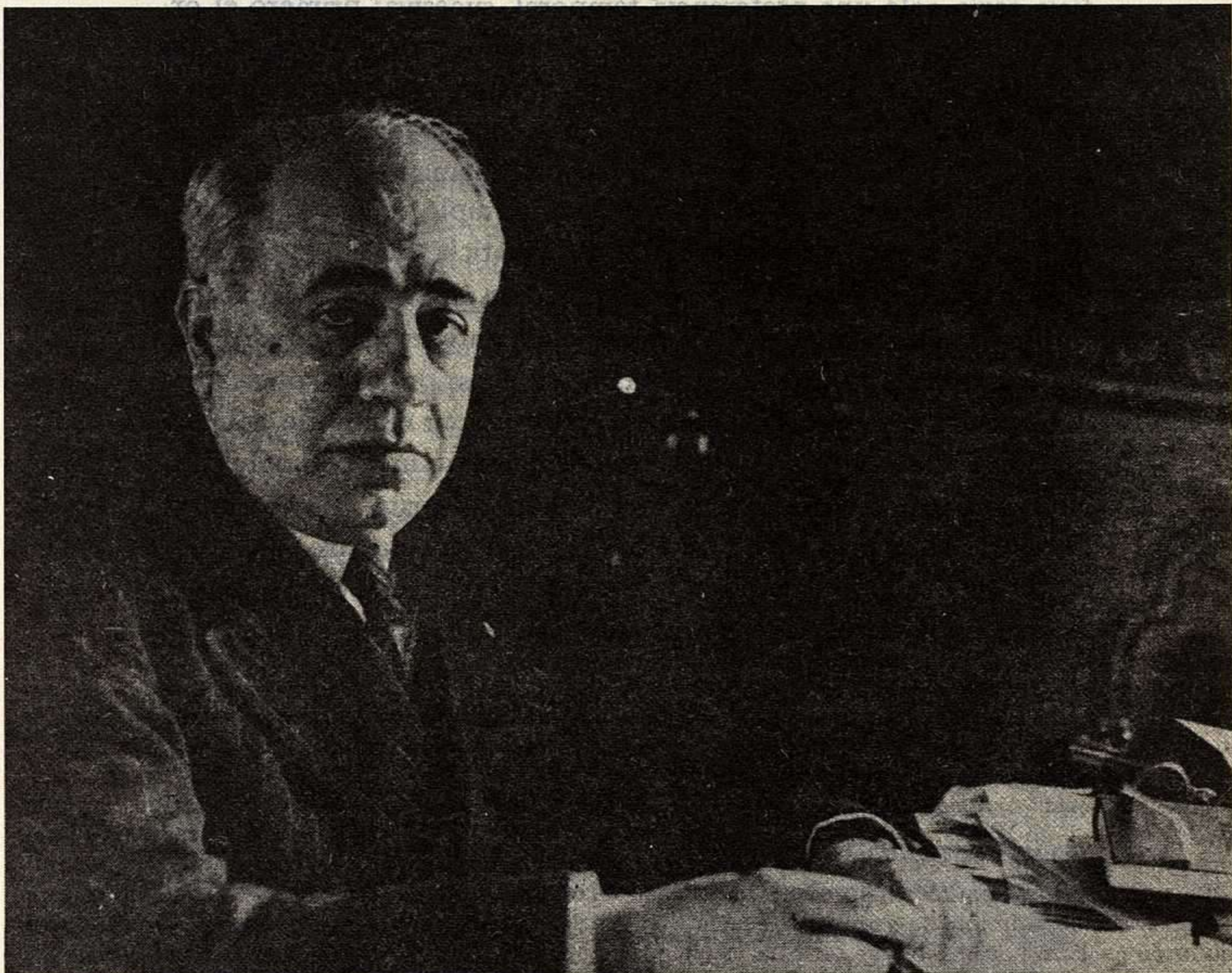
Y pues empezamos evocando a Goethe, el gran burgués, cuya frase anecdótica tuvo tanto alcance político precisamente, evoquemos ahora a su contemporáneo Beethoven, de temperamento político, diríamos, tan opuesto al suyo. El que se cruzaba de brazos sin saludar al paso del mismo Príncipe al que su cortesano Goethe rendía homenaje de saludo curvándose ceremoniosamente. Algún crítico musical famoso —no recuerdo bien quién, tal vez Romain Rolland— dijo aquello de que las sinfonías beethovenianas, difíciles de comprender para sus contemporáneos, lo son o lo eran, difícilísimas, por que nos ofrecen “un orden perfecto bajo un desorden aparente”. Esto es, un orden profundo bajo un desorden superficial. A primera vista —o primer oído— cualquier forma verdadera de arte puede causar esa impresión a sus primeros oyentes o espectadores. Shakespeare se le parecía de ese modo a Voltaire. Nuestro gran teatro barroco español se lo sigue pareciendo a los franceses, como a los españoles afrancesados y academicistas del siglo XVIII y principios del XIX. En general, la constante histórica: antiguos y modernos, clásicos y románticos, radica en este doble juego aparente de un orden y concierto más o menos profundo o superficial. Un orden perfecto o profundo bajo un desorden aparente o superficial puede decirse que es en arte, en poesía, en expresión viva del pensamiento, todo lo que se denomina revolucionario. ¿Sucederá lo mismo en lo político, en lo social?

Hay en los “Episodios Nacionales” de Galdós un personaje desconcertante —y desordenado— que se empeña en escribir la historia lógica de España. Naturalmente se vuelve local. La vida y la lógica es sabido que se llevan mal. Aunque para los tomistas ayer, y los marxistas hoy, si no debe intentarse siquiera meter la vida en la lógica, sí debe hacerse lo contrario: meter la lógica en la vida. O, como dijéramos, tratar de ordenarla y concertarla bien. Este “bien” querrá decir “justo”. Preferir, en tal caso, el orden a la jus-

ticia sería sólo una preferencia temporal, sucesiva: primero el orden y luego la justicia. Así piensa —y lo dice como Goethe, el gran burgués, el gran pagano Goethe, —el político que decimos conservador y tradicionalista (profundamente conservador y superficialmente tradicionalista); mientras que el llamado revolucionario —nuestro cristianísimo Unamuno, por ejemplo, decía y hacía lo contrario: poner el orden después de la justicia; pues solamente de lo justo podía sustentarse y sostenerse para él, un orden verdadero (profundamente tradicional y superficialmente revolucionario). Pero, volviendo a los dos términos consecutivos: orden y concierto o desorden y desconcierto: ¿qué nos parecerá en el mundo político esta relación establecida o preestablecida como indispensable? Dejémoslo para otro día. Aunque sin perderle la pista. Puesto que en España, “sin ir más lejos”, muchas veces se nos ha ofrecido como un orden nuevo lo que no era más que un desorden viejo, aunque diversamente concertado o desconcertado.

(El Nacional, 10 febrero 1960)

realidad designan en ésto aspectos diferentes. Podría hasta dárse-



Manuel Azaña, Presidente de la II República, en una de las fotografías halladas en el Archivo Azaña-Rivas Cherif.

superficial. Un orden perfecto o profundo bajo un desorden apa-

del pensamiento, todo lo que se denomina revolucio-

nario. ¿Sucederá lo mismo en lo político, en lo social?

Hay en los "Episodios Nacionales" de Galdós un personaje des-

concertante --y desordenado-- que se empeña en escribir la histo-

ria lógica de España. Naturalmente se vuelve loco. La vida y la ló-

gica es sabido que se llevan mal. Aunque para los marxistas ayer, y

los marxistas hoy, se no debe intentarse siquiera meter la vida en

la lógica, sí debe hacerse lo contrario: meter la lógica en la vida. O,

como dijéramos, tratar de ordenarla y concertarla bien. Este

"bien" querrá decir "jasso". Preferir, en tal caso, el orden a la jas-

I. Defensa de la República

LOS ENEMIGOS DE LA REPUBLICA Y ¡OTRO GALLO NOS CANTARA!



*Cuando canta el gallo se van
los fantasmas. —J.B.*

No eran fantasmas, aunque a veces lo hubieran podido o querido parecer. Eran de veras, de carne y hueso, y hasta con barbas o bigotes, y con gafas. Nada de imponderables. Eran, o se ponían, se estuvieron poniendo, muy pesados. No eran misteriosos, ni aun cuando practicasen ritos inmorales, por secretos, afiliados a ocultas burocracias del favor o del intercambio inconfesable y subrepticio de favores: a espaldas y a traición de la más elemental austeridad moral del hombre público. Y esto es lo único, acaso, que les quedaba, impudicamente, de fantasmal. Por lo demás, eran conocidos, conocidísimos. Ya demasiado. Hasta en los más íntimos detalles de sus personas, en su vida; hasta lo grotesco, lo ridículo. Todo el mundo sabía perfectamente quiénes eran. Pero además, y por si acaso no lo supiéramos, la Policía nos lo puso de manifiesto a cada paso —a cada mal paso—, poniéndolos en evidencia constantemente para garantizarnos su vigilancia. No los dejaban ni a sol ni a sombra; cuando iban de viaje como cuando iban de paseo: igual. Si estaban comiendo en algún restaurante, una pareja policíaca, desde

una mesa próxima, seguía alerta con la mirada todos sus movimientos, hasta el menor bocado que engullian, el que pudiera hacerles daño; no les quitaban ojo, avizorando al camarero, que, al servirles, daba visibles muestras de inquietud. Cuando iban a pie por la calle, exponiéndose heroicamente, como otro ciudadano cualquiera, a tropezar y a caer, como en una trampa —que para ellos era su propia trampa—, en alguna “obra pública” callejera, allí estaba, a su lado, la Policía, no sabemos si para evitarlo, para que no se les escapasen por escotillón, o para lo contrario, para que funcionara bien el cepo.

No eran, ni mucho menos, fantasmas estos enemigos de la República; tampoco mucho más, pues lo que pudieron tener o aparentar de fantasmones era casi nada comparado con lo que verdaderamente fueron y con lo que parecieron ser. Fueron, a lo que parecía, ministros del Gobierno; eran, o así lo parecían, el Gobierno de la República española. De aquel Gobierno creía su presidente, Azaña —y quizá algún otro—, que era la República misma, la República personificada: en su persona o en un grupito muy significativo y significado de personas. No insignificante. Y eso fue lo peor: el signo que los definía; como el sino que los arrastraba. Sino de farsa y signo de fuerza; farsa y fuerza, legítimamente vinculadas a sus personas, suponían ellos, o decían suponer, para sobreponerse a cada fracaso que les patentizaba su torpeza, cuando no su delito. Y se decían o nos decían: ¿pues qué sería de la República sin nosotros? Se apoyaban en ella para no caer y querían hacernos creer que con eso la sostenían. Hasta que acabasen por derribarla o por caer aplastados. Como cayeron antes los de la tramoya policíaco-política de la Monarquía. Y fueron ellos los enemigos de la República, los únicos que contra ella, y en medroso —de miedo y de nedrar— amparo y defensa propia, la ofendieron y la atacaron eficazmente con lo que hicieron como con lo que dejaron de hacer; con lo que deshicieron. Que ellos fueron los únicos conspiradores efectivos; los conjurados del Palacio de Buenavista; los enlazados y entrelazados en una múltiple responsabilidad común, que aún esperan, si no desean, instintivamente evadir con una catástrofe definitiva. Por eso fueron los únicos verdaderos enemigos de la República: porque eran los únicos a quienes, en definitiva, pudiera

favorecer su ruina, su descrédito. Y no eran tan tontos que no lo viesen. Y no lo preparasen. No hubo hecho ni dicho de su parte —que es, o era, la de sus partidos, embaucados en su mismo tramposo juego— que no respondiera a este miedoso instinto de conservación propia. Y no eran tan tontos: eran tan listos que se hacían creer a sí mismos lo contrario para figurarse o creerse que nos lo creíamos todos. Hicieron lo mismo, exactamente igual, que habían hecho los últimos ministros dictatoriales del ex rey. Sólo que la responsabilidad nacional de estos irresponsables —autodeclarados irresponsables— fue quizás más grave: porque hirieron mucho más hondamente, más entrañablemente a España, y más traidoramente también: en lo más vivo, en su unidad y en su libertad; en las raíces históricas de su democracia.

Y así han sido ellos —que si no es por ellos, ¡otro gallo nos cantara!—, fueron aquéllos, los enemigos de la República, los que prepararon esta otra apariencia electoral de su fracaso; que es el fracaso de ellos; no de la República. Porque ¡ésta es otra!: la República. Es decir, que ésta mp es otra, ni puede, ni tiene por qué serlo. ¿Otra República? ¿Pero cuándo van a parar de contar, de contar-nos, el cuento de la buena pipa? ¿El cuento de nunca acabar? ¡Que esto es ya el acabóse! —según ellos, aquéllos, porque se les acabó lo que se les daba, lo que se les dio, lo que les dieron. Y aún fue poco. Y es que si donde las dan las toman y en el tomar no hay engaño, a ellos les han tomado por lo mismo que daban, que era de lo que se las daban y la que nos quisieron dar. Por lo que ahora parece que no son ellos, “aquéllos”, sino “éstos”, los “otros”, los que van a acabar con todo, y con la República sobre todo. ¡Pues pronto escampa! Que “éstos”, como aquéllos, van y vienen siempre por otra, vuelven por otra. Sólo que aun no saben, nunca saben por cuál. ¿Por otra Monarquía? ¿Por otra República? Y es porque otra les queda. Otra les queda dentro. Como aquel “otro” y ahora “éste” —antes de “aquéllos”, ahora de “éstos”—, decía: “¿Monarquía? ¿República? : Cataluña”. Y es porque se le atragantaba el régimen. El que fuera. Porque se le atragantaba España. Como a los que ahora piensan, aunque no lo digan: ¿Monarquía? ¿República?: socialismo, o: ¿Monarquía? ¿República?: derechismo. Y es igual. Que se les atraganta el Estado.

Que no pueden tragarlo y no se atreven a escupirlo. Aunque el pueblo sí lo escupiera: el de la Monarquía restaurada, el del borbónico. El de la República, no. Porque la República... ¡A otro gallo con ese cante! ¡Que ésta sí que es otra! Y muy otra. La que no es la "nuestra": de nadie, de ninguno; la de todos. La que se va a armar: contra éstos y aquéllos. Que estos de ahora la quieren coger como suya y ya están también con lo de "ésta es la nuestra". Porque la ganaron por la mano, tramposamente, como aquéllos. Antes, la izquierda: ahora la derecha. Otro gallo que no canta: de atragantado; pues ni ésta ni aquélla ni la de éstos ni la de aquéllos será, o se hará la buena: la de todos, la única, se le llame como quiera: la otra que es la que se va a armar. Y contra éstos y aquéllos los que se figuraban que nos la habían traído y los que se figuraban que se la iban a llevar. Hasta que cante un gallo de veras. Aclareará y empezarán a huir los fantasmas. Estos y aquéllos, los que vuelven y los que se fueron o hicieron que se iban esperando, irresponsablemente, otra segunda vuelta fantasmal.

(Luz, 25 noviembre 1933)

LA DEL CATORCE DE ABRIL

(¡Aquellos Intelectuales!)



El pacífico advenimiento de la República de abril de 1931, sorprendió a casi todos los españoles, y no solamente a los llamados *intelectuales*, reunidos en gran número, entonces, en una entidad denominada *Agrupación al Servicio de la República*, presidida por don José Ortega y Gasset; y los sorprendió con la misma naturalidad del advenimiento, no siempre tan pacífico, de la primavera, con la que coincidía, extraña y delicadamente, aquella apacible República abrileña, tan verde por sus esperanzas como invisiblemente marchita, desde su nacimiento, por sus hombres representativos; como esos frutos primaverales, aparentemente fragantes, que tienen podrido y agusanado el corazón.

*La Primavera ha venido
nadie sabe cómo ha sido.*

Y estos dos versos del poeta tomaban aquella primavera republicana tonillo y aliento popular de mofa cuando se repetían iróni-

camente de este modo:

*La República ha venido
nadie sabe cómo ha sido.*

Pues los que lo sabían, o se creían y decían saberlo, eran los que más y mejor lo memoraban. Entre ellos los *intelectuales*. Y muy especialmente los agrupados al servicio republicano, especie de congregación de incautos y avisados, unos mejores y otros peores, algunos desdeñosos, otros arribistas, y casi todos indecisos de ayer, de luego y de mañana. Entre estos *intelectuales* servidores, o declarados tales, de la naciente o renaciente esperanza republicana, los había, efectivamente, de muy diversa calidad o calaña intelectual. Desde don Gregorio Marañón que actuaba profesionalmente, según costumbre, de tercero o mediador celeste, y rosa, del régimen caído, mano a mano con el Conde de Romanones y el señor Alcalá Zamora, para preparar los primeros pasos de la tierna criatura republicana, hasta don Ramón Pérez de Ayala —eminente poeta al juicio del ilustre profesor don Fernando de los Ríos— quien se preparaba, a la vista de tales pasos, para dirigir los suyos fuera de España, no sin antes exigir como condición ineludible que se le reservase la bicoca de dirigir, desde allá y a su vuelta, el Museo del Prado de Madrid. Y lo que pintó en Londres el flamante diplomático republicano es cosa que de puro sabida no debiera nunca olvidarse.

Aquellos *intelectuales*, servidores, primaverales también, de la renaciente República Española, no tenían necesidad de disfraz o librea especial que en aquellos momentos les caracterizase; les bastaba exhibir su ostentada apoliticidad intelectualística para ser conocidos y reconocidos por tales, y aún por cuales. Eran, como si dijéramos, la prez o el lustre del nuevo Estado. Sus nombres adquirirían en las antesalas ministeriales nueva y reluciente resonancia. Se prolongaban en ecos por las sombras, cadenciosamente, con no menos extrañeza de sí mismos que los versos del himno gigante becqueriano. Los recogían los grandes espejos oscuros de los viejos salones de la difunta Monarquía (Señora Doña Tapada hasta entonces) para proyectarlos en gestos de cómica o trágica caricatura,

agrandados por su reverdecida elocuencia. Aquellos *intelectuales* venían a la República, acudían a ella como moscas al panal de miel, al dulce olorcillo primaveral de sus promesas. Y venían a la República primaveral como la República había venido a sí misma, o había vuelto en sí, como el que se despierta de un larguísimo y pesado sueño. Venían, como la República misma había venido, como la primavera según el poeta, sin saber cómo: ni por qué. Algunos ni sabían para qué.

Pronto aquel grupito resonante de los intelectualísimos servidores republicanos, olvidando sus aspiraciones melígluas, se convertiría, agriado, en el avispero de las Cortes Constituyentes; para ejercitar su esterilidad en picarles en el pescuezo a los aparentemente feroces jabalíes, practicantes exacerbados de anti-intelectualismo. Que por otra parte, bajo las molestas picaduras, contagiaron rápidamente de prevención y antipatía por tan impertinentes genticillas todo el ámbito político republicano, más o menos parlamentario. Y tales para cuales.

Sería mención poco honorífica para los aludidos un recuento de nombres conocidos en las letras, las ciencias y las artes. Los más notorios tomaban carta de naturaleza republicana con grandes aspavientos, con agigantados ademanes de regocijo. Laboratorios, Universidades y hasta Academias iban a abrir, al fin, sus puertas al verdadero intelectual, al mérito y trabajo verdadero. La nación llevaría a sus menesteres regidores aquellos hombres que esperaban en la sombra el conjuro de esa justicia. Como el campesino esperaba su tierra. Y el obrero lo suyo.

Sería negar la luz, cosa por otra parte absolutamente intelectual: negar la luz, afirmándola ("*sombras profundas somos*", decía Giordano Bruno); sería trastocar la evidencia misma, poner en tela de juicio, para condenarlos sin más, ni menos, a aquellos intelectuales, y a aquellos otros hombres representativos de la segunda República Española, sus iniciales gobernantes; sería a todas luces inexacto negarles las buenísimas intenciones, morales y políticas, si no estéticas ni religiosas, con que procedieron. De sus buenas, inmejorables intenciones, se está empedrando todavía el infierno español nacionalista; al que llaman sus cursis sostenedores, o sostenidos, imperio azul, sin duda por azufrado, cuando a esa llamarada

de infierno gesticulan hasta lo grotesco la verificación criminal del terror mismo. A la mayoría de los intelectuales del 14 de abril, que no vislumbraron siquiera la posibilidad de tal llamarada, se les vino en lágrimas lo que no se les fue en suspiros. Entonces presagiaron, algunos, a su decir, tan terribles calamidades, que, por no verlas, por no verificarlas, prefirieron, ya desde entonces, envolverse en la elegante túnica de su total desconocimiento. La paradoja de tales gentes ha sido flagrante, pues, profesando la inteligencia, que es una facultad de decisión —y de actividad, por consiguiente—, se refugiaron en las nieblas de lo indeciso, para no hacer nada; ni siquiera enterarse; ni siquiera entenderse; se desentendieron de todo y de todos; hasta de sí mismos. Muchos de aquellos *intelectuales*, republicanos en su mayoría, permanecieron fieles, lealmente apegados a su régimen agonizante; y en este trance, no deja de ser conmovedor ver la perplejidad que les aflige al no lograr poder enterarse tampoco de que la República, al parecer, se les ha ido de entre las manos, como vino, primaveralmente, sin saber cómo ni por qué. Aquellos cuya ética era irreprochable, apuraron hasta las heces este vaso de sombra, “*de pura sombra lleno*”. Se anonadaron hasta el fondo en esta sombría experiencia amarga de su mismo vacío. Pero los otros, los ciegos y sordos voluntarios, los encastillados en sus vacuas egolatrías más ebúrneas, se afirmaron en su exsuicida afán de salvarse, como fuera, incluso declarándose engañados, equivocados y hasta arrepentidos; disponibles, en una palabra, para el limbo de que su inmortal estupidez intelectualísima les hizo más merecedores; y empezaron por idiotizarse, ensimismándose totalitariamente, de ese modo, en su propia integral ignorancia de España.

¿Intelectuales? ¿Cuántos eran los que en el 14 de abril, en la primavera republicana, sentían, verdaderamente, arderles en la sangre el deseo, la angustia, la afanosa ansiedad del entendimiento español, la pasión de la inteligencia? ¿Cuántos intelectuales del 14 de abril, dulcísimo florecer republicanizante de España, lo siguieron siendo, de veras, el 18 de julio, ardiente, doloroso estío popular, revelación sangrienta de la viva conciencia española? ¿Cuántos saben que la República no se fue ni vino, que está donde estuvo, en la esperanza revolucionaria de todos los pueblos de España,

dentro y fuera de ella, invisible, sangrienta, y, ahora, más que nunca gloriosa? ¿La República? Pero ¿qué República? ¿La inefable, inverosímil del 14 de abril, expresada, plenamente expresada, verificada por la sangre, desde el 18 de julio?

“*Ved ahí a un pueblo*” —pudiera decirse del español nuestro, como de Dante sus contemporáneos dijeron— “*que baja hasta el infierno y vuelve de allá cuando quiere*”. La República, caída del cielo en la primavera del treinta y uno, cayó tanto que fue a parar hasta los mismísimos infiernos. Como la primavera. “*Desde el cielo, a través del mundo, hasta el Infierno*” —decía el poeta—. Su experiencia es perfecta. Pues a las entrañas infernales de la tierra habrá que ir por ella. Cuidando no volver la vista atrás para mirarla, para que no se nos haga, y se nos deshaga, de nuevo, como la amada órfica, sólo una fugitiva sombra.

*¿La República se ha ido?
¿Nadie sabe cómo ha sido?*

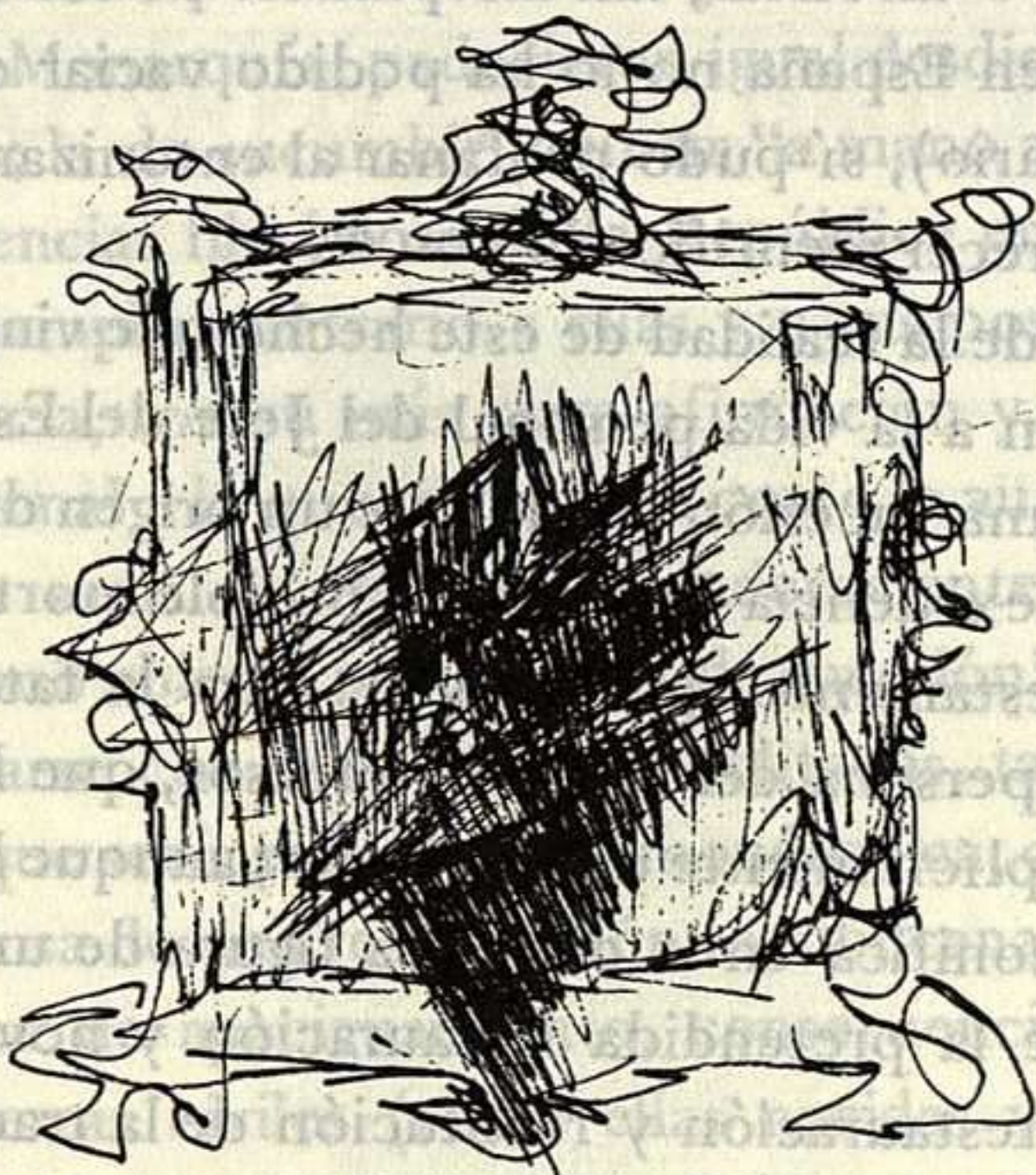
¡Demasiado lo sabemos todos! Para aprender a no olvidarlo. Pues no hay restauraciones, monárquicas ni republicanas, que valgan. O, dicho de otro modo, no hay República sin revolución ni revolución sin República. Cuando la República es de Ley. Por eso volverá. Como vuelve la obscura golondrina becqueriana. Es decir, que aquellos intelectuales y aquellos políticos aparentemente representativos de aquella primavera republicana, más o menos caídos del cielo como ella, como las golondrinas, *iesos, no volverán!*

(España Peregrina, núm. 3, 15 abril 1940, págs. 99-101)



Jaruo
2-930

TERCERA REPUBLICA



El Jefe del Estado Español afirmó en diversas ocasiones, al contrario de Luis XIV, que el Estado no es él: “el régimen no soy yo”, ha dicho repetidas veces el Caudillo. Pero es un hecho cierto, conocido de todos los españoles, que el régimen político actual de España ha durado tanto, y se mantiene en pie todavía, gracias a su autoridad personal. Que el régimen pende y depende de esa autoridad personal, y hasta ahora prácticamente intrasferible del Caudillo, Jefe del Estado, es una realidad indudable. Y el que se mantenga por él, sea para bien o para mal de los españoles, no afecta a su comprobación. La moneda española acuñada simbólicamente con la efigie personal del Jefe del Estado atribuye a éste una sobrenatural procedencia legitimamente de origen divino. Aunque no se diga con palabras, que sonarían a metáfora trasnochada, la verdad es que el régimen político español vigente fundamenta y arraiga su legitimidad generadora en los invisibles fantasmas tradicionales representativos de “el Trono y el Altar”. Si un trono tan expresivamente vacío, no por eso menos —tal vez más— evocación figurativa

de una creencia mítica: como el "ara" de un legendario y religioso culto patriótico. Y un Altar, tan inseparable de ese Trono, que si la Iglesia Católica en España no lo ha podido vaciar de su Dios (presente en el Sagrario), sí pudo profanar al entonizarlo en su mítico Estado, hasta parecer identificarlo con él.

La evidencia de la realidad de este hecho que vincula la vida política del régimen a la vida personal del Jefe del Estado, decidió a éste a prevenir una sucesión (dado que un origen divino simbólico no excluye a la existencia humana de posible mortalidad), formulándola como testamento que designa, para la fatal extinción de su caudillaje, la persona del legítimo sucesor, que habrá de ser un Rey: pero no explícitamente determinado; aunque la circunstancia histórica lo personifica en la dinástica figura de un Borbón. Esto último convierte la pretendida instauración y novedad de la Monarquía en una restauración y restitución de la tradicional histórica de los Borbones. No sería fácil evitar que, cualquiera que sea el titular dinástico de esa herencia, se apresure a verificarla como cosa propia; como restitución legítima; como restauración de un poder real que por derecho le corresponde. Sea cual sea la apariencia democrática con que se quiera enmascarar esa restituida y restaurada Monarquía, llevará consigo la peligrosa imagen mítica de un Trono que no puede separar su poder efectivo de ese fantasmal designio histórico que supone justificarlo.

Se ha dicho con razón que la llamada ley sucesoria del régimen vigente abre un insondable, tenebroso vacío. Como el que dejó en 1873 la escapatória de Don Amadeo de Saboya. Como el que dejaba al huir de España en 1931 el Rey Alfonso XIII. En ambos casos, por ese vacío que dejaba tras sí la institución monárquica en huida, al reconocerse impotente para gobernar a los españoles, se produjo el advenimiento fatal, inexorable, casi mecánico (como el abrirse las compuertas de una presa de agua da paso a la precipitación de su caída en torrentera, en catarata) de una y otra República: la de 1873 y la de 1931. Las dos fueron esa precipitada forma provisional, inevitable, de una democracia, de una libertad, repentinas; que aunque respondiendo enteramente a la inmensa mayoría de las voluntades españolas, no supo o no pudo definirla adecuadamente, encauzándola y conteniéndola en sus propios límites de

Jovino
2-930

poder político y social. En todo caso, estas dos Repúblicas, provocadas y precipitadas por la deserción y abandono del poder público que hizo la Monarquía, padecieron igual desdicha: la de perecer apenas nacidas; la de sucumbir y morir “a mano armada”. Pero estas dos experiencias históricas de la República en España, lejos de servir como ejemplo contrario a ellas y a sus postulados de libertad y democracia, son su más clara afirmación y advertencia de la necesidad nacional a la que responden como la auténtica expresión de un régimen social y político verdaderamente democrático. Y por eso el abismo abierto por la “Ley de sucesión” de este régimen no puede llenarse con las formas periclitadas, tanto de una farsa instauración, que sería restauración monárquica, como con la falsificación engañosa de una restauración republicana.

A una etapa de apaciguamiento, consecuencia de tan largas y agotadoras guerras civiles (todas ellas nacidas y mantenidas por una sola causa: la de la dinastía borbónica, a la que paradójicamente se propone volver para evitarlas), debe seguir una verdadera democratización del país, que no puede encontrar más expresión y forma y denominación adecuada que la de República. Otra cosa sería una mascarada como la de la Restauración canovista; otro aplazamiento de las responsabilidades políticas que pesan sobre todos y cada uno de los españoles, que disfrazarían, una vez más, con ello, su culpable irresponsabilidad civil, su soñarrera perezosa, su abandono a un poder tutelar autárquico en el que hacer cesión cobarde de sus derechos y obligaciones propias; sin perjuicio de difamarlo y entorpecerlo en su acción pública con esa misma sumisión servil y abdicación de la voluntad, sin más iniciativa que la de su despreocupación política, su interés, egoísta, acompañados por su pasividad misma, de una crítica estéril y esterilizadora. Otro aplazamiento de la República —disfrazado o no, como el de 1876, de restauración monárquica— traería las mismas o parecidas consecuencias que lo pasado: la paralización general progresiva de España, prisionera del aparato ortopédico de fuerza que, para enderezar su voluntad, se le viene aplicando sucesivamente, asfixiándola, y oscureciendo su conciencia viva. Es tiempo de que los españoles tomen en sus manos su propio destino, sin tutelas ni protecciones interesadas, ajenas ni propias, que les imposibiliten

hacerlo. La determinación expresa, libre y responsable, de un pueblo entero, tiene que rechazar esas tutelas que, pretextando protegerle como incapaz de valerse por sí solo, lo destruyen e incapacitan para gobernarse a sí mismo.

Las nuevas generaciones españolas deben decir no a una restauración monárquica: diciéndolo igualmente a una restauración republicana. Sólo que esto último carece de sentido porque carece de posibilidad. Las Repúblicas no son dinásticas. Y las dos relampagueantes apariciones que hicieron en España no fueron culpables de los trágicos acontecimientos que las destruyeron: fueron víctimas, no verdugos. En las actuales circunstancias de Europa y el mundo los españoles deben decidir por sí mismos su voluntad de serlo, y para ello, definir la forma de Estado político que les represente. Esta previa democratización nacional, abierta a todas las posibilidades sociales y políticas de España, no puede tener otro nombre más claro, sencillo, significativo, verdadero, libre, democrático, que el de República. Nueva institución de verdad, sin mixtificaciones ni adherencias fantasmales a lo que pasó y murió y desapareció para siempre, dejando tan sólo su memoria aleccionadora. Nueva, enteramente nueva de verdad institución política democrática. O sea: TERCERA REPUBLICA.

(*El Nacional*, Madrid, julio 1963)

II. La guerra civil

PAZ CON PAZ, GUERRA CON GUERRA



No escuches el tambor lejano, dice el poeta. Elude la tentación de la guerra. Y el que así nos habla, en este caso, es un egoísmo epicúreo. El egoísmo del que no quiere oír, ni quiere enterarse de lo que pasa. Si lo que pasa es duro, triste, amargo de saber. Es el miedo del que no quiere que turbe su paz el sonido guerrero del tambor distante. El miedo de aquel para quien la paz no es una lucha, no es una victoria. El epicureísmo verlainiano nos habló también de *una paz sin victoria*, que puede llegar a ser lo mismo que una victoria sin paz. Todo lo contrario reflejan estas palabras, aquí reproducidas, de los católicos franceses: una voluntad de paz, de justicia (dos cosas, en el fondo, casi idénticas). Pero una voluntad. Por eso quieren escuchar el tambor en la lejanía: para oponer, desde un principio, a su belicoso mensaje, una respuesta firme, voluntariamente afirmativa de paz. Al ritmo del tambor lejano se afirma la negativa voluntad de la guerra, la violenta negación de la paz. No hay guerra justa, ni justicia guerrera. Hay paz fuerte que no es la agitación belicosa, sino la acción viva, honda, penetrante de la vo-

luntad y del pensamiento del hombre. Y esta acción constante, en cierto modo revolucionaria, de la paz, es un esfuerzo activo, mucho más violento en su contención expresiva que la débil desesperación de la guerra: que el abandono de la voluntad a la borrachera sangrienta de la guerra, a la danza macabra del espíritu negativo, de la voluntad de destrucción; al ritmo del tambor guerrero. Esas guerras desesperadas que fundamentan sus empeños, siempre delictivos por ser guerreros, en necesidades nacionales que no fueron justamente atendidas, son, en definitiva, la máscara de una impotencia nacional: es el resentido agravio, que puede llegar hasta el crimen, del débil; la ofensiva del débil que quiere enmascararse con el engaño de la fuerza, de la gran ilusión guerrera. Fue quizá necesaria históricamente una corrupción nacional tan impopular como la de los regímenes fatalistas de los *fascios*, para que los pueblos de más viva tradición civilizadora se lanzasen, o fuesen lanzados, al suicidio, por ese trágico desfiladero mortal de lo que ha solido llamarse: el cumplimiento de su destino histórico. ¡Como si el cumplimiento de un destino histórico nacional pudiera ser otra cosa que la muerte! Como el cumplimiento del destino histórico del hombre. Un pueblo, como un hombre —un pueblo de hombres—, cumple su destino histórico cuando se muere. La vida de los pueblos, de los hombres, es luchar contra su propio y fatal destino: contra su destino mortal. Y esta lucha viva, creadora, es la paz; la paz y no la guerra; la paz en un grito, como el de Dante: *¡Yo voy gritando, paz, paz, paz!*

Y por eso la paz del pueblo, como la paz del hombre, es la victoria violenta contra su destino: la conquista de su libertad. Cuando a un hombre o a un pueblo se le arranca su libertad, se le entrega al común destino histórico de la muerte; y al ritmo enloquecedor o entontecedor del tambor monótono se le uniformiza para la guerra: se le sacrifica al destino nacional de morirse, a la fatalidad histórica de perecer. Se le hace verdugo y suicida. La guerra es el gran suicidadero nacional de los pueblos esclavizados mentirosamente a un destino histórico que se dice glorioso, y es sencillamente guerrero, negativo de la vida, de la libertad, de la paz.

El error de la guerra es tan profundamente humano como cualquiera otra pasión del hombre. Y puede que en toda pasión huma-

na vaya implícito este esencial error de la guerra: del placer guerrero. Los pueblos debilitados por una larga pérdida de su libertad son más propensos al contagio de la pasión guerrera, porque anida en ellos con más encono el aburrimiento, el hastío de una vida sin iniciativa libre, sin noble riesgo. La gran ilusión de la guerra, que es también máscara, o al menos antifaz, del hastío, del aburrimiento mortal del hombre, apasiona a los hombres desesperados, los emborracha para arrastrarlos voluntariamente a la muerte. Y así hace con los pueblos que han sido previamente esclavizados desde su infancia, en cada hombre, para esta empresa aventurera de la guerra; de la violenta negación mortal de la guerra contra la fuerte afirmación viva de la paz. La guerra fue siempre patrimonio histórico de pueblos débiles, sin libre voluntad afirmativa, creadora, de paz. Por eso la derrota ha sido la mejor escuela moral de los pueblos para la paz; cuando su lección dolorosa no se ha interrumpido o desviado con mayores daños de persecución o de injusticia.

De este modo debe escucharse el tambor en la lejanía: atentamente. Las palabras de este manifiesto que comentamos nos advierten el peligro que a su lejano son se acerca. Y lo hacen con valor, con lealtad: expresando claramente la exigencia moral que se debe a sí mismo, por todos, para todos, el sentir y pensar cristiano. No compartimos el reproche que se les hizo por aquellos que hubieran debido acogerlas, todo lo más, con prudente reserva y silencio; reproche de apartarse de las realidades presentes, de abstraerse demasiado de ellas, apelando a los principios espirituales de la verdad, de la justicia, pues dicen de ellos que no por dejar de ser permanentes dejan, sin embargo, de ser aplicables tan sólo según las circunstancias. No comprendemos cómo puede decirse esto por quienes aceptan y viven la religión de la comunidad cristiana. Con este criterio utilitario, pragmatista, no se hubiese vertido en el mundo, por la fe de Cristo, ni una sola gota de sangre. Pues es precisamente el martirio, el testimonio popular de la sangre vertida, la siembra constantemente renovada de paz espiritual para el creyente.

La paz se diferencia de la guerra, para el cristiano, en que el luchar por ella no da héroes, sino mártires; en que sus víctimas, la sangre inocente de sus víctimas, no es un testimonio mentiroso

de vanagloria, sino verdadero de justicia.

La pasión mortal del nacionalismo rencoroso envenena hoy la sangre de muchos de aquellos que debieran protegerse de este error deicida con las palabras santas de la autoridad de su Iglesia. El paganismo nacionalista pone hoy las más odiosas mentiras anticristianas en los labios, si no en el corazón, de quienes, sin saberlo, ofuscados de orgullo, entenebrecen de este modo las más puras, esenciales verdades del cristianismo. *El nacionalismo* —escribí una vez— *es el orgullo colectivo: pecado mortal; nace de la impiedad y es la religión de los incrédulos.* La impiedad y la incredulidad alimentan el heroísmo desesperado de la guerra: la destrucción moral y material del hombre. La más terriblemente mentirosa negación de Cristo.

Escuchemos el tambor lejano para prevenirnos. Para que estemos advertidos a tiempo, y con tiempo. Para que sepamos, y podamos, en lo temporal, separar la paz de la guerra. Para no hacer las paces con la guerra, ni tampoco levantar guerras con la paz.

Otras palabras como las de este manifiesto francés —en su sentir y en su sentido— se han dicho entre nosotros en España; algunas, por algunos de nosotros. Ahora queremos sumarnos con las nuestras a las tan verdaderas de estos católicos en Francia, *por la justicia y la paz.* - J.B.

(*Cruz y Raya*, n^o 33 diciembre 1935, págs. 109-112)



Los que practicamos la palabra tenemos el deber de cumplirla. El escritor, el poeta, el investigador, el creyente, es el hombre que da su palabra al pueblo y que se la tiene que cumplir.

Por eso, cuando el pueblo está en peligro, el primero que debe ofrecerse es el que tiene con el pueblo la comunión viva de la palabra. Aquí estamos, los escritores, con vosotros, vivamente, verdaderamente. Por la palabra.

Antes de que me hubieseis llamado, yo vine aquí a vosotros, con vosotros, a ofreceros, como un arma de lucha, la palabra. Aquí estuve, aquí estoy: con vosotros, hasta la victoria.

Yo no puedo enseñaros ahora nada que os sea verdaderamente útil. No sé nada del arte ni la ciencia de la guerra. Pero sí puedo deciros algo que sea verdadero. Puedo deciros, sencillamente, lo que vosotros mismos me habéis enseñado, lo que he aprendido de vos-

En 1980, al caer la dictadura, la Junta Directiva del Ateneo de Madrid, ofreció un premio a D. Miguel de Unamuno, que aparece en la foto rodeado de los directores de la revista, de los que se pueden reconocer a Manuel Aznar, primo presidente de la República, Fernando de los Ríos, el Dr. Marañón, Luis Jiménez de Asúa y Clara Campoamor.

de vanagloria, sino verdadero de justicia.



las muestras a las tan verdaderas de estos católicos en Francia, por la justicia y la paz.- J.B.

(Cruz y Raya, nº 33 diciembre 1935, págs. 109-112)

En 1930, al caer la dictadura, la Junta Directiva del Ateneo de Madrid, ofreció un homenaje a D. Miguel de Unamuno, que aparece en la foto rodeado de los directivos ateneístas, de los que se pueden reconocer a Manuel Azaña, futuro Presidente de la República, Fernando de los Ríos, el Dr. Marañón, Luis Jiménez de Asúa y Clara Campoamor.

LOS QUE PRACTICAMOS LA PALABRA



Los que practicamos la palabra tenemos el deber de cumplirla. El escritor, el poeta, el investigador, el creyente, es el hombre que da su palabra al pueblo y que se la tiene que cumplir.

Por eso, cuando el pueblo está en peligro, el primero que debe ofrecerse es el que tiene con el pueblo la comunión viva de la palabra. Aquí estamos, los escritores, con vosotros, vivamente, verdaderamente. Por la palabra.

Antes de que me hubieseis llamado, yo vine aquí a vosotros, con vosotros, a ofreceros, como un arma de lucha, la palabra. Aquí estuve, aquí estoy: con vosotros, hasta la victoria.

Yo no puedo enseñaros ahora nada que os sea verdaderamente útil. No sé nada del arte ni la ciencia de la guerra. Pero sí puedo deciros algo que sea verdadero. Puedo deciros, sencillamente, lo que vosotros mismos me habéis enseñado, lo que he aprendido de vosotros. Voy a deciros una sencilla y clara verdad. La verdad vuestra y esta verdad no es otra que la que expresa vuestra voluntad de vencer, la voluntad de la victoria.

Esta verdad, sencilla, clara, es la de que la guerra la gana el hombre.

Cuando en esta época nuestra, de espantosa preparación guerrera, se decía que la guerra futura, la que ahora están ensayando en España los fascistas de Alemania o Italia, sería una guerra en que el hombre perecería aplastado por la fuerza monstruosa de la maquinaria guerrera, se anunciaba como visión terrible esta destrucción definitiva del hombre.

Pues bien: sobre el cuerpo vivo del pueblo español han intentado los fascistas esta experiencia trágica, esta especie de vivisección horrible. ¿Y qué es lo que ha pasado? ¿Que es lo que está pasando?

Que toda la maquinaria guerrera viene a estrellarse, a pesar de su enorme aparato de muerte, contra el pueblo vivo, que la rechaza. Contra el hombre.

La guerra del catorce la perdió Alemania de este modo. Aquella guerra la ganaron los "peludos". La ganaron los hombres.

Cuando digo ahora que ellos no tienen hombres, que ellos no son hombres, no los insulto, los defino. Ellos son una maquinaria de muerte. Detrás de ello hay sólo cadáveres putrefactos. Y no pueden vencer porque no tienen, tras su fuerza aparente, ni una sola voluntad humana. La fuerza de las armas en ellos es una fuerza muerta.

Una guerra, se ha dicho por los técnicos militares, que es la lucha de una voluntad contra otra voluntad.

¿Cuál es su voluntad? ¿Cuál es la nuestra?

Ellos sólo quieren la muerte. Nosotros la vida.

Por eso ellos son la guerra y sólo eso, mientras que nosotros somos la paz y solamente eso, aunque por serlo y para serlo tengamos que ganarles la guerra. Y se la ganaremos.

Nosotros tenemos voluntad. Ellos no tienen más que armas. Mientras nuestra sola voluntad tenía que luchar contra sus armas, era dura, larga y penosa para nosotros la victoria. Pero ahora no. Ahora tenemos voluntad y armas. Tenemos la victoria.

Mas es preciso, ahora más que antes, más que nunca, que nuestra voluntad sea nuestra, que nuestra voluntad sea firme.

Porque, como os digo, la guerra sólo la gana el hombre. Pero

también la pierde el hombre.

Ellos no la pueden ganar. Nunca. En ningún caso. Aunque nos destruyeran totalmente. Pero nosotros podemos perder. Si no sabemos querer de veras la victoria.

Pensad en esto, vosotros, milicianos, pueblo en armas de veras; pensad que la victoria es vuestra si la queréis de veras.

¿Y cómo no quererla si con ella se afirma nuestra vida y la vida de todos los pueblos de España?

La respuesta que demos nosotros ahora al fascismo internacional, que quiere destruirnos, es una respuesta que pone en riesgo mortal el porvenir del mundo. Nuestra responsabilidad no es española solamente. Con nosotros vencerá en Europa la verdad del pueblo, de los pueblos, contra la mentira, las mentiras de sus enemigos mortales contra la mentira de la muerte.

De nuestra voluntad depende la paz o la guerra en el mundo, la vida o la muerte del hombre. Del hombre y su verdad, o sus verdades: la libertad, la independencia, la cultura, la inteligencia humana en peligro.

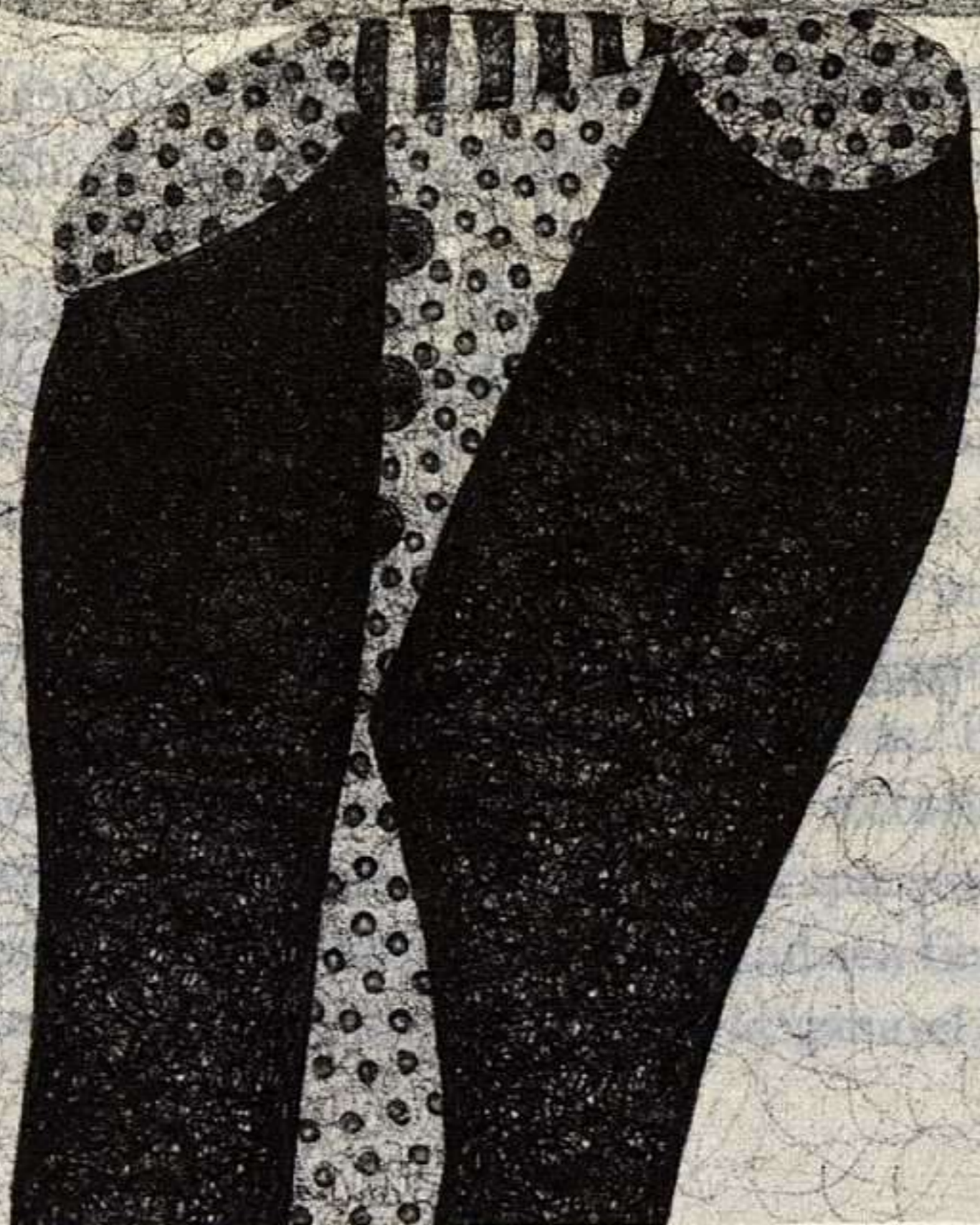
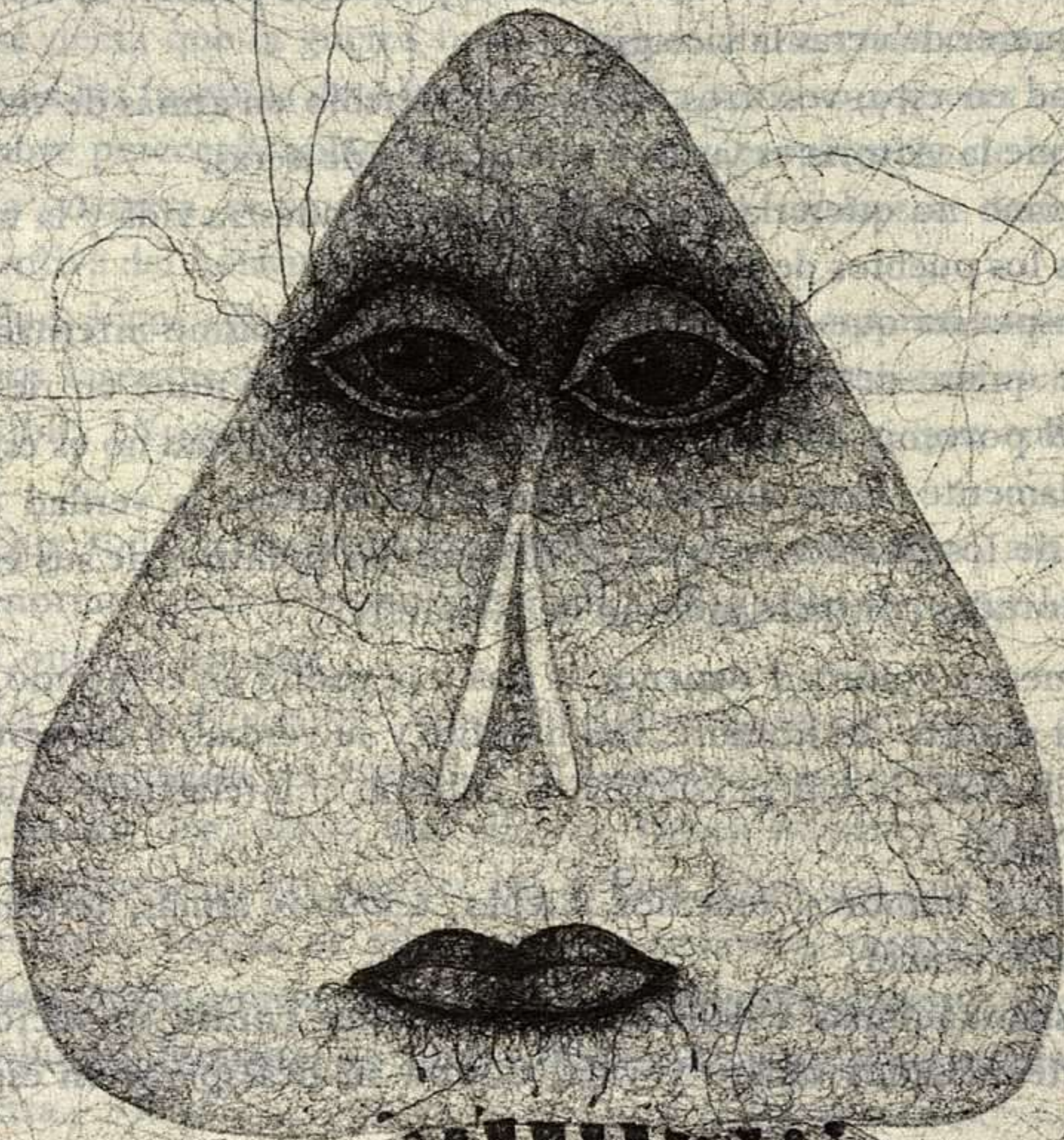
Tenemos hombres, tenemos pueblo, tenemos armas, tenemos voluntad de vencer.

Contra sus máquinas tenemos máquinas. Pero contra su vacío y su muerte tenemos sangre y vida. Contra su desesperación esperanza.

Madrid es invencible si nuestra voluntad no flaquea. Acudamos todos a una, todas nuestras voluntades juntas, unidas son ya la victoria.

En los batallones de choque está la fuerza de nuestra defensa. De nuestra defensa de Madrid, defensa del pueblo que es la defensa de la cultura.

(*Milicia popular*, Madrid, n^o 87, 2 noviembre 1936, pág. 2)



Jimenez 84
Mabaga

LA VERDAD DEL BARQUERO

Soliloquio a la sombra de las Estatuas



Cabe el diálogo de los hombres, dije, aun a la sombra de las estatuas. Cuando las estatuas dialogan y dialogan sus sombras, inmóviles, calladas, en el suelo, también las sombras de los hombres interrumpen el diálogo entre éstos con la inquietante silueta de sus mudas interrogaciones.

El claro de luna me abría paso la otra noche, andando yo solo por el Paseo de Gracia, a estas sombrías preguntas; cuando tan a las claras celestes del pensamiento venía yo solo, como digo, soliloquiando sobre aquel impasible diálogo de las estatuas y el imposible de los hombres cuando no quieren entenderse. Y recordaba el grito vivo de Don Juan ante la estrellada, su llameante llamada a las estrellas:

*¡Estrellas que me alumbráis,
dadme en este engaño, suerte,
si el galardón en la muerte
tan largo me lo fiáis!*

¿Qué muerte o qué galardón, qué engaño, qué estrellas puras escriben luminosamente en los cielos de Don Juan el claro destino? ¿Que altísima fatalidad astral decide su rumbo? ¿Qué larga fianza humana insatisfecha?

No solamente es Don Juan el hombre entero y verdadero, soñador de absoluto, que opone su voluntad a la de los astros; es él mismo quien los invoca, más como cómplices que como testigos colaboradores humanos de su engaño. ¿Y qué engaño es este? ¿Aquel que llamara Cervantes “engaño a los ojos”, o el otro, el de los místicos, el engaño al corazón, al “corazón vacío y solitario”, como el de Juan el Santo?

“¡Tengo brío —clama Don Juan— y el corazón en las carnes!” ¿Pues qué, con el corazón en la mano no desafiaba a la muerte; es decir, a lo que significa la muerte para él, negador y afirmador absoluto, al mismísimo infierno?

“¡Importa no estar dormido —decía Don Juan—. Para, al presentarse tan puro, tan a las claras de los cielos, ante la estrellada nocturna, poder afirmar absolutamente: “Estas son las horas mías”. Las horas vivas de la noche que pulsan como un arpa el secreto armonioso, sideral, de todo destino, de todo corazón humano. ¡Tú también, Don Juan, fuiste a decirle la verdad al lucero del alba! ¡Qué verdad más clara! Pero ¿le preguntaste a él la suya? A las claras horas del amanecer ¿vuelve Don Juan desengañado de absoluto? Su corazón vacío y solitario ¿no trajo el eco de otra voz, de otro grito recogido en el mismo cielo donde puso el suyo claramente como una invocación desafiadora? ¿No es el latido de su corazón como el de la estrella del día, el lucero del alba, el que guiña su afán absolutamente desengañado de la verdad nocturna a la pura ilusión del día?

Está Don Juan, como los astros, en su sitio. Y cumple como ellos su libertad, la libertad humana. Y no por fuerza, por la fuerza, sino por ese otro equilibrio vivo, mortal e inmortal, que es en definitiva, como dijo el filósofo, lo que vence y desplaza a la fuerza: “el estado genuino de la libertad”, el de la justicia; el estado natural y sobrenatural de la inteligencia humana. ¿Cómo no vamos a entender a Don Juan si es el entendimiento humano en persona; el entendimiento racional en persona dramática de hombre?

Y así le vemos y entendemos nosotros a Don Juan cuando se nos pone por delante como al Comendador, huyendo de ser conocido (“hui de ser conocido —mes ya me tienes delante”). Cuando le vemos como con el Comendador, queriéndose quitar bultos de encima. Que a menos bultos, más claridad. Como se quita de en medio a sus amores. Cuando nos enseña, magistralmente claro, el arte de quedarse solo. Solo con su destino; solo con su estrella; solo con su verdad. Solo ante el negro toro fatal de la noche estrellada que llena de silencio y de sombra, de música callada, la soledad sonora de su corazón, vacío y solitario como su estrella, y como su estrella, palpitante.

Cuestión humana, viva, latente y patente, palpitante, cuestión cordial y sideral, de corazón a corazón, de corazón a estrella, es la que Don Juan nos propone a voz en grito ante los cielos, ante la estrellada nocturna.

Pues Don Juan es un arito puesto en el cielo claramente: una metáfora. Don Juan es una metáfora clara y oscura, sombría y luminosa, como Don Quijote. Lo que pensaba del hombre Novalis. Un equilibrio vivo. Por eso las sombras humanas, las sutiles metáforas de Don Juan y de Don Quijote, se encuentran y se entienden, se quieren entender; y dialogan para entenderse.

—Si tú tienes, Don Juan, el corazón en las carnes —dice Don Quijote—, yo tengo en los huesos el alma, y no sé qué sea lo que más duele. Ahora que estamos solos, vamos a querer entendernos.

—Bien —dice Don Juan—, porque los dos queremos y esperamos tal vez lo mismo.

—Porque ninguno de los dos —responde Don Quijote— sabemos tal vez lo que queremos ni lo que esperamos. Pero queremos y esperamos sin saberlo. Queremos esperar.

—Desesperando —responde el burlador.

—Soñando, mejor —dice Don Quijote.

—Tú que eres sueño de hambre —replica Don Juan—. Yo soy hambre de sueño. Yo soy razón de amor. Tu eres sinrazón amorosa. Por eso tú estas loco.

—Yo no —vuelve a decir Don Quijote—, yo no soy el loco; el loco era el otro, el que me dejó a mí solo y vacío mientras se dejaba a sí mismo morir, por bueno, a manos de la melancolía.

—Solo —dice Don Juan—, vacío y solitario, ¿no eres el desengaño del mundo?

—Como tú eres el desengaño de Dios —responde Don Quijote. Y añade:— ¿No ves la alta sombra que nos guía? ¿Y no sientes el chapotear del agua yerta? Volvemos del infierno, Don Juan, que es donde nuestras sombras por primera vez se han juntado.

—Yo me fui al infierno por escotillón —interrumpe Don Juan burlándose.

Y Don Quijote:

—Es decir que no te fuiste de ninguna manera, que ya estabas en él; que te nos escamoteaste una vez más como “un hombre sin nombre, huyendo de ser conocido”. Y en tales trances como este, Don Juan, no se ha de burlar el hombre con su alma.

—Ni el alma con el hombre —responde Don Juan—. El infierno es la muerte.

Y Don Quijote:

—El infierno es la muerte inmortal: por eso está vacío, como pensaba mi otro don Miguel. Y está vacío porque ha volado sobre sus fronteras naturales, por las tierras desoladas de España, sus espectros sangrientos: sombras de macabros tiranos, grandes señores, clérigos, obispos, mercaderes e impostores, toda clase de perjuros e infieles juntos. Abre sus puertas el infierno vomitando, entre sangre y bilis, toda su barbarie secular, sobre España. Y lo hace, Don Juan, para afirmar aquello mismo que nosotros negamos: la fuerza ciega, el imperio de lo pasado, el poder absoluto infernal, la inmortalidad de la muerte.

La mirada avizora de Don Juan siente traspasado su engaño por la mística irracionalidad amorosa de su acompañante, al que interroga:

—¿Qué es aquello que en la otra orilla pone ante nuestros ojos su oscura silueta humana sobre el horizonte?

—Es —dice Don Quijote— mi siempre fiel Sancho con su rucho. España, Mi Don Juan, nos ve desde aquella otra orilla como “una sola sombra larga” que se finge la del barquero eterno. Llémosle, amigo, nuestras verdades juntas como una sola, la entera verdad, la sola verdad que espera.

—¿Y nos montaremos en el mismo burro los tres? —inquiere

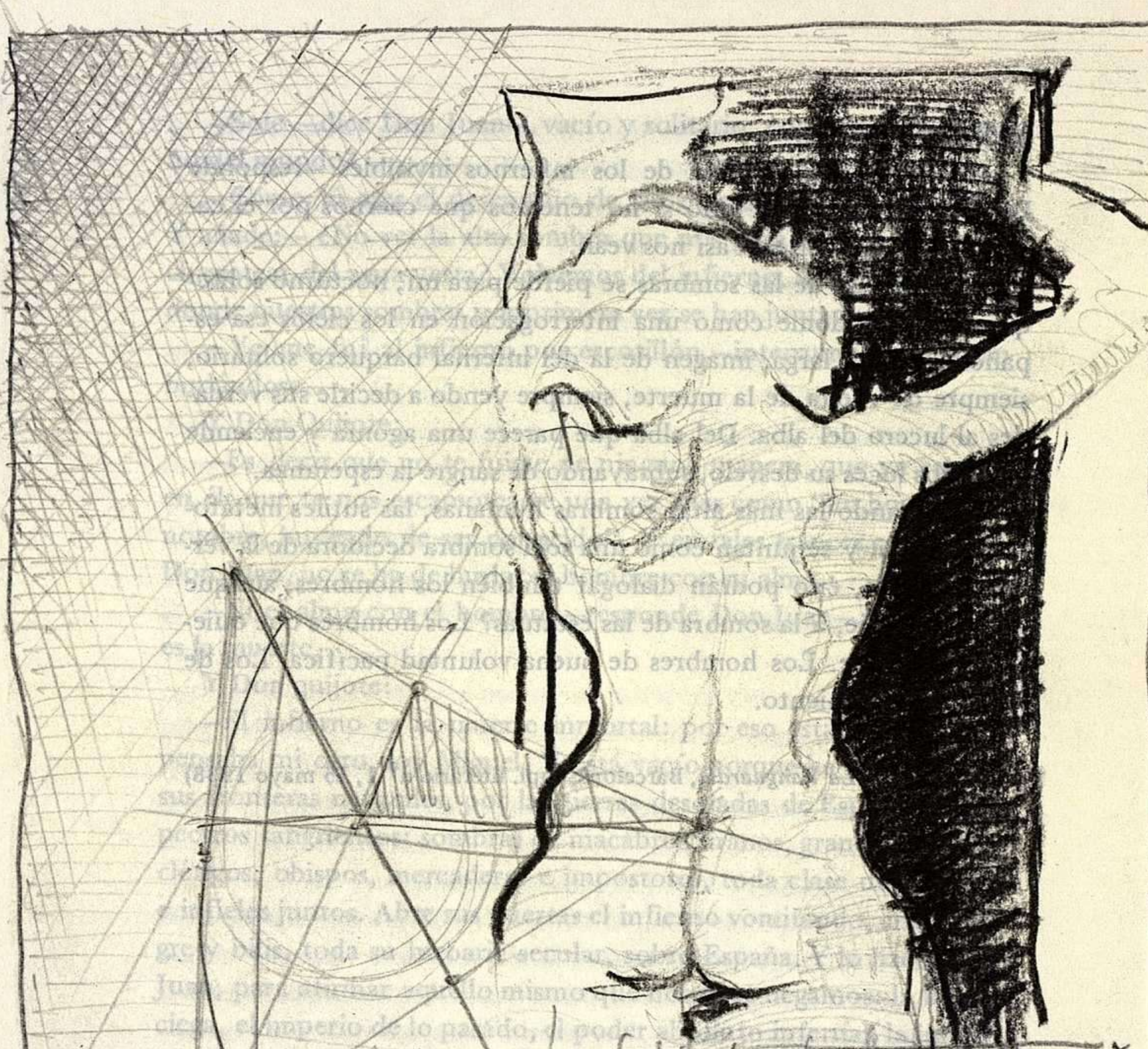
burlón el sevillano.

—No sería mala vuelta de los infiernos invisibles —responde Don Quijote—, sobre todo si no tenemos que caernos por el camino. Que acaso ni aun así nos vean.

Y el diálogo de las sombras se pierde para mí, nocturno soliloquio, dejándome como una interrogación en los cielos esa española sombra larga, imagen de la del infernal barquero solitario, siempre de vuelta de la muerte, siempre yendo a decirle sus verdades al lucero del alba. Del alba que parece una agonía y enciende entre dos luces su desvelo, subrayando de sangre la esperanza.

Mas cuando las más altas sombras humanas, las sutiles metáforas, dialogan y se juntan como una sola sombra decidora de la verdad evidente, ¿no podrán dialogar también los hombres, aunque sea, como dije, a la sombra de las estatuas? Los hombres que quieren entenderse. Los hombres de buena voluntad pacífica. Los de mejor entendimiento.

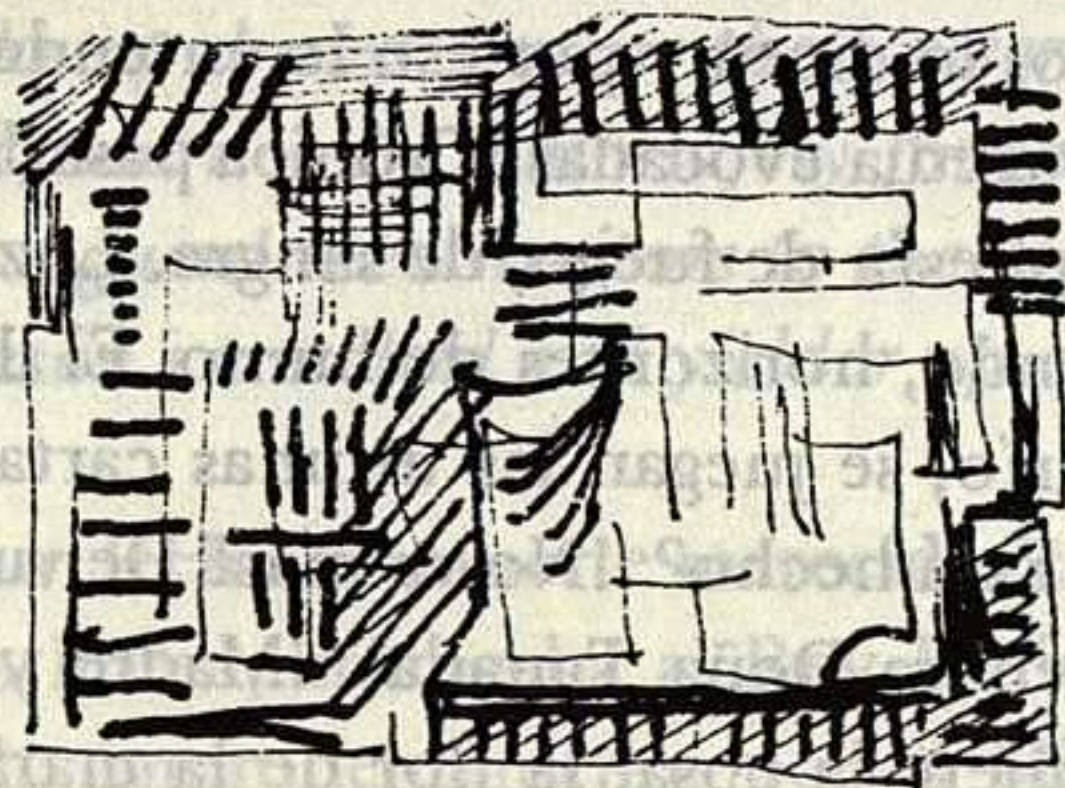
(*La Vanguardia*, Barcelona, supl. literario n° 1, 15 mayo 1938)



Una superficie con amplitud
de movimiento. La superficie
de la pared. Un muro que
se mueve a todo lo largo
de la pared.

Ru083

LA FLOR DE LA MARAVILLA



Pues, señor, esto eran tres. Tres o cuatro. Cuatro máscaras, cuatro voces (¡qué lejos al oído!), cuatro sombras trágicas de muerte. Ilusión, frenesí, sombra y ficción mortales. Mortal sueño. Su nombre es fantasma. Señora Doña Tapada. La flor de la maravilla: ¡la paz! Y el caballero enchisterado, paraguas al brazo, antes en ristre, saluda reverente —entre prestimano y payaso— para repetir clásicos versos shakespearianos, una flor en la punta de los dedos, ofrecida como un madrigal al espanto: la flor de la seguridad, la flor de la maravilla. Y nuestro Calderón al paño: —“¿qué flor, dí, no es maravilla?”— Cuando nos la ofrece Calderón, cuando nos la ofrece Shakespeare. Mientras, el evocador del tal poesía hace esfuerzos sobrenaturales por identificarse humanamente al personaje que representa: el de la farsa entrelazada sangrientamente de tragedia; y al revés. Al revés te lo dicen, para que lo entiendas. ¡Y vaya si se entiende! La poesía de la crónica dramática shakespeariana parece jugar con las cuatro palabras vivas de nuestro Calderón, las cuatro esquinas de su vivo sueño: frenesí, ficción, ilusión y som-

bra. Cuatro voces, cuatro máscaras, cuatro nombres... ¿Y qué importa el nombre? Cuatro apocalípticos caballeros de belicosa industria. Al revés nos lo dicen y por eso lo entendemos tan bien como en la farsa y tragedia evocadas. Crónica pasada y traspasada de presente. Enorme poesía de fuego, de sangre. Luz y sombra goyesca. Lejos, como fondo, horizontes de humo. El iluso, el frenético, el ficticio, el sombrío, se juegan las últimas cartas. Jugando se entiende esa gente. ¿Está hecho? ¡No va más! De vuelta a casa —sonrisas y flores—. ¡Señora Doña Tapada! ¡Madre y maestra mágica! Como el que no quiere la cosa, la flor de la maravilla: ¡la paz! El iluso, el frenético, el sombrío, el fingido o farsante, se separan amigos; tan amigos como antes. Con su alma en su armario cada cual. Y nuestro Calderón al paño: —“qué flor, di, no es maravilla?”—. La flor de la seguridad. ¿Azul? ¿Roja? Las flores inculpadas. Pues aún nos añade el poeta: “¿qué culpa tienen las flores?” —Extraña pregunta. Respuesta más extraña: “parecerse a las estrellas”. Corramos un velo —la cortina— como en Shakespeare también. Para que las estrellas puras no lo vean: el crimen horrendo. Después —corrida la cortina (caído el telon)— aplausos. El iluso, el frenético, el fingido, el sombrío, saludan siniestros. Lejos, la crónica shakespeariana se confunde en sus horizontes de humareda con la evocación de nuestro poeta popular. Edad Media. Y España. Mucha luz. Mucha sombra. Y fuego. Y sangre. Señora Doña Fantasma de Europa (excepto Rusia). La flor de la maravilla. La Paz. Shakespeare, Aristófanes y Calderón, en sus infiernos o sus cielos se vuelven a morir ¿De miedo? No. De risa. Para decir a coro —al frenético, al fingido, al iluso, al sombrío—, “¿qué flor, di, no es maravilla, cuando me la ofreces tú?”

1

*Strike up drums, pursue the scatter'd stray:
God, and not we hath safely fought to-day.
Some guard these traitors to the block of death,
Treason's true bed and yielder up of breath.*

Y a tal destino, lecho de muerte merecido, castigo sin venganza de la traición, la horca, entregaba al Rey Enrique IV, según Shakespeare, evocado imprudentemente por el Ministro inglés, a sus nobles rebeldes, y em primer término a Su Ilustrísima el Arzobispo de York, el que convertía la rebelión en religión, el de la guerra santa o curzada, que es también sangría de malos humores eclesiásticos (“purge the obstructions which begin to stop — our very veins of life”). La guerra purgante, por las locuras, los excesos que daban al mundo clerical, como a todo el mundo, ardiente fiebre. Por eso arma el arzobispo tan tremenda guerra; por eso levanta su tropa y marcha entre soldados, arrastrado por “el torrente impetuoso de las circunstancias”, de la ocasión guerrera (“torrent of occasion”); que la ocasión que hace a los ladrones, hace a los obispos y arzobispos, belicosos, guerreros: sangradores humanos para salvación de las almas (¡ojo al cajista! de las almas no de las armas). Y así arman la de Dios es Cristo por menos de nada, o por un poco más; por un quitáme allá esas pajas: las del ojo ajeno; porque la ocasión se hace torrencera sangrienta (¡oh Shakespeare!), cuando calva que ni pintada. Y ya pinten oros o copas, bastos o espadas (que entre lobos anda el lego) el alto mundo clerical ofrece su brazo poderoso para ejecutar la peligrosa medicina sangrienta. Aunque como en el caso del rebelde Scroop, el sangrador perezca a manos del verdugo. Y en la horca; sin efusión de sangre, como decía el otro, el reyezuelo reconstituído en España tras la facción. Para que ni por la purga se salve. Para que los traidores y perjuros de tal calaña clerical, quiero decir de tal alcurnia, Príncipes infieles a su Iglesia, traidores a su Estado —a su doble estado, el de su fe y el de su patria— pierdan con el honor la vida. Así muere el perjuro Scroop en la crónica shakespeariana: como se merece, se-

gún “el celo muy cristiano” de su propio Rey, (“a most Christian care”). Y a tal señor tal honor. O a cada cual lo suyo. “Salario merecido”. Así, cuando pregunta el arzobispo, cogido en la trampa, en su propia trampa guerrera, por Lancastre: “—Is this proceeding just and honourable?—” le contesta Westmoreland: “—Is your assembly so?”—, ¿lo fue vuestra alianza, vuestra sedición, vuestra conjura? A lo cual responde, entre flores maravillosas, la voz de nuestro Calderón: —“¿fue como esta la puñalada?”— Y no de pícaro, a pesar de la rapidez de su ejecución; como la del tiro, o los tiros. Que a seguida del alboroto clerical empezaron los tiros en España. Y no antes. Pues a falta de poder real —de cosa y de persona— el pueblo tuvo que tomársela por su mano, la justicia más verdadera, la del castigo sin venganza de sangre, de su propia sangre vertida por los sangradores de la cruzada. Los del desquite. Los de la medicina sangrienta, como Scroop; el purgante trágico. Los de la torrentera impetuosa de la ocasión de muerte; de las circunstancias arrebatadoras del espanto. Que cuando a nuestro pueblo religioso, y por consiguiente anticlerical, preguntan dignamente los más o menos enchisterados y ensotanados caballeros pacíficos o pacifistas, ocasionales a su vez, avizores de guerras convenientes y humanitarias, los comisionistas de las no intervenciones en que mejor puedan terciar, con mejor lucro, aun y sobre todo a precio de sangre inocente: “Is this proceeding just and hounorable?” —le puede muy bien responder, nuestro pueblo español, ahora, como en Shakespeare: “—Is your assembly so?”—, y mañana como en Calderón: “—¿fue como esta la puñalada?”.

2

The word of peace is render'd: hark how they shout! —dice Juan de Lancastre en la crónica shakespeariana, y Mouwbray le contesta: “This had been cheerfuld after victory”. Y ello se dice poco antes, en la misma escena en que Lancastre obliga a *desmovilizar* tramposamente a los rebeldes, con el arzobispo de York a la cabeza. El desleal arzobispo de quien se nos dijo en la escena anterior (IV-I) que cubría con la dignidad de su manto la bajeza sangrienta de la insurrección (base and bloody insurrection), enmascarándola “con sus blancos vestidos de inocencia” (“whose white

investments figure innocence”), “que evocan la paloma del espíritu santo de la paz” (“very blessed spirit of peace”), de la paz que con su “mano de plata” había dignificado su vejez (“whose beard the silver hand of peace hath touch’d”) plateándole la barba. El que con su aparente dignidad apostólica convertía “su lenguaje de paz en espantoso lenguaje de guerra”, haciendo “de una voz que debiera ser santa, escandaloso clarín guerrero”. El belicoso arzobispo que quiso también pesar en su balanza los mayores males para justificar los de la traición, engendradora de tal guerra. El desdichado Scroop —como hoy el involuntario Gomá—, propagandista, que no apóstol, de “la mala verdad” de la guerra; y de una guerra originada en la deslealtad y en la infidelidad sacrílega. ¿Cómo no iba a resultar sospechosa una paz fundada en tal mentira, una paz sin verdadera victoria?

3

*“Non hay castillo fuerte
como la lealtad.*

*Nin hay flaco portillo
como la mala verdad”.*

El consejo de nuestro sentencioso Rabino no es para escuchado de tales personajes, de farsa y tragedia shakespeariana sin saberlo. Los cuatro caballeros de belicosa industria. Los cuatro jinetes del Apocalipsis de Munich. Que la voz de un judío no puede entrar en Alemania. Mas a Francia, “la bien guarnida”, la ha desguarnecido tan “mal verdad” traicionándola. La paz sospechosa. El flaco portillo abierto al costado de su pueblo, como herida mortal, por la deslealtad de sus gobernantes.

Y volvamos a nuestro Shakespeare, evocado grotescamente por el Ministro inglés. Releámosle a la nueva luz actual de verdades tan claras. Que “¿a quién quedarán recelos, viendo verdades tan claras? —nos dice Calderón. “Estoy releiendo Shakespeare” — me escribía una vez poéticamente, proféticamente, Don Miguel de Unamuno— “y el otro día me hirió el relato que de la muerte de Sir John Falstaff hace Mistress Quickly en la escena III del acto II del “Rey Enrique V”, cuando la gran alcahueta le decía a Falstaff

moribundo que no pensara en Dios. Y se lo decía para consolarle (“to comfort him!”). Y comparé la muerte de Falstaff con la de Don Quijote. Y con la muerte civil de España a la que para consolarla le dicen que no piense en la justicia. Sólo nos acordamos de ella los pesimistas. Los alcahuetes no hablan más que de eso que llaman orden. Sin percatarse de que orden es el que hay, y que si se echaran al azar tipos de imprenta, resultaría no la *Iliada*, pero algo de que podría salir una *Iliada* viva al fin y al cabo. Y que más terrible que el salto en las tinieblas es el vagabundeo en el vacío”. Pues por no atreverse a dar el salto en las tinieblas (las luces teatralmente apagadas para el susto), se ha lanzado al mundo al vagabundeo en el vacío, a la paz sospechosa, a la mala verdad desleal que abre los flacos portillos de la traición a las fortalezas más verdaderas. Y todo por el orden internacional. “El que hay”. Sin *Iliadas* que valgan. Como si en España no la hiciéramos, al fin y al cabo, una *Iliada* viva: por la verdad; la buena, la única, la de la justicia; la de la generosidad quijotesca. Y todo por la gran alcahuetería de los ordenadores internaciones de la paz enmascaradora de la guerra. ¡El orden internacional! ¡La paz al orden o a la orden de tal día! El de la apocalipsis muniquesa. La paz de “tout va très bien” señora la marquesa. El secreto profesional, internacional, de la gran alcahuetería. De mistress Quickly como de Míster Chamberlain. ¡De Míster Chamberlain’s profession! (“To comfort him!”).

(*Hora de España*, n^o XXIII, noviembre 1938, págs. 47-52)

EUROPA Y EL CARACOL



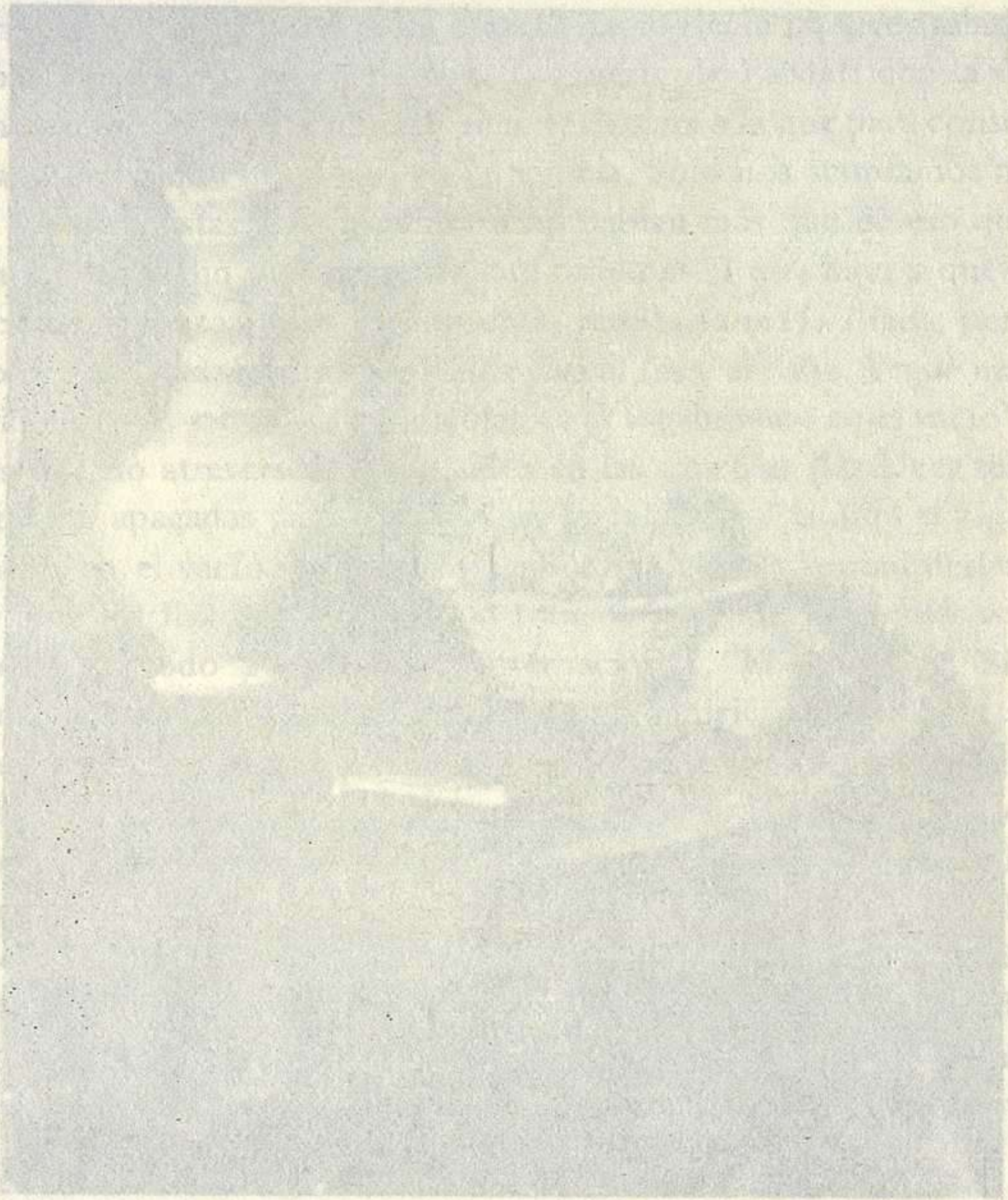
como muestrario de despojos:
para enseñarnos, negros, luego rojos,
entre dientes, semillas de gariopa.

Hoy fue la paz; mañana será la guerra
Yaracuy más allá del río
voluntad de vencer que hombre o viera.

Paz sepulcral enlutará la tierra,
muerta de miedo de morir matada;
quien no la vio venir, no lo creyera.

Con un gran abrazo de

mon
(^oto
Don
lari
ella
lin
se
algo
terr
Fue
tral
bus
que
dad
Bla
cab
tic
ria
guer
tal
bien
la g
ber
lin

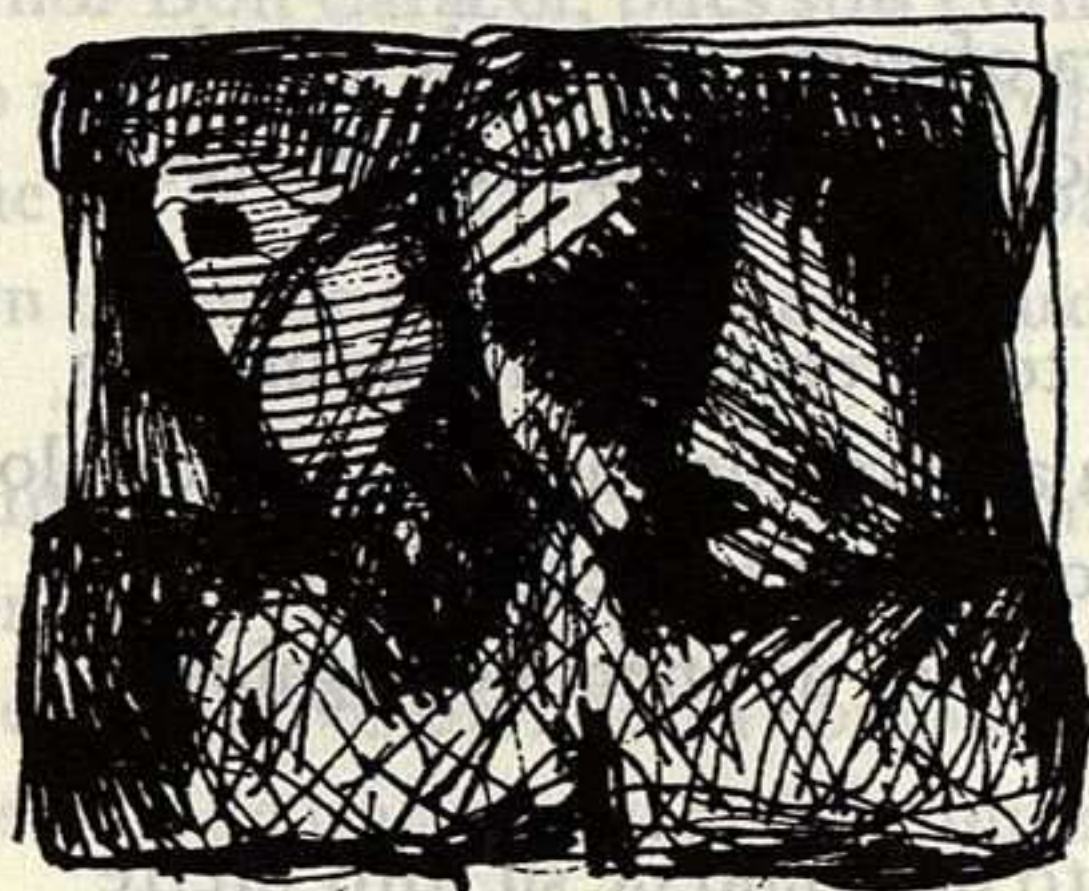


(*Revista de España*, n.º XXIII, noventa y tres 1938, págs. 47-52)

Con un gran espíritu de

una línea horizontal con un pequeño trazo decorativo a la izquierda.

EUROPA Y EL CARACOL



1

Huyendo de la paz marchóse Europa,
quien, por no darnos crédito a los ojos,
no quiso compartir nuestros enojos
ni con nadar, ni con guardar la ropa.

No se movilizara tanta tropa
sino como muestrario de despojos:
para enseñarnos, negros, luego rojos,
entre dientes, serrines de garlopa.

Hoy fue la paz; mañana será la guerra
Yace inerte la más desbaratada
voluntad de vencer que hombre tuviera.

Paz sepulcral enlutará la tierra,
muerta de miedo de morir matada;
quien no la vio venir no lo creyera.

El susceptible caracol baboso
tendió sus cuernecillos hacia el cielo,
para ofrecer excesos de su celo
al sol que más calienta generoso.

No toca con su afán presuntuoso
a la aurora que enciende su desvelo
sino porque sospecha su recelo
contactos de enemigo pegajoso.

Saltó del lomo de su toro fuerte
Europa, por montar el garabato
de caracoleantes cuernecillos

que la raptara de una paz de muerte;
y halló que, como premio a su arrebato,
sangraba el sol los campos amarillos.

Cuando Europa, el precioso cargamento
de su desnudo cuerpo arrebatado,
puso, con el cabello desatado,
a lomos del cornúpeto violento,

vistió de luz su cabellera el viento,
y el mugido espumoso del astado
tronó, por la del mar acompañado,
la voz del amoroso vencimiento.

No por morir, por renacer de gloria
fue el traspasar la mar aventurera
con ímpetu de lucha sobrehumana.

Tal contará la fama su memoria,
derrotero de amor que mereciera
paz para hoy, guerra para mañana.

II. El exilio

4

Señor Don Caracol, pues sois cornudo,
no presumáis de robador de Europa;
que no es de toro todo lo que topa
con un amor tan tierno como crudo.

Aunque os endurezcáis por lo menudo
dentro de casa, con tan poca ropa
andáis, que os prendería como estopa
el soplo de un amor tan al desnudo.

No os consumáis quemado por tal fuego
que oscurece el del sol de vuestra busca
para mataros con desdenes luego.

Pensad que una pasión que tanto ofusca
cuando comienza por dejaros ciego
será para advertiros que os chamusca.

(Hora de España, n.º XXIII, noviembre 1938, págs. 52-55)



Paco Aguilar - 82

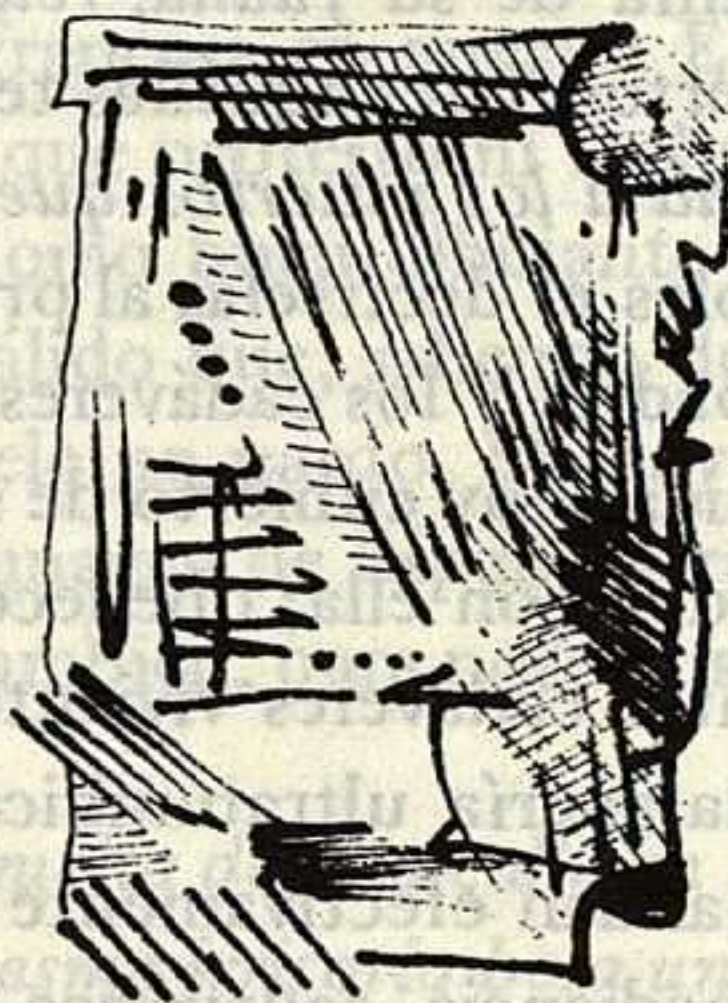
derrotero de amor que mereciera
paz para hoy, guerra para mañana.

72
73

II. El exilio

NOSOTROS ESPAÑOLES

Carta Abierta a Georges Bernanos



(Georges Bernanos; *Nous autres français*.—N.R.F.— París, 1939)

Hace tiempo que la lectura de su libro: *Nous autres français*, me punzaba el ánimo con el deseo, admirado y querido amigo, de escribirle. Lo hago ahora abiertamente, pues en época de internacionales censuras policíacas y delatoras, civiles, militares y eclesiásticas, quisiera que mi voz no le llegase con esa especie de clandestinidad o secreto vergonzante que da a las cartas cerradas su misma tácita o expresa autorización ilegítima de abrirlas. A las claras, muy a las claras, como decimos y pensamos las cosas, como las decimos cuando las pensamos, nosotros, españoles, quiero hablarle. Como hablamos aquellas horas inolvidables, las últimas suyas antes de salir de Francia, de embarcarse para éstos, o aquéllos, sus nuevos y los míos, mundos americanos. A las claras de luna del inmenso cementerio español sentimos y pensamos juntos el terrible destino trágico —y Providencia Santa— que puso a la Iglesia de Cristo, en la que comulgamos, en el trance de verse expresada por aquellos mismos que la traicionan, la mienten, la ensangrientan; sus sacrílegos impostores. A esas mismas claras celestes sentía yo

su palabra, aquella noche clarísima de Francia, entre la armoniosa algarabía infantil de los suyos, con ese acento puro de la verdad, en quien, por su ventura, seguía serenamente el rastro de la más alta peregrinación aventurada. La aventura de la santidad. nuestra Iglesia es la Iglesia de los Santos, nos repitió su voz muchas veces, como en la lírica, letanía de su *Juana, relapsa y santa*. Es decir, que no es la de los muertos. Pues aquellas terribles palabras de Cristo en su evangelio: *dejad a los muertos que entierren a sus muertos*, las hace más terribles el decírselas al propio hijo que acaba de dejar el cadáver de su padre. Y los cadáveres obedecen, como manda el jesuitismo homicida, hoy cubierto de sangre popular española hasta los ojos, cegados con ella; obedecen, añade Ud. pero no hablan. Ahora hay tantos cadáveres vivientes, cadáveres parlantes que no cesan su charlatanería ultratúmbica, que no parece sino que tantos muertos mandan efectivamente sobre los vivos; o que son esos vivos con obediencia cadavérica más muertos que los muertos. De entre españoles sí puedo decirle que los que murieron de nuestro lado —y aun creo que del otro— están más vivos que la mayoría de sus supervivientes dentro y fuera de España. Y es que nosotros también somos otros, como vosotros. Nosotros españoles, vosotros franceses. Y esos otros que somos, que siempre fuimos, no podemos, ni queremos resignarnos a que se nos designe con las apariencias engañosas del más estúpido de los orgullos: el orgullo nacionalista; bajo el mismo signo nacional de ignominia. Ser españoles, para nosotros, como para vosotros franceses, no es tampoco, no lo pudo ser, no lo fue nunca, un motivo de orgullo. Fue un motivo de ser, sencillamente; y de ser algo humilde, humano y verdadero. Su honor francés, amigo mío, como nuestra honra española, no pudo dejarse impunemente en labios manchados de mentira y engaño. Y ambos padecieron en este empeño hasta encontrar, por la falsedad misma que les humilla, la raíz oculta de su verdadera razón de ser, honda, generosa, en la sangre, como la de un agua en su manadero escondido. Es nuestra más humilde y terrena ansiedad humana, verdadera, la que nos honra o nos honra. Es la que nos canta en el corazón, que no ha mentido, español o francés, aunque la mientan tantas bocas de impostura, la verdad sencilla y clarísima; la que luce, entre claras celestes, sobre inmensos cemen-

terios lunares, con el brillo de aquella estrella nunca vista. Y no vamos a contarle a esa estrella sus luminosos picos. Ud. estuvo siempre muy lejos de la que cuajó color de sangre viva sobre el Kremlin ruso. Yo muy cerca. Vemos, por ello amigo mío, aparecer algunas dramáticas interrogantes sobre el cielo de Europa, y desde América, que encienden vivamente nuestra esperanza. La mía española en Francia. La suya francesa en nuestra España, ahora, de nuevo, peregrina. Y no crea que protesto ni rechazo aquella imagen justa en que Ud. precisa, como buen dibujante francés, el contorno español de un rostro pálido que, saliendo de un ardiente, calcinado cementerio lunar, huele un nardo. El mayor poeta español último nos había dado otra imagen de España parecida a la suya en viejos versos, que hoy son también, para nosotros, peregrinos.

*A la revuelta de una calle en sombra
un fantasma irrisorio besa un nardo*

Fantasma irrisorio de lo español o del español que otro poeta de España, hermano de aquél nuestro, evocara con nostalgia moruna. Pues del lado de quienes predicaron y practicaron la mahometana guerra santa es natural que trate de perdurar aquel olor a nardo sobre putrefacciones mortales, sobre cementerios y claros de luna: aquel mortal perfume que era el alma misma, para quien lo cantaba, del árabe-español. *A la revuelta de una calle en sombra*, y enredando en el arabesco sombrío de la muerte nuestro luminoso afán de verdad, de cielo, nos encontramos hoy los españoles, dentro y fuera de España. Pues el fantasma irrisorio de nuestro popular poeta, que nos evoca ahora, sin saberlo, su palabra francesa, ¿no es un reaparecido, un espectro desentrañado de ese dramático arabesco del honor castellano, de ese trágico laberinto mortal del particularismo nacional español?

Algo de laberinto o de fuga musical tiene la expresión vivísima de su pensamiento y sentimiento (el sentimiento es pensamiento en conmoción, decía nuestro Unamuno), en este libro suyo: *Nous autres français*. Luminoso y sombrío. Algo que hila en el tiempo o sobre la tónica de lo temporal, la dominante del concepto cristiano del honor. Variaciones constantes de su palabra tejen este tema

con ese colorido singular que le presta a su dicción poética el ritmo humano de la sangre; de una sangre francesa, diríamos, y no por raza o linaje animal, sino por todo lo contrario, por la palabra verdadera; por su afirmación universal de Cristo, por su idea clarísima y distinta de la cristiandad, la humanidad o humanismo cristiano, católico. Que no es ni tiene nada que ver con eso otro de civilización occidental, de civilización cristiana o de la catolicidad guerrera: la gran impostura de la paparrucha sangrienta.

Por entre las páginas de su libro adivino el rostro apasionado de un lector atento. El de nuestro amigo, mi inolvidable P. Bruck, que sigue las huellas de su paso para precisar el contorno de ese concepto cristiano del honor que usted proclama como patrimonio esencial de Francia. En este humanismo integral —como nuestro Maritain diría— y no en el otro —en el desintegrado de Cristo— hemos encontrado las raíces vivas de un sentir y pensar tan francés como tan español, que no excluye sino particularismos nacionales o raciales; que no se excluyen mutuamente. Con razón es su nombre amigo, con el de Mauriac y Maritain, entre los franceses, el más aborrecido de las huestes morunoclericales de la España nacionalista. Por la misma razón y sentido empiezo yo, desde hace poco, a tropezar con las sucias redes del celo policíaco de los imperialistas de su país y de sus cómplices, los tráfugas y traidores al mío que me quieren señalar ahora como un enemigo de Francia. ¿De Francia? Recuerdo a este propósito un sucedido muy chistoso de cierto español amigo mío que en una ocasión en que visitaba el Panteón napoleónico en París, como estuviera muy cansado, se sentó distraídamente sobre uno de sus brandales de piedra; inunca lo hubiere hecho!, pues apenas lo hizo, cayó sobre él aniquiladora indignación del viejo inválido, guardián burocrático de lugar tan excelso, para anodarle con estas atonadoras palabras de acusación terrible: ¡Caballero, está usted insultando a Francia! ¿Pues no hemos visto al viejo inválido y burocratizado Mariscal francés más glorioso de la gran guerra, ejercerse en brillantar con la lengua o lenguaje diplomado o diplomático de sus imperiales mandatarios demócratas, la acharolada superficie del zapato corto o lacayuno del italianísimo y alemanísimo y dictatorialísimo caudillo español al servicio y dictado de Mussolini y Hitler? ¡El honor francés! Y el

español, enmascarando trámites de tan encanalladas bajezas, ¿no tomó falsa representación patriótica, esclarecedora de las más viles y estúpidas mentiras?

El imperio clérico-militar y policíaco de tal impostura, de tal paparrucha, no es honroso ni honorable signo de entendimiento de lo francés ni de lo español; y mucho menos de sus buenas voluntades correspondientes.

Le digo todo esto, amigo mío, porque la lectura de su libro pone sobre la llaga abierta y enconada de ciertos hombres, de cierta acción francesa, como de ciertos peles o cadáveres ensotados de cierta acción católica, un dedo tan certero y firme que le hace gritar de dolor —en sus páginas apretadas, ardorosas— por sus palabras, a todo el cuerpo vivo de su Francia. Que es nuestra Francia. Como nuestra España es la suya. La que puso sobre los blancos, calcinados comentarios lunares, a las claras celestes, sobre escombros y ruinas del espanto, sobre muros sangrientos, la esperanza de la verdad —que es la justicia— prometedora de nuestros Pueblos juntos.

Y no olvidemos, amigo mío, que Dios marcó la frente de Caín con un sello imborrable, para que su vida se respetase. Pues el claro signo de su crimen abre al dolor humano, y al amor vivo, con sólo su presencia, la conciencia de la verdad, más allá y más acá de los sepulcros. *Dejad a los muertos que entierren a sus muertos*; y aún diríamos, que los maten, que los asesinen. De esos cadáveres en pie —restos podridos de las otras guerras pasadas, de todas las guerras democrático-imperialistas— no saldrá una sola gota de sangre, francesa ni española.

Tengo siempre en mí, viva, su voz amiga, con su recuerdo, y el de todos los suyos; con el de nuestro incomparable Bruck. Llevo, como sello en mi corazón, como marca sobre mi brazo, sus palabras escritas para mí a la entrada de sus Grandes Cementerios lunares de España: *a la espera y en la esperanza de la paz*. De la paz que no llegará nunca antes de que por la buena voluntad popular humana se verifique; o dicho de otro modo, antes de que la guerra nacionalista (que es la forma legítima, la más legítima, de la sociedad capitalista, de la llamada civilización occidental y democrática, que sacrílegos impostores llaman también cristiana), antes de

que esa guerra mentirosa no se haga guerra civil verdadera: en cada pueblo y para todos los pueblos; en cada hombre y para todos los hombres; como empezó, y sigue, y seguirá haciéndose en España. Por vosotros, franceses. Y por nosotros, españoles.

(*España Peregrina*, México, n° 3, 15 abril 1940, págs. 130-131)



LA PRUEBA DE LOS AMIGOS



Si no recuerdo mal, este título es el de una comedia de Lope. Lo que no recuerdo bien es la comedia misma. Me parece que es una comedia que tiene algo que ver con su *Dorotea*. De la *Dorotea* hemos hablado muchas veces. Y habría que seguir hablando siempre. Más en este año en el que se conmemora el cuarto centenario del traslado a Madrid definitivo de la Corte de los Felipes. De esta Corte madrileña de la que fue pintor Velázquez y poeta Lope. Pero Lope lo fue fuera del ámbito cortesano: le ahogaba ese ámbito y buscaba para respirar el libre despojo callejero. En su teatro, vivísimo todavía para la lectura —si algo disecado y apagado en sus poco acertadas representaciones escénicas—, Lope nos ofrece innumerables damas y galanes enamorados. Pero la expresión más viva y verdadera de todos sus enamorados nos la dio en su propio autorretrato juvenil: en el de Don Fernando; y de las enamoradas, en su enamorada *Dorotea*.

Dorotea, lo hemos señalado otras veces, es el prototipo de la madrileña castiza que proliferará en sucesivas majas y chisperas,

en garbosas chulas sainetescas que escenificaron vivamente, graciosamente, garbosamente, Don Ramón de la Cruz, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, López Silva y Arniches. Y en sus admirables novelas, Galdós, Dorotea es la abuela o bisabuela o tatarabuela de todas ellas. Decimos esto porque en esta creación femenina única, de Lope, se nos ofrece, como en toda su ficción teatral, un personaje característicamente representativo de un “madrileñismo” que pudiera decirse que fue invención suya: de Lope. La Dorotea, como pieza teatral es el primer “sainete” —el primero y el mejor, el más gran sainete madrileño de todo el teatro español barroco, romántico y naturalista: de todo ese riquísimo venero inagotable de poesía dramática popular, verdadera y viva.

Lope, diríamos que inventó un Madrid que todavía vive en sus escenarios sainetescos imaginativamente para nosotros; y que tal vez nos parece que vive, que sigue vivo en su realidad ante nuestros ojos. Digo tal vez. Repetidamente en estos artículos lo he evocado en sus rincones viejos donde aún conserva su característica fisonomía propia. Describí aquí mismo alguno de esos castizos rincones que digo. Avivando recuerdos y esperanzas. También esperanzas. Que no me podrán quitar su dolorido, o alegre y gozoso sentir; si “es que primero del todo no me quitan el sentido” —que dijo el poeta—. Su vivo sentido para mí. Siguiendo este sentir y sentido vengo hablando, escribiendo de España, desde que volví a ella. Y lo mismo que de sus rincones madrileños hablé, escribí, de otros rincones andaluces que volví a ver, o vi por vez primera, en algunos viajes que hice por Andalucía. Rincones de pueblecitos de Cádiz —y de Cádiz mismo—. Otros de Granada, de Córdoba, de Jaén, de Málaga y Sevilla: de sus pueblos y sus campos. Rincones españoles de Castilla, de Extremadura, de Galicia.

Todos y cada uno de esos bellísimos rincones españoles que he visto desde que llegué, parecería que me invitaban por su belleza misma, a quedarme en ellos. Todos, los del Norte o del Sur; los de Castilla o de Galicia o las Vascongadas... como los de Andalucía. A quedarme en ellos para siempre. Pero no para un siempre mortal, para morirme tranquilamente en alguno, sino, al contrario, para vivir, para seguir viviendo en ellos, poco a poco y paso a paso, de su misma vida: aunque mi vida, como toda vida, vaya así andando ha-

cia la muerte. Tal vez dije un día en París a un español, un andaluz amigo mío, que soñaba con alguno de esos rincones españoles, y acaso por preferencia mía con alguno andaluz, para morir en él: para morirme en él. No sé si este deseo o sueño fue legítimamente interpretado como un compromiso de honor: el de volver a España para morir en ella. Puede ser cierto. Sigo soñando que lo sea. Morir en un rincón español sigue siendo aquí mi deseo. Y mi esperanza. Pero mientras me muero me parece que vivir aquí no es estar muerto. Justamente para mí ha sido y sigue siendo lo contrario.

Desde que llegué a España, tras larguísimos años de destierro espiritual —que diría Unamuno— me siento como resucitado o revivido en ella. ¡Y con qué alegría! Que es alegría de corazón. Esta alegría no la inquieta o la turba más que la vida de los otros españoles a quienes he encontrado inquietos y turbados. Son ellos quienes justamente me intranquilizan. Ellos a mí y no yo a ellos. Me intranquilizan al sentirlos en su vida íntima o social, intranquilos, inquietos, turbados a veces hasta la zozobra y la angustia. No sólo es España para mí un bello rincón andaluz o castellano en donde morir tranquilamente sintiendo apagármeme el alma con la vida. Es más, mucho más que eso. Es su historia viva de hoy —por hoy y por mañana sobre todo y no solamente por ayer—: la de sus hombres y sus pueblos vivos: vivos y no muertos.

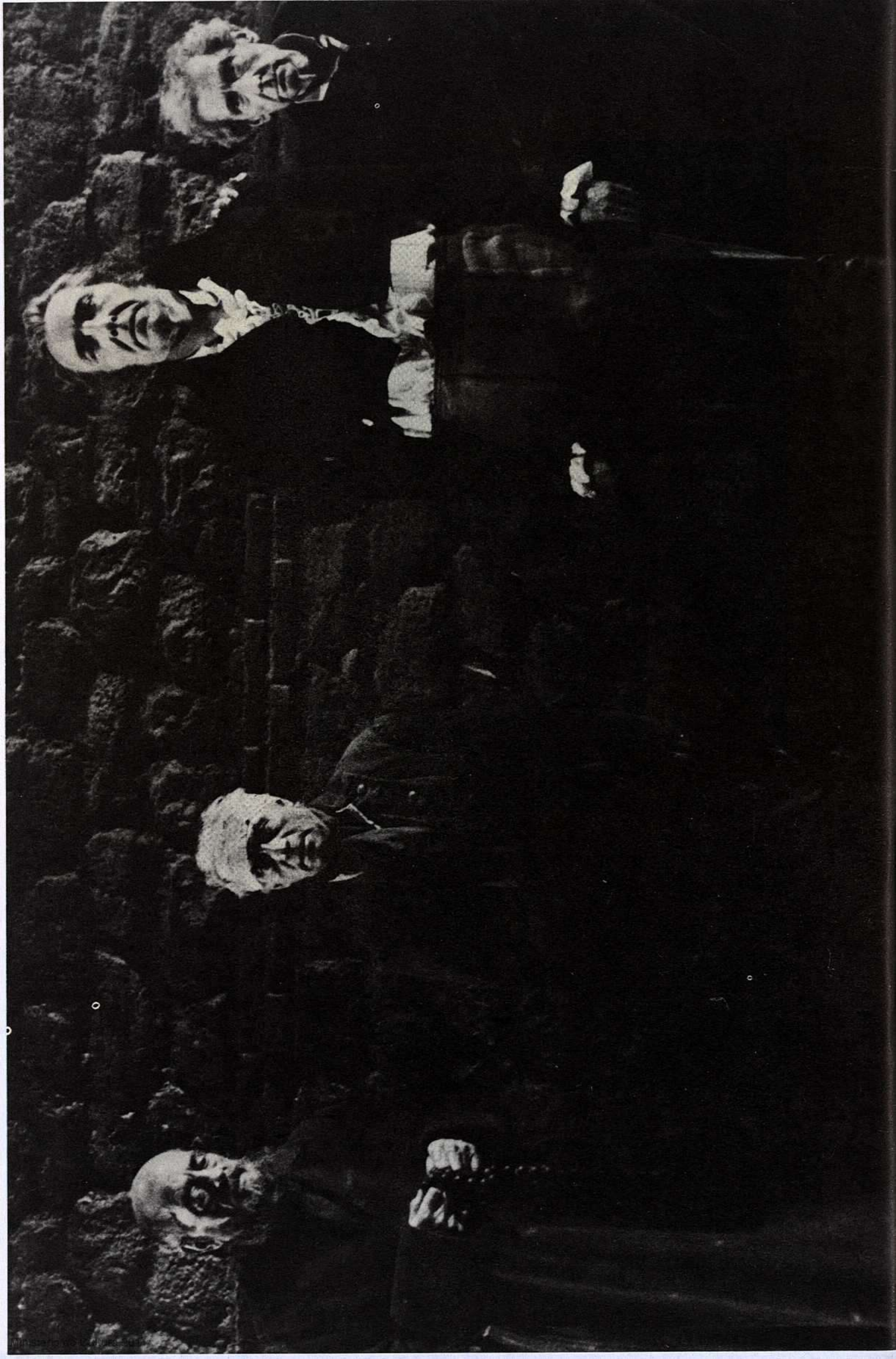
España no es ahora para mí un “gran cementerio a la luz de la luna”, como la pensó Bernanos o la soñó Larra. España es un país vivo que —como diría Nietzsche al igual del hombre en cuanto hombre— merece ser superado. Superado y no repetido. Y en el tiempo, en su historia. No en una muerta eternidad momificada para siempre. Por eso, más allá de esta España, tan viva y verdadera, que ahora veo, que estoy viendo y sintiendo vivamente, verdaderamente, sueño otra, espero otra, que la supere sucediéndola. Por eso creo y espero en sus juventudes más alertas, más despiertas: las que me inquietan e intranquilizan a mí, y no yo a ellas; a las que aconsejo calma, sosiego, serenidad, pero también vivacidad, veracidad, entusiasmo y valor para ser lo que son, para aprender a serlo. Para tomar en sus manos su propio destino, como les aconsejó, en tiempos, el filósofo Ortega y Gasset; con decisión viril, con

entereza. Sin caer en engañosas redes de desesperación suicida. Y esto a toda prueba. A prueba de amistad y de sus enemistades consiguientes. Que la prueba de los amigos de que escribió Lope se hace cuando algún enemigo nos amenaza. Esta prueba la acabo de pasar yo, una vez más, ahora en España, dentro de España; también la pasé fuera. De esta España que vivo y pienso y sueño siempre humana como la aprendí en Lope, por su Madrid, en Cervantes, por toda ella. Una España que pienso y sueño todavía viviéndola como algo que merece ser superado.

(*El Nacional*, marzo, 1961)



Luis Buñuel



EL ANTEISMO ESPAÑOL DE BUÑUEL



Digo “anteísmo” con ene.

Ruego al corrector que no se equivoque. Anteísmo de Anteo, el héroe mítico que recuperaba su enorme fuerza al contacto de su tierra madre. Parece un fenómeno telúrico natural para el hombre, éste de recuperar su fuerza propia al contacto de la tierra madre. El español que vuelve a España tras largos años separado de ella; y más si estuvo alejado, desterrado de su suelo por razones espirituales, morales, políticas... siente, al volver, ese contacto con su tierra viva como algo que le devuelve fuerzas, que le da nueva realidad, como si se recuperase a sí mismo. Yo lo sé por experiencia propia. Sentí, al sentir España de nuevo, en su tierra, en su luz, en su aire... como si resucitase en ella; como si hubiese dejado de ser un fantasma (ilusión peligrosa siempre). Cuando antiguos amigos, en el destierro (en América, en Francia), me aconsejaban que no volviese, suponiendo que aquí podrían tratar de enterrarme vivo (cosa muy cierta y ya experimentada también por mí), yo les respondía: “prefiero ser un enterrado vivo que un desterrado muerto”.

Porque tenía, tuve en mi destierro —físico y espiritual— la impresión tristísima de que se me iban acabando las fuerzas para aquella agonía; y que tenía que volver a España para seguir agonizando en ella; para que todo lo pasado adquiriese sentido verdadero para mí y para los demás españoles que pudiera tenerlo. y así ha sido, así es. O yo así lo creo.

Pero no trato de citarme a mí mismo como ejemplo. Ni siquiera malo. Esto sería tontamente pretencioso. Lo que vengo diciendo se refiere a un admirado y querido español, Luis Buñuel, que volvió a España, y de tal modo recuperó, reafirmó, al contacto de su tierra, su fuerza propia, que acaba de conmover al mundo con su último film: “Viridiana”. La poderosa personalidad de Buñuel vuelve con este film a reafirmarse en el primerísimo lugar que le corresponde. No he logrado verlo todavía. Conozco su asunto; conozco bastante a su autor para darme cuenta de que en este film hay algo más que en otros suyos: hay su propia fuerza y yo diría genio habitual renovado; más fuerte, más puro tal vez, más vivo... Estoy seguro —aun sin haberlo visto todavía— de no equivocarme. La impetuosa arremetida de su aparición, su escandalosa virulencia imaginativa, me lo está diciendo sin verlo. Y siento en ello un caso evidente, ejemplar, de ese “anteísmo” español que digo: Buñuel —Anteo.

Hay, ante todo, me parece a mí, en el hecho de haberse producido aquí en España esta película de Buñuel, un caso evidente de “anteísmo”, espiritual, estético, artístico, moral... y también, y por consiguiente, político. Lo que este film tenga de resonancias políticas no es una consecuencia de un propósito deliberado, de una intención previa. Esto desviaría, disminuiría, su alcance. Es, por el contrario, la consecuencia de no haberlo tenido. Su realización independiente, verdadera, tal como su invención o hallazgo poético, imaginativamente creador, lo requería, es lo que le ha dado a este último film de Buñuel su escandaloso éxito; su merecido y justo premio. Que no es sólo una palma simbólica. Es muchísimo más. Y en este muchísimo más (poético, artístico, estético, moral, religioso...), caben todos los aspectos españoles significativos de su presente logro. Ahora sí que habría que suprimir la ene (vuelvo a rogar al corrector que no se equivoque) y hablar de

ateísmo (sin ene); del probable, posible ateísmo español de Buñuel o de estupendas figuraciones y fabulaciones cinematográficas.

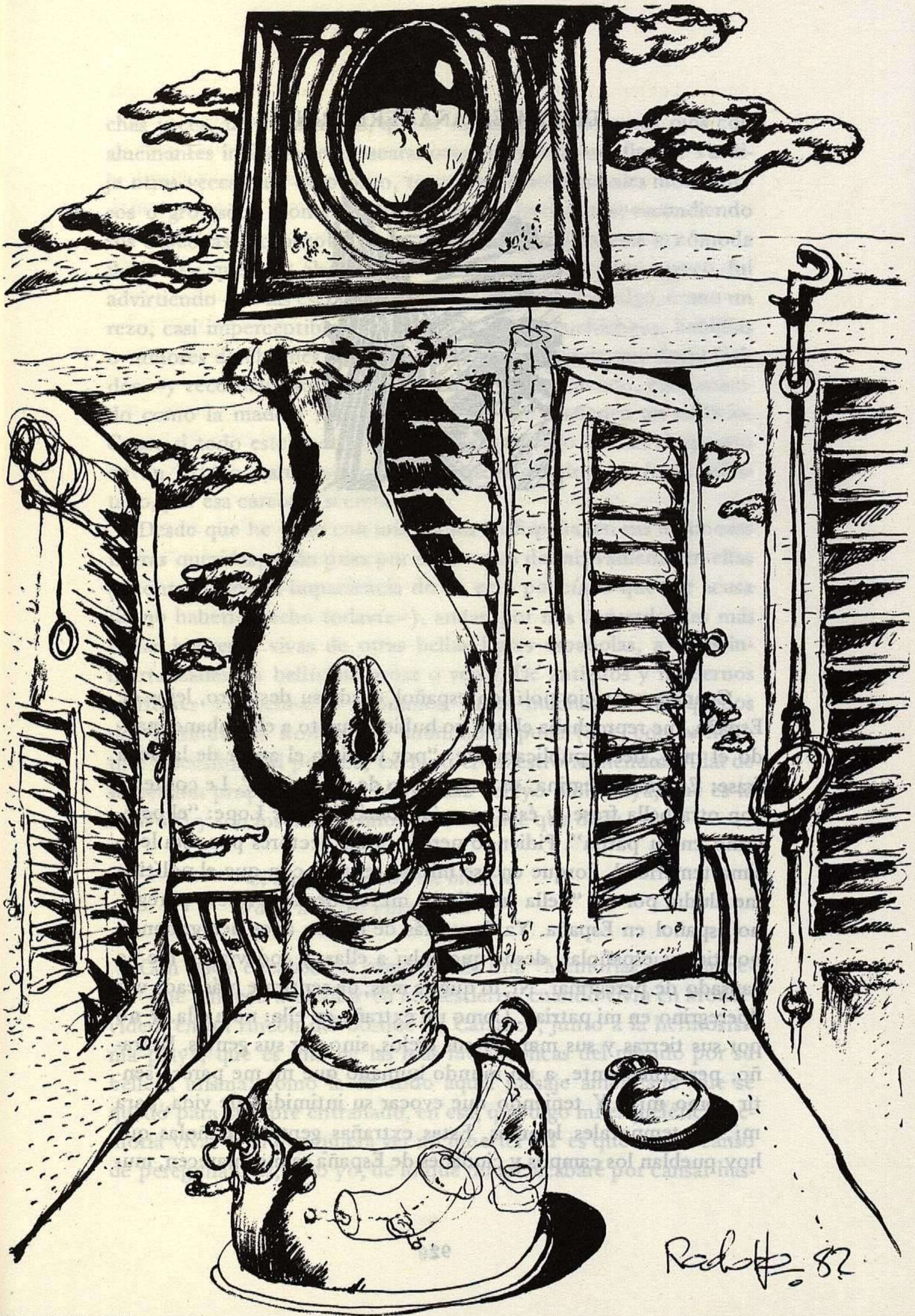
Un poeta, un escritor creyente —y aun creyente cristiano, católico—, puede realizar en su mundo imaginativo apariencias, figuraciones fabulosas, mucho más terriblemente ateas al parecer que las que pudieran parecérselo en las películas de Luis Buñuel. Citaríamos, cercanos, a Bernanos, Mauriac, en Francia; y antes a Barbey, Villiers, Bloy, Hello, Baudelaire... (todos católicos de indudable autenticidad). En España me bastarán dos nombres: Quevedo y Valle Inclán. Advirtamos que se trata de la expresión o figuración fabulosa de un ateísmo, y hasta antiteísmo”, que se manifiesta en la obra de arte como tal con independencia de la conciencia personal de su autor. Y advirtamos también que lo que, en este caso, escandaliza a los “bien pensantes” católicos (de fuera o de dentro del Vaticano, de fuera o de dentro de España) no es el ateísmo sino la blasfemia; que no puede corresponderle, la blasfemia exige, para serlo de veras, la creencia o, al menos, la supersticiosa credulidad. Esta creencia, esta supersticiosa credulidad, está en el espectador o en determinados espectadores solamente. La obra, el autor, puede tratar de provocarla o no.

Parecería que a la mayor parte de los creyentes, o crédulos, pusilánimes que se escandalizan de que una obra fabulosa, imaginativa, poética, avance y ahonde en zonas infernales de la vida y experiencia humana, lo que les asusta es la posibilidad de ese hecho. Y sobre todo, su veracidad. El más cristiano de los grandes creadores de un mundo novelesco, Dostoyewski, es el más terrible y peligroso, en este sentido. No lo es nuestro Galdós. Las películas de Buñuel pudieran, a veces, parecérselo. Yo diría que lo que en ellas, en su estilo, escandaliza y asusta a los mojigatos, es la autenticidad intensísima de su expresión; su independencia fabulosa; su pureza natural, luminosa y sombría; su salvaje inocencia poética... En una palabra, su insobornable españolidad —y aun diría que aragonesismo (pienso en Gracián y en Goya).

Buñuel, ateo o no —que esto es cuenta suya—, ahora nos parece un Anteo porque vigoriza en su último film las características españolas de su estilo. Que a muchos les parecen también católicas, y

que probablemente lo son por la forma o aspecto tradicional con que en España se manifiesta la religión en las costumbres. El avanzar, decía, por zonas infernales de lo humano, acusando la presencia del mal, del dolor, de la muerte —(el contar, nombrándolo o no, con el diablo)— nos parece muy universal, muy católico; y más si se expresa con características de intensidad, repito, tenebrosas y luminosas, tan españolas. Tan terrestrementemente españolas. Buñuel-Anteo.

(*El Nacional*, 13 julio 1961)



Radoff 82

DE UNA ESPAÑA PEREGRINA



Cuando un viejo político español, desde su destierro, lejos de España, me reprochaba el que yo hubiese vuelto a ella, abandonando el mío, decía públicamente: “por lo visto el autor de la bella frase: España Peregrina, se ha cansado de peregrinar”. Le contesté con otra bella frase, y ésta no mía, tomándola de Lope: “el peregrino en su patria”. Pidiendo perdón a mis lectores por esta levísima temeridad. Porque en ese mismo sentido con que el político me aludía por mi “bella frase”, iba mi respuesta de nuevo peregrino español en España. Ya llevo más de cuatro años peregrinando por tierras españolas, desde que volví a ellas, y todavía no me he cansado de peregrinar. Ni, lo que es más, de sentirme más cada vez “peregrino en mi patria”. Como un extraño en ella: no a ella. Y no por sus tierras y sus mares y sus cielos, sino por sus gentes. Extraño, peregrinamente, a un mundo humano que no me parece sentir como mío. Y teniendo que evocar su intimidad de vida, para mí, en temporales lejanías. Estas extrañas gentes españolas que hoy pueblan los campos y ciudades de España se me aparecen, mu-

chas veces, tan inhumanas, que se metamorfosean a mis ojos con alucinantes imágenes enmascaradoras de su humana figura. Ya dije otras veces que, de pronto, toman aspectos animales monstruosos o grotescos. Con harta frecuencia de avestruces; escondiendo sus cabecitas o cabezotas entre el plumaje para hacerse la cómoda ilusión de que a su alrededor no pasa nada. Pero, poco a poco, fui advirtiendo que las escondidas cabezas murmuraban algo, como un rezo, casi imperceptible al oído; unos sutiles cuchicheos, hablillas o rumores de chismes y cuentos, como aquellos de que decía Galdós —y recordábamos hace poco— que van comiendo, carcomiendo como la madera, los fundamentos que sostienen un edificio. Como si todo este enorme, descomunal edificio que es el aparato de un Estado, estuviese invisiblemente afectado, en efecto infestado, por esa carcoma secreta.

Desde que he dado con mis huesos en España, en sus luminosas tierras queridas, y sin prisa por enterrarlos definitivamente en ellas (—contrariando la impaciencia de un celo policíaco que me acusa de no haberlo hecho todavía—), andan por mis recuerdos las más bellas imágenes vivas de otras bellas frases españolas, a veces inmortalizadas en bellísima prosa o verso. De antiguos y modernos escritores conocidos y anónimos. Entre muchas, la de aquellos dos versillos del Romancero anónimo popular (que, con su habitual insensibilidad poética, excluyó el maestro Menéndez Pidal de su versión propia, pero no Menéndez Pelayo de la suya, que es la de Wolf) y son los dos versillos del romance que dice:

*“el que quiera ver mi muerte
traiga una luz encendida”.*

Con ellos encabecé el principio de una “Memorias de esqueleto” que empecé a escribir en mi destierro, cuando vivía en Montevideo, en un rincón del bosque de Carrasco, junto a la hermosísima playa, que es una de las más melancólicas del mundo por su belleza misma; como la de todo aquel paisaje americano que se quedó para siempre entrañado, en esa, que digo mi esquelética memoria viva. “¿El que quiera ver mi muerte?” Y es que no me canso de peregrinar. Es, creo yo, de lo que no me acabaré por cansar has-

ta que me muera: espero que aquí, en estas maravillosas tierras de España, en las que he nacido. Y aunque en este mundo humano español me sienta cada vez más extraño, más peregrino. Viviendo y muriendo —que es igual— en un agónico y antagónico peregrinar, por el que yo me sé andar a oscuras, tenebrosamente; y sólo necesita traer su luz encendida el que quiera ver cómo estoy vivo todavía, y cómo, por estarlo, me he de morir tan solo cuando Dios quiera. Y no sé si de muerte corta o larga —“perezosa y larga”—, que dijo en otra bellísima frase, bellísimo verso, el mismo Lope.

Aqué! que no quiera verme morir —que es verme vivir— que no me traiga luz ninguna. O que la mate —como antes se decía— que mate su luz. ¡Matar la luz! ¿Pues no parece este el empeño trágico más constante de los españoles en su historia: matar, por clara, por intensa, por reveladora, esta luz tan viva, tan hiriente, tan abrasadora de nuestra España? Matarla por no ver su verdad. Su verdad verdadera: en la vida como en la muerte. La tradicional incredulidad española —disfrazada de impío y ateo catolicismo costumbrista (“ateísmo práctico” de los católicos españoles, según el liberal Menéndez Pelayo)— es el miedo a la luz —a esta intensísima luz de España— que quema los ojos, y el pensamiento, de verdad, de su verdad. ¡Matar la luz! Y matarla con sangre. Y con fuego. Ilusoriamente, como para reducirla a cenizas “Un poco de luz y no de sangre”, era lo que en otra frase, transida de hermosura real, pedía Cervantes, por boca de uno de aquellos perros siempre alertas al olorcillo sanguinario de los mataderos. Al olorcillo de esa sangre, que hace al hombre, como al animal, feroz cazador de la vida, del tiempo, de la luz; para matarlos por el gusto mismo de matar; de quemar la luz, la vida, el tiempo, de ese modo. De quemar y quemarse. Casi nunca en España huele —como en una hamlética Europa— a podrido, a sangre podrida: sino a sangre quemada, chamuscada: huele a chamusquina. Esto de quemarse la sangre, propia y ajena, es muy español. Como el dicho que tan expresa como expresivamente lo denuncia. “Un poco de luz y no de sangre”, pedía Cervantes. De luz y no sólo de fuego.

Pues en ello estamos, estando aquí y ahora en España, peregrinando por sus tierras más encendidas o quemadas. Así terminaré esta oscura divagación mía —lector, perdóname— con esta febril

décima:

*“De una España Peregrina,
¿qué le queda al pensamiento
que no sea convencimiento
de que cree lo que imagina?
Cuando el corazón se inclina
a ese fantasma irreal,
siente su pulso mortal
idéntico, en su latido,
a otro corazón que ha sido
el de un sueño fantasmal.*

(El Nacional, 30 abril, 1963)





Aquél que no gobierna...
 me traiga luz...
 mate su luz. ¡Matar la luz! Pues no parece este el empeño trágico
 más constante de los españoles en su historia: matar, por clara, por
 hacer...
 don de nuestra España? Matarla por no ver su verdad. Su verdad
 verdadera: en la vida como en la muerte. La tradicional increduli-
 dad española — disfrazada de impío y afro catolicismo costumbrista
 ("ateísmo práctico" de los católicos españoles, según el liberal
 Menéndez Pelayo) — es el...
 España — que quema...
 verdad. ¡Matar la luz...
 mente, como para...
 sangre", era lo que...
 Cervantes, por boca...
 olorcillo sanguiinario...
 que hace al hombre...
 tiempo, de la luz...
 quemar la luz, la vida...
 marse. Con nunca en...
 pa — a podrido, a...
 cada: huele a...
 ajena, es muy...
 sivamente lo...
 Cervantes. De luz y...
 Pues en ello...
 nando por sus tierras...
 esta oscura divagación...
 con esta fétid

Volver no es volver atrás.

**Lo que yo quiero de España
 no es su recuerdo lejano:
 yo no siento su nostalgia.**

**Lo que yo quiero es sentirla:
 su tierra, bajo mi planta;
 su luz, arder en mis ojos
 quemándome la mirada;
 y su aire que se me entre
 hasta los huesos del alma.**

Volver no es volver atrás.

**Yo no siento la añoranza:
 que lo que pasó no vuelve,
 y si vuelve es un fantasma.**

Lo que yo quiero es volver
sin volver atrás de nada.

Yo quiero ver y tocar
con mis sentidos España,
sintiéndola como un sueño
de vida, resucitada.

Quiero verla muy de cerca,
cuerpo a cuerpo, cara a cara:
reconocerla tocando
la cicatriz de sus llagas.

Que yo tengo el alma muerta,
sin enterrar, desterrada:
quiero volver a su tierra
para poder enterrarla.

Y cuando la tierra suya
la guarde como sembrada,
quiero volver a esperar
que vuelva a ser esperanza.

Volver no es volver atrás:
yo no vuelvo atrás de nada.

(Índice, Madrid, y Entregas de la Licome, nº 11, 1958)

LOS TRAFICANTES DE LA HISPANIDAD

(Respuesta de J. Bergamín a un comentario publicado en ABC por Torcuato Luca de Tena)



Madrid, 22 agosto 1963

Sr. D. Torcuato Luca de Tena

Director de "A.B.C." Madrid.

Muy señor mío:

Leí ayer en su periódico la generosa página de publicidad que me dedica. Se lo agradezco. Dice V. en ella que yo miento al afirmar que Antonio Espina fue ofendido por el editorial de "A.B.C.": "Un panfleto intolerable". Son muchos los lectores que lo han considerado como gravemente ofensivo para el escritor. Entre ellos el más calificado para interpretarlo de este modo: el agraviado por él. Esto V. lo sabe por la carta que le envió y a cuya publicación V. se negó por razones obvias. En todo caso, yo no habría mentado al considerarlo del mismo modo que Espina y me parece que como la mayor parte de sus lectores sino que habría cometido un error de interpretación. Una relectura me basta para asegurarme que tampoco me equivoqué: es ofensivo, groseramente injurioso en su forma y en su intención.

V. comete errores en su artículo como el de suponer que yo fui amigo de Maeztu, al que no conocí nunca personalmente, ni traté.

Conocí y traté a sus hermanos María y Gustavo. Yo podría decirle que V. miente al afirmar esto para deducir falsedades contra mí. Pero prefiero decirle que es un error suyo y aclarárselo para desvanecer su asombro por mi “seguridad de pulso” y por mi supuesta insensibilidad de fakir.

Cita V. la famosa frase de Buffon —si no me equivoco— el zoólogo, de que “el estilo es el hombre” (el hombre mismo, escribió el célebre naturalista francés). No puedo comprobarlo en su caso porque V. escribiendo, carece totalmente de estilo. Tal vez esta cita de Buffon le ha llevado a V. inconscientemente a la bufonada del apólogo final. Muy sugeridora. El papel de vieja señora que me atribuye, espantando a paraguazos a un proboscidio, es caricaturesca alegoría infeliz. Porque identifica V. a su periódico y se identifica V. mismo, su hereditario representante mejor, con ese elefante al que llama sublime en su indiferencia entristecida: un sublime proboscidio indiferente y triste es su autodefinición abecedaria de un paquidermo sin estilo humano que en parques zoológicos o circos, domesticado, y sólo o en familia, divierte a sus espectadores con su inútil y grotesca apariencia de poderosidad. ¡Y se le espanta a paraguazos! Falla un poco su identificación con el elefante por aquello de la buena memoria que se le atribuye; como por lo de la finísima piel que V. se atribuye a sí mismo. En efecto, V. ha olvidado algunas cosas en su artículo. Involuntariamente, sin duda. Ha olvidado que, además de mis adjetivos sustantivados que V. entrevera con los de Antonio Espina, sin aviesa intención y sólo para mejor información de sus lectores, yo, en mi artículo, escribí de Maeztu: que fue “excelente periodista”, “buena persona” y —lo que es más— “de honrada y valerosa conducta pública contradictoria”. No era necesario añadir que por contradictoria, siendo honrada como yo afirmé, la considero más valerosa aún. No creo que de un hombre público —periodista, político— se pueda hacer elogio mejor.

También olvidó V. citar los antecedentes anecdóticos y pintorescos, pero sucedidos, que yo cuento con simpatía hacia Maeztu, y que motivan, en mi artículo, ciertos calificativos que V. distraídamente, aísla de sus episodios generadores, que yo evoco sin ninguna agresividad para nadie: el de la bofetada de Maeztu a Mada-

riaga (en la redacción de “El Sol”); el de los bastonazos que le dio Azorín o se dieron ambos, o no se dieron ninguno de los dos, a consecuencia del estreno de “Electra” de Galdós, por un tremebundo ataque de Maeztu a Azorín: acabando todo esto en un leve juicio de faltas. Y por último lo de la sífilis (conversación en “El Sitio” de Bilbao) que a mí me contó el propio Unamuno (de quien sí fui amigo y muy amigo) repetidas veces. Como a otros muchos.

Olvida V. también decir —pero no aviesamente— que si llamé pigmeo a Maeztu fue por comparación con otros intelectuales como Unamuno y Ortega y Gasset; pero que le llamé gigante por esa misma comparación con otros que preferí no recordar ni citar, con la sola excepción, porque me parecía obligada en este caso, de don Gregorio Marañón y Moya, actual Presidente del Instituto de Cultura Hispánica.

En fin, habla V. ahora y desde “A.B.C.” de convivencia entre españoles. Desde hace muchos años, la han predicado y practicado ustedes los abecedarios como si España fuese el parque zoológico de su apólogo: convivencia entre barrotos de jaulas y fosos aisladores.

¿Me equivocaré si califico su artículo, por todo esto, de avieso y de cobarde, como “es costumbre y tradición en su periódico”?

Le saluda,

José Bergamín

(*El Nacional*, 7 septiembre 1963)

IV. Contra el franquismo y la restauración monárquica

TRES VECES NO



Decir tres veces no y tres veces sí es un viejo “juego de prendas” que yo recuerdo de mi infancia. Y en este juego la limitación de las respuestas afirmativas y negativas reducía las posibilidades del acierto, porque había que contestar a un imperativo ¿sí o no? ignorando el contenido de las preguntas. Es algo de lo que pasa con los plebiscitos o referendos públicos. A veces sucede que un individuo aislado quiera repetir su afirmación o negación de algo hasta tres veces para darle más fuerza expresiva. Cuando el individuo no está aislado del todo, porque representa a otros muchos y tiene en su mano también, por añadidura, con esa representación o no, una efectividad de poder, su triple afirmación o negación de algo adquiere resonancia histórica. Sucedió esto con Prim cuando afirmó rotundamente sus tres negaciones, sus famosos “jamases”: “¡jamás, jamás, jamás, la raza espúrea de los Borbones!” Para cerrarle el paso a la dinastía borbónica que, muy poco después de su muerte habría de volver, “pasando —como suele decirse— sobre su cadáver”. Fue esta muerte, esta mala muerte de aquel valeroso

español, la que torció el destino de su proyectada Monarquía no Borbónica con Don Amedeo. Aquella malograda experiencia —penúltima para la institución monárquica en España hasta ahora— dio paso —mal paso o buen paso, según se mire, desde nuestro punto de vista histórico no pudo ser peor— a la restauración borbónica, que muchos que no la alcanzamos a ver en su origen, por no haber nacido todavía, hemos visto en su lamentable fin, aún no sabemos si definitivo, en 1931.

Decir tres veces no, implica, o debe implicar, siempre, sus tres correspondientes “sí”: como en el juego. La triple negación de Prim suponía otra afirmación: la de Don Amadeo. Esto es, que excluía la que hubiera sido de esperar en él, y acaso salvadora, en aquella encrucijada histórica, de España, la de la República. Eso nos parece ahora a nosotros viéndolo con una perspectiva histórica que aclara aquellos hechos. Y hablamos del error de Prim. Que fue considerar el fracaso de la Monarquía como fracaso dinástico solamente. Creyendo —como tantas veces se repitió después: “que España no estaba preparada para la República”. Se repetía esto mismo cuando ya era inminente la caída de aquella restaurada Monarquía borbónica, tras la “ignominiosa” dictadura de Primo de Rivera. A lo que por entonces solía responder Unamuno: “tampoco estuvo nunca preparada para la Monarquía”. Nadie está nunca preparado, lo que se dice preparado, para el libre cumplimiento de su destino, hubiera podido decir Ortega. Porque éste también negó, y más de tres veces, desde su ya histórico —y entonces profético— “Delenda est Monarchia”, la posibilidad de restaurarla o reconstruirla con autenticidad nacional española.

Cuando Ortega decía esto —en su famoso artículo: “El error Berenguer”— cuando decía que “en esta expresión el Sr. Berenguer no es el sujeto del error, sino el objeto”, señalaba con ello que Berenguer era del error, o estaba en el error como resultado y no causa del error mismo. Y el error era la continuación del régimen monárquico amparado en una ficción inauténtica, profundamente antinacional. “Desde Sagunto —escribía la Monarquía no ha hecho más que especular sobre los vicios españoles y su política ha consistido en aprovecharlos para su exclusiva comodidad”. Y reprocha al régimen monárquico restaurado, desde Sagunto, su política de

“salir del paso”, del “aquí no ha pasado nada”, del “dar largas”, etc. Buscando siempre quien continuase esa ficción. “Este es el error Berenguer —escribe Ortega— de que la historia hablará”. Con ese título se abrirá algún día un capítulo de la Historia de España, afirmaba. Pensamos que con otro como ese, sólo que sería el error de “el error de Prim”, se abrirá, se debería haber abierto, otro. ¡Cuántos capítulos de nuestra historia española no podrían abrirse con títulos semejantes sin más que cambiar el nombre del sujeto u objeto del error!

Pero a esta y otras negaciones de Ortega corresponden sus afirmaciones más claras. Por amor a esa claridad escribe una serie de artículos políticos que debieran recopilarse, juntarse para su lectura, publicándolos donde ninguna censura previa lo impidiese. Formarían un precioso breviario para la juventud española, tan necesitada de esas claridades inteligentes. Creemos que estos artículos políticos de Ortega no pueden encontrarse ahora en España publicados en ningún sitio. El azar ha puesto en nuestras manos algunos de ellos. Y de los más importantes. Citaré trozos de los titulados: “¡Viva la República” y “En nombre de la Nación ¡claridad!” Se publicaron en el diario “El Sol” con fecha 3 y 9 de diciembre de 1933, respectivamente. Del primero son afirmaciones como estas: “la única posibilidad de que España se salve históricamente, se rehaga y triunfe, es la República: porque sólo mediante ella pueden los españoles llegar a nacionalizarse, es decir, sentirse una nación. Muchas veces... he afirmado que la República, es el único régimen que automáticamente se corrige a sí mismo, y en consecuencia, no tolera su propia falsificación. La República, o expresa una realidad nacional, o no puede vivir. La República es, quiérase o no, sinceridad histórica, y esa es la suprema fuerza a que puede llegar un pueblo. Cuando éste se ha conquistado su propia sinceridad, cuando cobra esa radical conciencia de sí mismo, nada ni nadie se le puede poner enfrente. Las Monarquías, en cambio, fácilmente se convierten en máscaras que un pueblo se pone a sí mismo, y no lo dejan verse y sentirse ver, cuando, a lo mejor, bajo el antifaz remilgado de una Corte se va muriendo y pudriendo por dentro”... “Tenemos profundo derecho —¡qué Diablos, derecho!—, tenemos inexcusable obligación los españoles de hacer a fondo la experien-

cia republicana. Y esta experiencia es larga como todo lo que posee dimensiones históricas. Tienen que pasar muchas cosas...”

¡Cuántas cosas no han pasado ya! En su artículo siguiente escribía Ortega, refiriéndose al advenimiento “natural” —como un fenómeno biológico— de aquel segundo intento republicano de 1931: “pocas veces se habrá producido en la historia un hecho más claro, más transparente. Se ve hasta el fondo de él, como en un arroyo serrano. “¿Pues qué veía Ortega en ese fondo por tan clara transparencia? “Todos los españoles venían sintiendo —escribe Ortega— que el porvenir podría ser todo lo problemático y azaroso que es siempre el porvenir, pero que, pasase lo que pasase, una cosa era clara: que la Monarquía estaba exhausta como fuerza directora de la nación; que mediante ella no se podía salir a porvenir alguno; que con ilusión o sin ilusión, el pueblo español no tenía más remedio que constituirse en otra forma más sincera y hacerse y lograrse ateniéndose a sí mismo, sin tutelas y antifaces, desnudo ante la intemperie del destino. Esta fue y esta es, más allá de toda anécdota, la realidad de la República en España”. ¿Está claro? Y si al hondo sentido histórico de estas palabras añadimos su sentido profético — no menos hondo y claro—, podremos concluir con un “esta será” que hace triple la afirmación que el “tres veces no” —dinástico borbónico monárquico— lleva consigo. Y si no ¡al tiempo! “España —escribía Ortega— se toma siempre tiempo, el suyo”.

(*El Nacional*, 14 abril, 1961)

ANTE LA MUERTE DE UN GALAPAGO



No he visto morir a ningún galápago o tortuguita de éstas que dicen que traen buena suerte y se utilizan para alejar con su presencia doméstica a feos insectos y bicharracos sucios. El galápago vivo, como la tortuga, me parece bastante repugnante. “Debajo de un caparazón —escribí de joven— siempre encontraréis alguna blandura viscosidad”. El galápago es bicho acaparazonado y viscoso, cuya presencia inmóvil o torpemente en movimiento me repele. No lo he visto morir ni muerto; pero me han contado que suelen morir de insolación en las terrazas o balcones en verano y también de hambre. Hace pocos días apareció muerto, reventado, uno de ellos, en mi terraza. No lo vi. Pero no pude evitar ciertas reflexiones sobre su muerte, evocadora de otras tan poco humanas como la de ciertos Estados o Imperios o Monarquías, instituciones públicas que perecieron como los galápagos, por dureza de caparazón y blandengue viscosidad interior. Estados-galápagos o tortugas, totalitarios y paralizantes, como lo fueron los nazi-fascistas, el alemán de Hitler y el italiano de Mussolini: muertos de atortugados.

Me dicen que el galápago muere al querer subirse por las paredes y, no pudiendo, se cae al suelo panza arriba sin poder valerse por sí para levantarse sólo. Y así queda, cuando es al sol, horas y horas, achicharrado. Vuelto sobre sus torpes patitas de nuevo, y si pasó mucho tiempo sin comer, se atiborra de hojas de lechuga, que suelen dársele como alimento; y entonces muere congestionado, reventado, saliéndosele toda su asquerosa viscosidad de su acorazado caparazón que tan excesivamente le protegía.

Sabido es que en la evolución de las formas vivas, éstas son viables y duraderas en la medida en que más se arriesgan o peligran. En la escala natural, el hombre. La “afirmación trágica de la vida” en Nietzsche asume el peligro como suprema ley moral porque, gracias a él, puede el hombre superarse así mismo: sobrepasarse infinitamente como Pascal pensaba. La paradoja de la historia humana es la de que mientras en su propia naturaleza viva el hombre avanza sólo, desafiando el mayor riesgo, al ir tratando de socializarse o solidarizar su soledad propia con la de los demás, las de todos y cada uno, empieza a protegerse de los otros y de sí mismo, inventándose artificiosas instituciones que le protejan, armaduras y caparazones que le amparen, y a cuyo hábito o habitación se va haciendo tanto que llega hasta identificarse con ella, como los galápagos y tortugas, arrastrándolos sobre sí en su torpe marcha, y acabando por ir reblandeciéndose en su interior, hasta morir víctima de esa misma aparente protección contra el riesgo vivo que temía.

Es demasiado fácil el simbolismo del caparazón, defensivo del riesgo y causante de la muerte temida, como para que podamos eludir, apenas aludido, la cómoda ejemplaridad de todas las comparaciones que sugiere. Mueren de acaparazonados armamentos de todas clases las instituciones humanas que las inventan para protegerse. Mueren, en definitiva, de miedo. Debajo de un armadura de caballero medieval, llevó ese símbolo a su extremo el fino humorista italiano Calvino, contándonos la divertida historia del “Caballero inexistente”. En un raro poema de Gautier —“la escena de las armaduras”— éstas actúan por sí mismas como fantasmas. Inmediatamente el diablillo socrático o no— que todos, más o menos, llevamos dentro, nos sugiere la evocación de aquella fantástica escena del poema de Gautier cuando meditamos ante una importan-

te asamblea, reunida alrededor de una mesa: consejo de ministros, o de administración bancaria, o de Academia o de otra asociación cualquiera. Como en el poema de Gautier, oímos hablar a las armaduras, a los caparzones muertos de extraños seres vivos o medio muertos que acaso en su interior ya se reblandecen y pudren en viscosidades asquerosas. Y de los que se diría que podríamos profetizar su muerte cierta en cuanto los pusiéramos panza arriba. ¡Ay! Este galapaguito muerto, que no he visto, me evoca demasiadas muertes atortugadas de otras vidas o entidades humanas, que tampoco he querido ver.

Fácil símbolo, digo. Su imagen nos advierte y alecciona con tan espantosa evidencia como la del cadáver pudriéndose en su fosa. La descomposición y desintegración de lo vivo, sucede siempre que se lo aísla y separa, armándolo de caparzones o corazas, mascarones duros y aparentemente duraderos, que lo protejan. No hay riesgo mayor para la vida que el tratar de defenderla de ese propio riesgo. Para la vida y para el pensamiento. El pensamiento vive, existe (se pone fuera de sí, se enajena, que diría Unamuno) por la afirmación de su riesgo. El más grave error —error tortugante y mortal siempre de los Estados policíacos—, es encerrar o querer encerrar, figurárselo de ese modo, al pensamiento, poniéndole encima, echándole encima todo el peso de sus caparzones censuradores. Que además son postizos. Y como el pensamiento los rechaza muy fácilmente, los tortugantes persiguen con creciente encono a sus propios caparzones vacíos; caen en su propia trampa. Esta larga y fabulosa historia —que sí que se repite— de la inutilidad e ineficacia de cualquier régimen policíaco contra el pensamiento, tiene su correspondiente contrapeso en la eficacia que, en efecto, ejerce esa policía censuradora, sobre su manifestación o comunicación, dificultándola y entorpeciéndola. Lo que, a veces, es contraproducente para el mismo propósito censor. En los principios del fascismo alemán, refiriéndose a las dificultades del escritor para decir la verdad, se preguntaba Bertold Brecht: “¿A dónde ir para aprender a pensar?” Contestándose: “Allí donde impere la represión”.

Bertold Brecht no podía calcular en 1934, cuando esto escribía, hasta dónde podía llegar en un régimen de opresión manteni-

do durante largos años la obra destructora de la vida del pensamiento que una censura, sin principios ni ley alguna, arbitrariamente ejercida desde el poder absoluto por un Estado totalitario, puede realizar en un país oprimido por el terror policíaco. Porque hay censuras y censuras; como censores y censores. No es comparable la que se ejercía, y cómo y por quiénes se ejercía, en España, en aquellos siglos de "democracia frailuna" (que dijo Menéndez Pelayo) cuando se escribía el Quijote, que la que desde hace más de un cuarto de siglo persigue en España la libre expresión del pensamiento como un delito; tal vez como el mayor delito contra la seguridad del Estado. ¿De un Estado-galápago como de una Iglesia-tortuga o atortugada porque identificada con él?

Ante la muerte de un galapaguito, estas reflexiones mías parecerán a mis lectores tal vez excesivas. Y es que ese fácil simbolismo del caparazón defensivo, que acaba por ser ofensivo de aquello mismo que defiende, concluyendo, paradójicamente, por precipitarlo en la muerte temida, pudiera tener para nosotros, por la misma significación histórica que le atribuimos, su sentido profético. Porque el galápago, la tortuga, muere, de ese modo, al caer por el propio peso de su poderosa armadura con la que creía defenderse; de su propio caparazón que le fue ablandando y pudriendo por dentro, hasta imposibilitarle, materialmente, una vez caído, volver a ponerse en pie. Y eso, por su empeño de levantarse tanto que le hace caer hacia atrás sobre sí mismo, quedando preso en su propia, mortal pesadumbre; la de su caparazón que le mata.

(*El Nacional*, agosto 1963)

PARABOLA PARABOLERA

“Armese España ya contra avestruces”.

Góngora



Me dicen, me cuentan —y será un decir, será un cuento— que en cierto país, muy cuentista y dicharachero, se prohibieron, por tal motivo del vivir del cuento y pensar, o no pensar, del dicho y redicho habituales, algunos vocablos o voces; más justamente, términos del lenguaje que tienden, por la natural pereza e impropiedad del lenguaje mismo, a convertirse en las que llamó Larra “palabras fantasmas”.

Y una de estas palabras fantasmas que se prohibieron era la palabra *futuro*. En aquel país, cuyas aspiraciones humanas tendían a una vida paradisiaca que lo eternizase fuera del tiempo y de la historia, la palabra *futuro* era una palabra fantasmal que podía hacerse peligrosa. Se prohibió, digo, la palabra *futuro*, pero no se prohibió al mismo tiempo la palabra *pasado*. Con lo que se hizo cojear al pensamiento. Hablar de un pasado sin futuro, o a la inversa, es absurda cosa que de puro perogrullesca no necesitaría demostración, que por sí sola se coloca en la máxima dignidad dicharachera del axioma matemático, o de su definición correspondiente.

¿Cómo le preguntaremos al río a dónde va, si tampoco le preguntamos de dónde viene? Y “nuestras vidas son los ríos”, como cantó el poeta, nuestro Manrique, al descubrir, al inventar la circulación de la sangre del tiempo en el lenguaje lírico de la poesía.

Para los ojos limpios, de los que nos habla el Evangelio, la temporalidad pasajera se extasía en formas espaciales claras, luminosas, transparentes. Como en el dicho de Novalis, el místico-romántico alemán, que escribía: “el espacio traspasa el tiempo como el cuerpo el alma”. Y muchas veces repetimos nosotros aquello de Minkonwski de que para comprender mejor los éxtasis espaciales del tiempo —remansos, decíamos, del río— debemos suponer que sea el espacio dimensión de lo temporal y no el tiempo dimensión del espacio, con lo cual, como pudiera decirse en términos taurinos, “centramos mejor la suerte”. Que así la centraba el teológico y metafísico burlador o torero sevillano a quien los italianos y franceses, por su traje de luces de torear, luminoso de angélica o luciferina inteligencia, de vivísima y geométrica lucidez, confundieron lamentablemente con el funambulesco Arlequín bergamasco; al que puso “en solfa”, infantilmente o puerilmente, el prodigioso Mozart, volviéndolo al espacio geométrico racionalista del que había tratado de sacarle inútilmente, si melancólicamente (“melancolía de la impotencia”, musical y poética, como diría Nietzsche), el moralista Molière.

Hubo un país, decía, en que la palabra *futuro*, palabra espectral, fantasmal, convertida en un espantapájaros o espanta pensamientos, se quiso excluir, exilar, desterrar del lenguaje, como algo extremadamente peligroso. Pero, al mismo tiempo (tiempo vengador o vengativo) no se excluía, ni exilaba o desterraba, no se anatematizaba ni prohibía la palabra fantasmal, espectral, de *pasado*.

Vivían en este país del cuento —digo, de mi cuento— unas gentes o seres, al parecer muy parecidos a los andaluces, para quienes el tiempo sólo es presente o presencia, diríamos, espiritual de sí mismo: “presencia de espíritu”: como también se le llama a la valerosa serenidad y ecuanimidad en los trances mas azarosos de nuestra vida. No olvidemos que son los andaluces quienes descubrieron o inventaron el toreo: el arte birlibirloquesco y birlibirlógico y birlibirlomágico de torear. Y que estos seres, esas gentes,

por devotos del divino ocio (que es amor a la creación divina, enamoramiento poético de la vida) suelen considerarse como inútiles y perezosas.

Y fue un famoso italiano el que dijo aquello de que España no era un país bastante rico como para sostener tantos andaluces como hay en él. Que si hay andaluces universales —como aseguraba un musareño poeta andaluz— hay otros muy particulares; tan particulares que ni siquiera parece que lo son.

Pero, volviendo a lo del cuento: en aquel país donde la palabra fantasmal *futuro*, el término *futuro* se hacía lindero, límite, frontera cerrada para todos, considerando peligroso, peligrosísimo, el intento de traspasarla, se quiso detener al tiempo de ese modo, como la circulación por las calles, con ánimo de ordenación y regulación adecuada a su movimiento; pero prolongando tanto sus “éxtasis” o “paradas”, que, al parecer, se llegaba a paralizarlo; como en una especie de paralización general progresiva hasta de su nombre.

Y este vivo empeño de asirse a la ocasión temporal por unos cabellos que no tiene, dio a los habitantes —tan habituados a eso— de aquel cuentístico y dicharachero país, una especie de enfermedad de sonambulismo, o avestruzismo, individual y colectivo; al que, en su pasado más exigente de lo venidero (como Malraux diría) otro poeta teológico y metafísico español dio nombre famoso —si no tanto como el de Don Juan— el célebre nombre de Segismundo. Pues en este país que digo, las gentes no sabían del todo si soñaban porque vivían o vivían porque soñaban. Y eran tantas sus “ínfulas” de sueño que, efectivamente, se inflaban y desinflaban viviendo o soñando; como aquel otro “hombre-globo” del que, como de la palabra fantasma, nos habló Larra, el “pobrecito hablador” Larra.

¡Y cuántos pobrecitos habladores de aquel país, fantaseando o fantasmaticando palabras se pasaron su vida soñando de ese modo “global”, diríamos, al hombre mismo; inflándolo, o hinchándolo, o desinchándolo de todo! Lo que no es poco trabajo, como decía el loco del cuento cervantino: “¡Se figuran vuestas mercedes que es poco trabajo hinchar un perro!”. Y más si es de palabras vanas o vacías. O del aire que les da vuelo y sustancia de vacío propio.

La palabra *futuro* fue prohibida en el maravilloso país, extasiado de hermosura espacial que creía eterna: fuera del tiempo, fuera de la historia. Pero éstos, el tiempo, la historia, siguieron pasando; paseando por aquel país como turistas admirados o distraídos. Y un día, cualquier día, trajeron consigo un terrible monstruo sin nombre, monstruo devorador de todo: de la vida, del tiempo, de la historia... Monstruo innominado que todo destruía. —¿Cómo, cómo se llama este monstruo?— preguntaban sus víctimas inocentes, aquellos habitantes extasiados, maravillados de eternidad, en su país de cuento —de mi cuento—. ¿Cuál es su nombre? Como si conocer su nombre pudieran con eso sólo, con su nombre, defenderse y matarlo. Pero solamente podían ver un dedo inmenso, monstruoso, un índice también fantasmal, enmudeciendo con su gesto sobre los labios la que llamara Victor Hugo “boca de la sombra”. Y se dijeron a sí mismos: ¡Chitón! Su nombre es un nombre prohibido.

No sé si aquel país de los chitones sonambúlicos se parece o no a la España de los amodorrados corderos quevedescos, de los adormilados avestruces soñarreros de que aquí mismo hablábamos. Y si es imagen y semejanza expresiva suya la que ahora evoco. Pero, releyendo a Galdós, como suelo, encuentro casualmente esta página significativa:

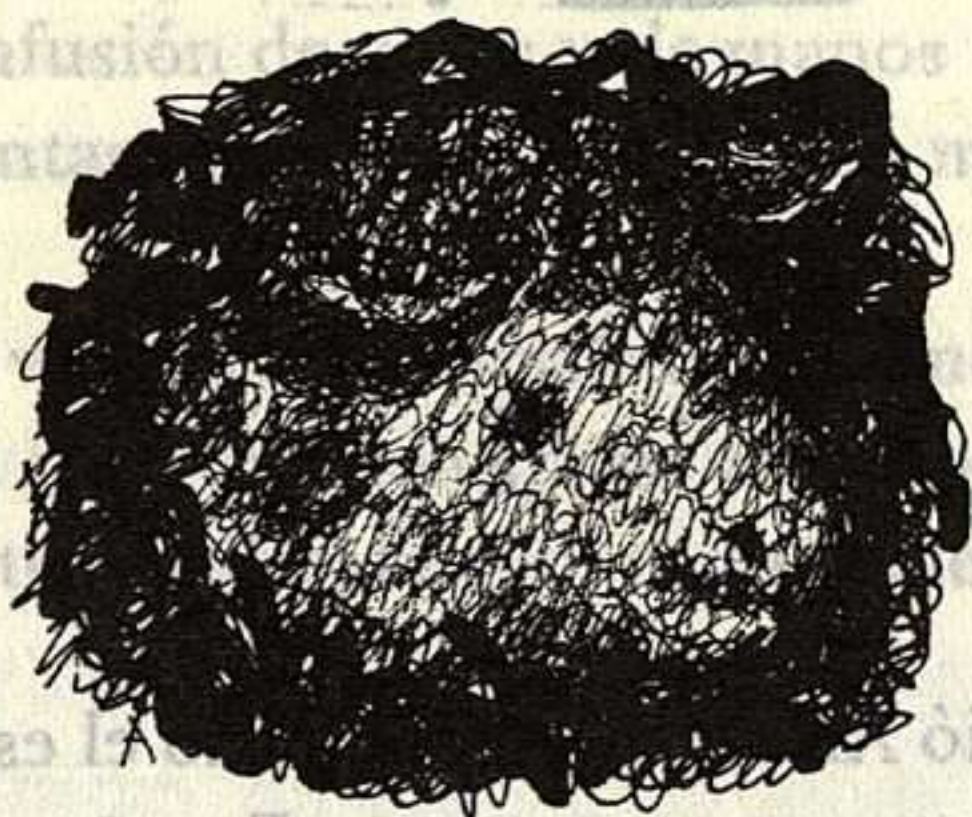
Soy la expresión de esa España dormida, beatífica, que se goza en ser juguete de los sucesos y en nada se mete con tal que la dejen comer tranquila; que no anda, que nada espera, y vive en la ilusión del presente, con una vara florecida en la mano; que se somete a todo el que la quiera mandar, venga de donde viniere, y profesa el socialismo manso; que no entiende de ideas, ni de acción, ni de nada que no sea soñar y digerir. (Galdós: La de Brindgas.— XII) Esa España, añadiríamos nosotros, que se aclimata acomoda al ruido (al “mundanal ruido”) mejor que al silencio (al de “los espacios infinitos” como al de “la paz de los sepulcros” en que creía el poeta): que se instala totalmente en él.

Y vuelvo a escuchar a mi duendecito burlón que me dice al oído:

*El “mundanal ruido”,
enemigo del alma,*

*más que en ninguna parte es poderoso
en esta sordomuda y ciega España.
Es el hueco sonoro de una tumba
que aposenta la nada
ruidosamente como infernal eco
de estupidez satánica.*

(Sábado Gráfico, núm. 914, 7 diciembre 1974, pág. 29)



DOS SONETOS FUNEBRES



I

Murió Almanzor y no murió el espanto
que causara su muerte a España entera.

(Porque nadie creyó que se muriera
sino que se dormía como un santo.)

¡Ay! Antes de morir lloraba tanto,
y de tan cocodríllica manera,
que parecía que borrar quisiera
tanta sangre vertida, con su llanto.

Redoblaron tambores por un muerto
tan inmortal, que hasta la gusanera
devoradora de su cuerpo yerto

llegó a creerse que también lo era.
Y que continuaría su memoria
más allá de la muerte y de la historia.

II

Bienes y males, penas y alegrías,
inclinan nuestra vida a la mudanza
en un mundo en que la desesperanza
nace y muere en nosotros con los días;

mueren y nacen las melancolías
una vez y otra vez, hasta que alcanza
el alma a ver, como macabra danza,
renacer sus mortales agonías;

tan espectral concierto y desconcierto
o confusión de voces y de manos
en fantasmal resurrección de un muerto,

si no vence en su furia a los gusanos,
tanta será, que volverá su empeño
ámbito sepulcral de un mortal sueño.

(Sábado Gráfico, nº 1036, 9 abril 1977, pág. 10)

LA CONFUSION REINANTE (Avisos y cautelas)



La confusión reina, pero no gobierna. Es lo que estamos viendo y padeciendō ahora en España los españoles. Una confusión única y tal, totalitaria heredera legítima de su antecesora, que imperaba. A cuarenta años de confusión imperante, de un ilusorio imperar confusionista, nos ha sucedido, nos está sucediendo, para continuarla, la no menos ilusoria constitución estabilizadora de su sagrada institución originaria: la constitutiva e institucionalísima iniciación legítimante de su reinado. No por avisado y cauteloso, menos aparente reino confusionario de la impostura: es decir, de su continuante imposición o imperativo institucional.

Entre tantas otras unificaciones o monarquizaciones impuestas, no es poca cosa la de la centralización monarquísima de las llamadas regiones españolas, y no porque éstas no lo sean, sino porque se prefiere, para su mayor y mejor confusión, ese nombre, por más sonoro de resonancias y disonancias folklóricas, que el de naciones, o de pueblos que utilizaran en sus sueños históricos de España Pi y Margall y Menéndez Pelayo. Confusión, a su vez,

folklórica de esos expresivos regionalismos, por una pluralidad de sus “signos exteriores de riqueza”, o pobreza, con intento confesional y confusional de banderas y banderías significantes, que, cuando realmente no las hay, se inventan. Desde el pendón de Castilla hasta las de los equipos más o menos lúdicos y feriantes de Andalucía. Cosas de juego, sucio o tramposo.

Confusión de confusiones y todo confusión, premeditación, alevosa y nocturna; de esa o con esa nocturnidad a la que llamó tan inolvidablemente el poeta cordobés (nosotros lo hemos recordado muchas veces) *monarquía de tiniebla tan cruel*: reino mortal y aterrador de lo tenebroso. Y el ruso Tolstoi: *poder de las tinieblas*, poder absoluto de su confusión.

Aconsejaríamos a los confusos fabricantes españoles de una neo-Constitución monárquica (como aviso y cautela) que, si quieren cuidar el prestigio personal de su Rey, incluyan en ella un artículo parecido a éste:

“El Rey no podrá hacer declaraciones públicas —y menos en la prensa— que se presten a ser interpretadas como su intervención dirigente o torcedora de la situación política general del país, y de la del poder ejecutivo muy en particular, dando la impresión de que a éste le ampara con sus palabras; lo que llevaría consigo la sospecha de un *favoritismo* personal y directo, de una *privanza*; y una maliciosa interpretación de parcialidad en sus más reales juicios y conducta”.

En la confusión de confusiones que reinan en este *confuso laberinto* actual español, no son menos confusas, oscuras, turbias y espesas las cosas literarias que las políticas; porque todas son españolísimas. Como se dijo del chocolate. Y de la democracia. De la democracia lo dijo, muy oportunamente, el que la quería de ese modo, *a la española*, el presidente Arias, que lo fue también de ese mismo modo tan español, puntapieteado muy borbónicamente por su Rey. Quería aquel jocoso presidente una democratización de España *a la española* —que nos parece que se parece muchísimo a la que, sin él, estamos viendo y padeciendo ahora los españoles—. Pues las cosas chocolateras (especialmente las políticas), para rellenar de chocolate los dulcísimos pasteles democratizantes —a los que los franceses llaman *eclairs*, y no porque sean

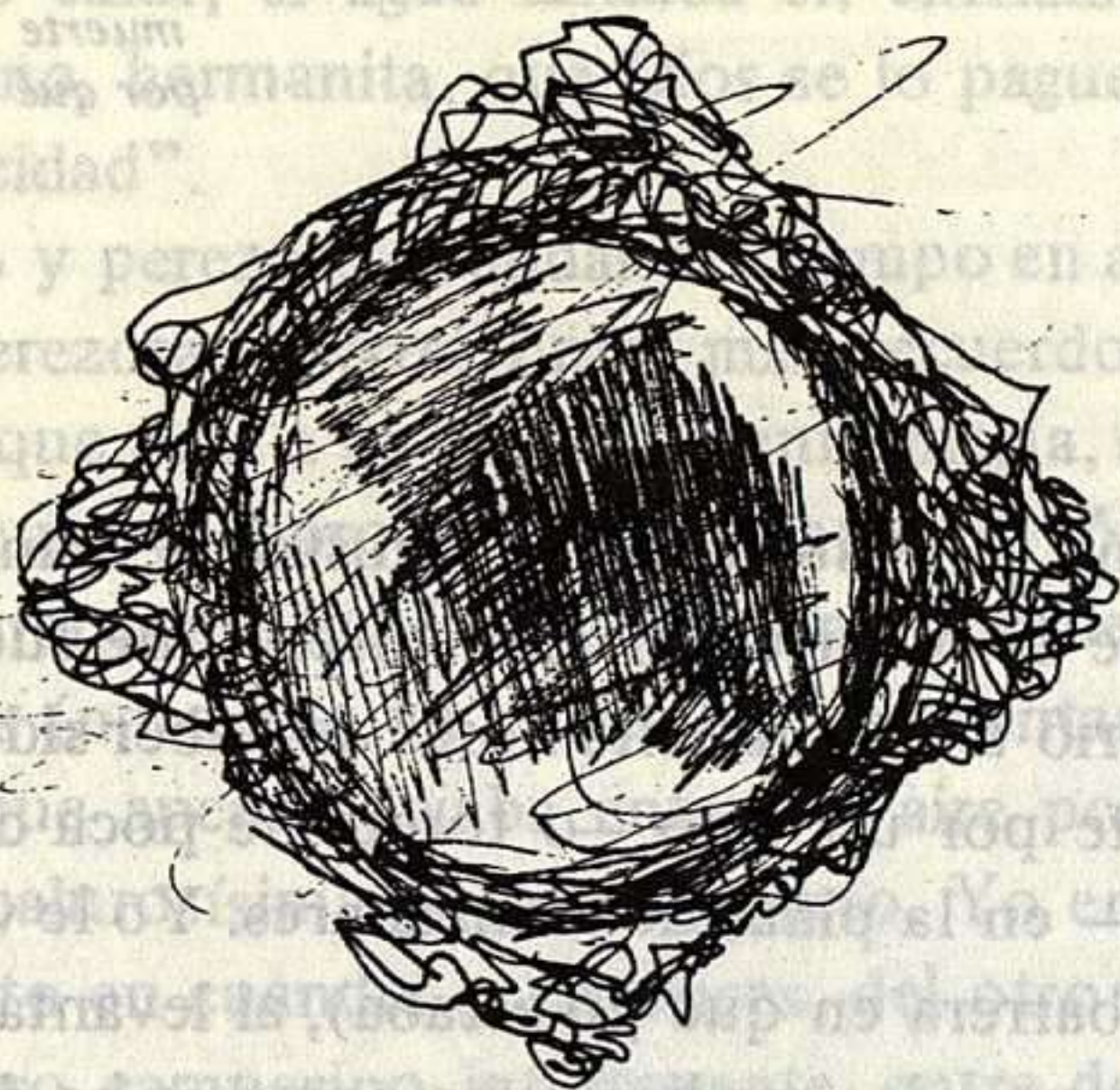
claros ni transparentes—, son las que se oponen, por su espesor y oscuridad mismos, al que se le dice, también en España, vulgarmente, *a la francesa* o *francés*. Tal vez por aquello que dijo Rivarol, creo, de que *lo que no es claro* o no está claro *no es francés*, en correspondencia con esto, algunos “antiafrancesados” españoles responden que todo lo que no es oscuro (turbio, espeso...) no es español. O sea, todo lo que no sea chocolatero o chocolateado. Y que suele tomarse con buñuelos sutiles y vacíos, que por eso se dicen de viento, o con pesadísimos churros sabrosos —si indigestos— y retorcidos o rizados como cirios de procesión. Ambas cosas se dice que de origen chino. Lo cual, en las cosas chocolateras (oscuras, turbias...) españolas, nos parece bastante claro y significativo. De ahí lo de la Historia china de España que quería escribir el loco personajillo galdosiano: historia de sus invisibles murallas. Galdós y Goya supieron mucho de esto: Valle-Inclán y Solana. De una España tenebrosa.

Podríamos citar ahora innumerables casos de estas cosas españolas chocolateras (espesas, turbias...) en política y en literatura. Dos nos bastarán como ejemplo. La del Premio Nobel de Literatura, caído y recaído sobre el desconocido escritor y académico de la Real Vicente Aleixandre, muy merecidamente, y no por extenderse en parte a su impropia llamada generación del 27, tan desconocida, a nuestro parecer, como el poeta mismo; me refiero a un conocimiento notorio como el de don Juan de Zorrilla y no el de Tirso: *huí de ser conocido, / mas ya me tienes delante* (dice el Burlador). Y la del premio, demasiado conocido, llamado Planeta (negocio editorial desorbitado), que no afecta en ninguna de sus múltiples adherencias, que diríamos interplanetarias a un clarísimo y estupendo libro de Jorge Semprún (Federico Sánchez), tan claro y elocuente y veraz que casi no parece cosa española, siéndolo tanto. Libro este del que se dice como un reproche que no es novelesco, cuando no tenía por qué serlo, y también que está mal escrito (?), cuando está tan estupendamente bien hablado, con tan clara elocuencia natural, y nada retórica, en el mal sentido que equivocadamente se suele dar a esta palabra como a la de elocuente orador. Ambas cosas lo son muy claras en este libro elocuentísimo (por lo que dice y no sólo por cómo lo dice) del formidable

polemista Jorge Semprún. Un libro que es un gran discurso.

¿Os figuráis lo que sería este Jorge Semprún (digno heredero político y parlamentario de su abuelo (don Antonio) y de su tío (Miguel, naturalmente) hablando en estas achocolatadas, si fraternales, cámaras siamesas, sordomudas de nacimiento? Polemizando con Carrillo y Fraga Iribarne, con Felipe González y el presidente Suárez, los cuatro puntales, que no pasan de sumisos tras-puntes o apuntadores de una presunta Monarquía que antes de constituirse y legitimarse a sí misma ya empieza a cojear y hasta apunta de qué pié cojea.

(*Sábado Gráfico*, nº 1078, 28 Enero 1978, pág. 21)



“MUERTE PEREZOSA Y LARGA”



*Y si preguntarme quieres,
muerte perezosa y larga,
por qué para mí lo eres...”*

Lope de Vega

En este verano, en este ardiente agosto, se han cumplido los cuarenta años de la muerte del gran torero que fue Ignacio Sánchez Mejías. Murió a las cuarenta horas de haber sido cogido y herido mortalmente por un toro —o torete de poca casta, si bravucón y codicioso— en la plaza de Manzanares. Yo le vi matar y le vi morir (desde la barrera en que yo estaba), al levantarse del estribo para llevarse el toro a los medios, y no como se ha dicho, en aquel pase sentado en el estribo que venía de dar; y le vi morir de una perezosa y larga muerte, que fue su agonía, a la que asistí, sin separarme de su lado, desde la enfermería de la plaza de Manzanares hasta el sanatorio de Villa Luz, donde le operó Jacinto Segovia. Casi exactamente cuarenta horas duró aquella “muerte perezosa y larga”, aquella dolorosísima agonía. Algunas veces la he contado. La recordaré siempre, tan terrible como una pesadilla irreal. Le mató el toro en el ruedo; más o menos “a las cinco en punto de la tarde”. Murió más de un día después, en las primeras horas de la mañana. Perdió el conocimiento mucho antes. Ya no

lo tenía la noche misma en que se le hiciera —directamente de Pepe Bienvenida— la transfusión de sangre, de la que fuimos testigos don Manuel Bienvenida y yo. En las horas de la mañana en que se le operó, y todavía en su plena lucidez, hablamos un poco, como habíamos hablado en las tremendas horas de la enfermería, aquella inacabable noche, mientras llegaba la ambulancia para conducirlo a Madrid, y que llegó casi de madrugada. ¡Y qué mortalmente emperezado y alargado fue aquel camino! No sé si Ignacio sintió venir su muerte, tan escondida en aquellas horas: creo que no. Cuando, después de la operación, la sed le abrasaba, recuerdo unas palabras suyas a la monjita que le atendía, quien con supersticiosa obcecación monjil le negaba el agua, pretextando que no estaba bastante fría (mientras yo, a hurtadillas, le daba pedacitos de hielo). Cada vez que entraba la monja le decía que tuviese paciencia, que con tanto calor, el agua tardaba en enfriarse. Al fin le dijo Ignacio: “Bueno, hermanita, que Dios se lo pague en el cielo con la misma velocidad”.

¡Qué largo y perezoso el andar del tiempo en aquellas horas de tan lenta y perezosa muerte! Entre mis recuerdos más dolorosos está el de las que pasé a su lado en la enfermería, dándole aire con un abanico de papel, porque se ahogaba: y no sólo por la falta de sangre, por tanta como había perdido, sino porque el cuartucho en que estábamos (no existe ya) sólo tenía un ventanuco con una reja carcelera, que apenas dejaba entrar el aire polvoriento y quemante de la calurosísima noche de agosto. Yo entreabría las maderas de cuanto en cuando: y entonces, del otro lado aparecía un quemado rostro campesino interrogante, entre deseoso y agustiado, que repetía una misma pregunta siempre: “¿Se ha muerto ya?”.

La muerte escondida. Cuarenta horas después, cuarenta años después, aquella “muerte perezosa y larga” que Ignacio tal vez no sintió venir, ¿podrá decirnos algo todavía de su *porqué*? El poeta se lo preguntaba glosando la antigua compla atribuida a Escribá —y que tantísimos otros poetas y místicos glosaron—, aquélla tan famosa de :

“Ven muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,

(Sábado Crítico, Madrid, 31 Agosto, 1974)

*porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida”.*

¿Placer del morir? Lope, glosando la copla, decía:

*“Descubriendo tu venida
y encubriendo el rigor fuerte,
como quien viene a dar vida
aunque disfrazada en muerte:
ven, muerte, tan escondida”.*

Y termina Lope con esta enigmática, misteriosa estrofa:

*“Y si preguntarme quieres,
muerte perezosa y larga
por qué para mí lo eres...
ven presto, que con venir
el porqué podrás saber
y vendrá a ser, al partir,
pues el morir es placer,
porqué el placer del morir”.*

Este misterioso *por qué* (que no lo era tanto para Lope, como no lo era para Santa Teresa) lo es para nosotros, aunque ese “*ven presto*” de la partida, ese ven pronto, nos parezca o se nos aparezca como relampagueante iluminación del oscuro camino. La muerte se escondía, se esconde siempre en la tenebrosa embestida del toro, que la lleva en sus astas amenazadoras, sean éstas o no agudas y finas. Todo el toreo consiste en evitarlas: en evitar la muerte que se esconde o descubre por ellas. Otro poeta, más cercano nuestro, y que cantó, lloró, la muerte de nuestro inolvidable amigo, cuyo triste recuerdo evocamos ahora, nos dijo que no quería ver la sangre del torero sobre la arena; que no quería verla, “la sangre de Ignacio sobre la arena”... ¿Y tan sólo por ser la huella, el testimonio vivo de una tan dolorosa muerte? Del recuerdo vivo de Ignacio Sánchez Mejías no podrá nunca separarse para nosotros el de su poeta y amigo Federico García Lorca. También se han escondido

para siempre en la muerte sus huellas sangrientas. También sobre ellas se ha echado arena, tierra encima: como si aún pesase en nuestra memoria el trágico letrero disparatado que dibujó Goya, como si lo hiciera con sangre, el españolísimo “*Enterrar y callar*”.

La muerte callada. La muerte se esconde y la muerte se calla. Sobre todo si es “perezosa y larga”, si es un tránsito mortal de agonía. Cuando Azorín, en unas páginas admirables, evoca el verso de Escribá, lo hace evocando también el de la “*Epístola*” famosa atribuida al poeta Fernández de Andrada: el que llama a la muerte diciéndole que venga “tan callada, como suele venir en la saeta”. También, por lo mismo, para que no se la sienta venir. Por eso, tal vez nos turba e inquieta tanto el ruido, los escandalosos ruidos que se hacen ¿para no sentir llegar la muerte o para sentirla venir en el tiempo, ya sea con rapidez silenciosa, como en la saeta, o lenta, si callada, alargándose perezosamente en agonía? Por eso, todo “mundanal ruido” —que dijo Fray Luis— nos parece una profanación de la muerte. De un sentimiento de la muerte que empereza y alarga su sentido, se diría que con tan silenciosa y escondida cadencia como el de una música estelar inaudita; un sentimiento lírico de la muerte que sería como un eco y una sombra del que llamó Unamuno “sentimiento trágico de la vida”, añadiendo: “en el hombre y en los pueblos”. Larga y perezosa muerte era para el cristiano don Miguel toda la vida: larga y perezosa agonía que era para él enteramente la del cristianismo, y que en los años doloridos de su destierro identificaba con la agonía de España, de sus hombres y de sus pueblos; larga y perezosa muerte que dura a veces toda la vida, toda una vida. Aquellos, más o menos, cuarenta años de vida que cortó la muerte en otras cuarenta horas de larga y perezosa agonía, de nuestro amigo el torero Ignacio Sánchez Mejías, sentimos que ahora, a los cuarenta años de haber sucedido, no nos esconde ni nos calla su recuerdo, sino que lo aviva y acrecienta, como identificándose con todos esos años pasados de nuestra propia vida fuera y dentro de España. Y nos parece estar viendo aún, al evocarlos dolorosamente, aquel interrogante y angustiado rostro campesino que, asomado a la reja carcelera del ventanuco de la enfermería de Manzanares, nos preguntaba con ansiosa impaciencia, al parecer: “¿Se ha muerto ya?”.

(*Sábado Gráfico*, Madrid, 31 Agosto, 1974)



Miguel, visitando a Sijé en el Cementerio, 1936.

(Sábado Gráfico, Madrid, 31 Agosto, 1936)

V. Análisis de la transición política española

LOS PRESOS PRIVILEGIADOS



¡Amnistía!... Este grito lo oímos por todas partes; sale de todas las bocas y creemos que de todos los corazones, y hasta de lo que no tiene boca ni corazón, de entidades, o estamentos, o asociaciones más o menos públicas o privadas; en fin, de todos lados de España; se diría que es un grito unánime nacional, una especie de plebiscito que condiciona una previa confianza popular en el que (se le llame o no se le llame así) es un nuevo Régimen instaurado o instalado con el nombre de Monarquía, y aún dinásticamente Borbónica. Indiscutiblemente, *de hecho*, aunque *de derecho* no lo fuera: discutible digo. Pero este grito, esta voz en grito como petición de amnistía, ¿es, como se dice, petición de olvido y de perdón? ¿Por aquello de amnesia o de supuesta delincuencia política? A nosotros nos parece que no. Que es, con ese nombre de amnistía, paradójicamente lo contrario: ni olvido ni perdón, sino buena memoria y, por consiguiente, justicia para quienes estén indebidamente encarcelados, y por eso para los llamados presos políticos, cuya supuesta o figurada delincuencia no tiene, justamente, *figura*

de delito: forma jurídica definidora, sino denominación arbitraria, conjeturada; supuesta figuración delictiva.

Amnistía ahora quiere decir, sencillamente, justicia, repito, y, por tanto, *revisión* de procesos sin causa y de causas sin proceso, y de causas y procesos sin forma debida, contra todo derecho humano, y, a veces, tan falseados y mentidos, que verdaderamente delictivos, por serlo de ese modo fuera de toda ley, pues todos sabemos cómo a los supuestos, conjeturales delincuentes, *se les hace hablar o callar* para considerarlos tales. Amnistía querrá decir, sencillamente, *revisión justa* y justiciera, *de hecho y de derecho*. Si me oye desde aquí el actual ministro de Justicia del Gobierno actual del actual Rey, espero que entienda claramente lo que digo, porque estoy seguro de que pueden llegar estas palabras mías a su conciencia, que creo que es cristiana. También por aquello de que “una cosa es predicar o sermonear (como tanto nos están haciendo ahora “desde arriba”, desde las alturas más reales) y otra cosa vender o dar trigo”. Y “obras, son amores y no buenas razones”. Buenas razones que suelen serlo malas, que casi inevitablemente lo son por ser razones sólo. Razón, que no verdad.

Sí. Amnistía quiere decir para nosotros *revisión* de procesos y causas que han condenado a miles y miles de españoles como delincuentes políticos (delincuencia prefabricada o prefigurada para eso como utensilio bélico de arma exterminadora). Condenados a encarcelamiento o prisión punitiva, mayor o menos, según los casos, y hasta a penas de muerte escandalosamente ejecutadas. Con escándalo público internacional, del que tampoco hay que olvidarse. Amnistía no es olvido, sino memoria, vivísimo recuerdo. Y, muchísimo menos, perdón del que no ha sido nunca culpable de delito alguno. Se nos dice que han salido ya de sus cárceles, indultados, miles de esos presos políticos, y más aún que de presos comunes o de delitos tales, de verdaderos delincuentes. Creámoslo o no, no es eso lo que justifica un indulto discriminatorio y cicatero, porque lo más curioso de estos casos es que han puesto de manifiesto, sobre todo, algo más injusto todavía, y es que hay *presos privilegiados*: y de un modo también paradójicamente irónico, porque unos lo son para salir de la cárcel y otros para quedarse en ella. De estos últimos, diríamos que con cruel ensañamiento, los jóve-

nes, los más jóvenes. Ya sabemos que en todo el mundo actual se persigue a los jóvenes por el simple delito de serlo y de querer serlo de veras. En España hemos visto esa persecución, esa cacería de jóvenes, hasta en pleno día, y en medio de las calles madrileñas, con visible y seguramente intencionado propósito aterrador: para castigarlos escandalosamente con cárcel o con muerte, sin juicio previo o con su simulación.

Antes se decía "triste privilegio de la edad" el de los ancianos, que deben tenerlo para ser queridos y respetados. Ahora hay que decirlo de los jóvenes, quienes tienen (a la vista está) este triste privilegio de ser perseguidos, y apaleados, y encarcelados, y muertos arbitrariamente (sin juicio, ni proceso, ni causa verdaderos), con castigos aterradoros para todos: los que los sufren, los que los ven, los que los oyen contar. Que somos todos los españoles; todos o casi todos los que estamos pidiendo amnistía (sin amnesia ni perdón alguno). Y que, sin saberlo tal vez, en realidad a quien se lo estamos pidiendo es al Rey.

Pero, mediréis, ¿a qué Rey? ¿A un Rey que sabemos que no puede darla porque institucional o constitucionalmente está impedido para ello? ¿A un Rey árbitro (como se dice) o *moderador*, tan moderado, que tiene por obligación legal que moderarse de ese modo a sí mismo; tanto, que no puede arbitrar ni moderar nada, ni la más escandalosa arbitrariedad o injusticia? ¿A un Rey "atado, bien atado", y tan bien atado, que no puede mover un dedo siquiera por voluntad realmente propia o apropiada a su, aunque sólo fuese simbólico, poder real mismo? ¿A un Rey, en fin, cautelosamente guardado y ligado en vida como la momia faraónica de un Rey muerto? Un muerto que no puede ni milagrosamente resucitar. Pues, ¿a quién sucede, o ha sucedido, o está sucediendo ese Rey?

Muchísimas veces hemos oído decir, durante cerca de cuarenta años seguidos, que el Régimen (franquista) se sucedería a sí mismo. Y ahora todos parecen estar más o menos conformes, y si no todos, una gran mayoría, democráticamente decisiva, en declarar que el Régimen tiene que democratizarse. Pero eso sí, muy prudentemente, cautamente, muy paso a paso, con cuidado de no tropezar para no caer. Y también todos los españoles se deben ir de-

mocratizano de ese modo paulatino, cauteloso, que se diría inorgánico, ya que el mismo Régimen, que se dice que no ha muerto con Franco, se dijo, entre otras cosas, a sí mismo, una "democracia orgánica". Porque, una de dos: o efectivamente lo era, democracia, el Reino sin Rey del Caudillo Franco, o, si no lo era, ¿cómo puede sucederse a sí misma democráticamente una democracia que no lo era, sino enteramente lo contrario, un poder absoluto, sin más responsabilidad que la personal e intransferible del Caudillo ante Dios y la Historia?

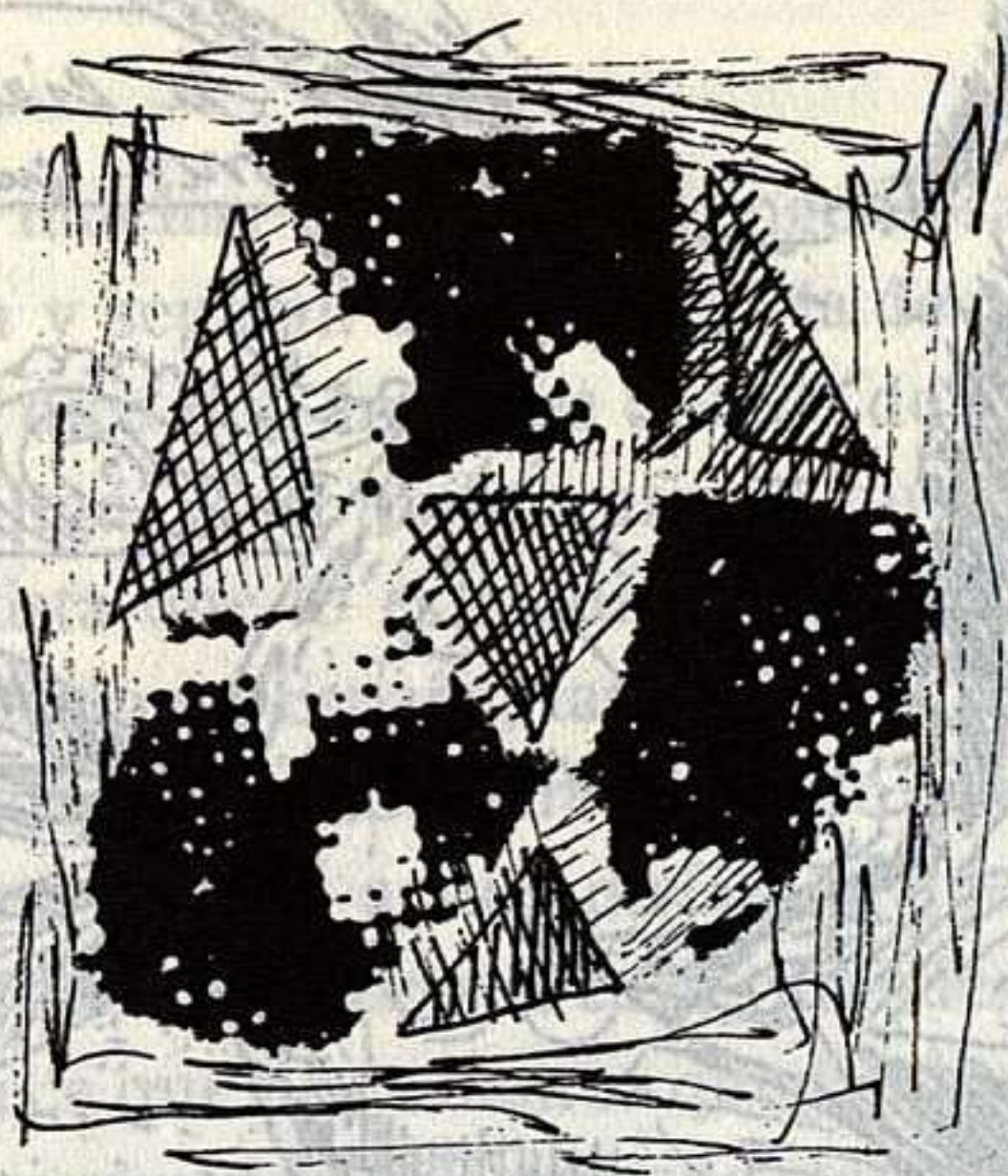
Se ha dicho también que no puede amnistiar un poder que no podría hacerlo sin empezar por amnistiarse a sí mismo, por autoamnistiarse. No es el caso real del Rey Juan Carlos. Que realmente no puede ni debe olvidarse a sí mismo o de sí mismo como Rey, ni tiene por qué perdonarse a sí propio el ser hijo de su padre y nieto de su abuelo, sino honrarse justamente con ello. O sea, reconocerse como su legítimo sucesor dinástico, de una raíz que es la de su linaje natural: la línea más sana de su procedencia sucesoria. No debe olvidarse, sino recordarse a sí mismo en ellos y por ellos; en su raíz o linaje, digo, de donde le viene la savia o la sangre vivificadora que le sostiene, al menos, legítimamente. Claro es que si los españoles como pueblo lo ratifican. No debe olvidar, por ejemplo, que su abuelo, el Rey Alfonso XIII, perdió su simbólico trono, y con él la Monarquía, no tanto por haber faltado al cumplimiento constitucional de su palabra dada, de su juramento, como al motivo o razón que le decidió a hacerlo: que no fue otro que el de eludir su responsabilidad real y personal por el desastre de Marruecos, y hacerlo aceptando o decidiendo protegerse con la máscara siniestra de una Dictadura. Y por eso cayó.

Amnistía, pero no de olvido y de perdón, sino de *revisión y responsabilidad*, de justicia, es lo que están pidiendo a gritos, con palabras o mudos, todos los españoles. Recuerdo y no olvido; justicia y no perdón. Y hasta se diría que para el *preso privilegiado* del palacete de la Zarzuela en el Pardo.

Y al escribir esto estoy viendo blanquear, desde mi ventana, la bella fachada del Palacio Real en la plaza de Oriente, al que la República quitó su calificativo monárquico para llamarle Nacional, Palacio Nacional, que es como se ha seguido llamando (es fácil

comprender por qué) hasta ahora. Esta bella fachada del Palacio de Oriente se limpia y blanquea con frecuencia para que cada vez nos parezca mejor blanqueada. Blanqueada se diría que como un sepulcro (según el decir evangélico de los hipócritas), pero como un sepulcro vacío de su contenido real. ¿Y qué sepulcro no acaba por estarlo, vacío, con el tiempo? Sepulcro o panteón reservado para ceremonias solemnes y para museo del arte. Ese antiguo recinto borbónico, otras veces habitado por Reyes, parecería que ya no guarda consigo más que recuerdos. Y recuerdos sin esperanzas. “Las esperanzas nacen de los recuerdos”, escribía Unamuno, quien en una carta íntima me decía: “Yo tengo tan buena memoria como buen olvido”, dando a entender que tanto recuerdos como olvidos deben elegirse voluntariamente para que lo sean, y buenos o malos.

(Sábado Gráfico, n.º 971, 6 enero, 1976, pág. 21)



ah, ah, ah, ah, ah...
oh, oh, oh, oh, oh...
ay, ay, ay, ay, ay...



La lirama de la voz
ronca que tenía en invierno

el mar

Ja

el mar, la mar

el mar, la mar, el

mar, la mar, el mar, la mar

el mar, la mar, el mar, la mar

Rafael J
2.XII.87

LOS ESTADOS UNIDOS DE ESPAÑA



Entre otras muchas definiciones ingeniosas de las diferencias que caracterizan y separan a un optimista de un pesimista, destaca aquella que nos dice que ante una botella de vino, cuyo contenido no pasa de la mitad, el optimista afirma que es una botella medio llena y el pesimista que lo es medio vacía. Larra, que nos hablaba del *gran casi* de todo en España, también lo hizo de sus mitades, de una media España que puede parecernos lo mismo que una España *a medias*. En esta España actual diríamos que el *a medias* es más frecuente y significativo que sus *casis*, grandes o chicos. *A medias* de todo nos parece que nos estamos quedando en España: de todo, o de casi todo; y aún pasando por ello; teniendo que *pasar por todo, a medias*.

Esta botella está medio llena, dice el optimista; y el pesimista: esta botella está medio vacía. En realidad, lo que importa no es la botella, sino su contenido. Y si lo que importa no es la botella, menos importa su etiqueta. El vino de verdad que hay en la botella es lo que importa: y, sobre todo, la verdad que hay en ese vino; y que

sea una verdad entera y no a medias; aunque sea mediada, pero no mediatizada por la botella. No quería Goethe que se llevasen a las, entonces, todavía conocidas a medias de los europeos, tierras americanas (infernales o paradisíacas), botellas ni campanas; ni libros ni cañones. Y los españoles y los ingleses imperiales, sus conquistadores, los llevaron; para conquistarles y colonizarlas; para imperar en ellas. Y ellos mismos las fueron utilizando después para libertarse de sí mismos creyendo libertarlas: o sea, libertándose y libertándolas *a medias*.

Aquella España y aquella Inglaterra eran monarquías: se gobernaban por formas estatales monárquicas; por reyes y virreyes, más o menos absolutos o relativos; absolutistas o relativizados. Estas monarquías imperantes, fuera y dentro de sí mismas, no libertaban pueblos, los sometían a su voluntad dominadora, por la violencia forzadora y forjadora de su poder. El último monarca español de este estilo lo fue Francisco Franco. Y, como monarca, el más absoluto de todos los que hubo en España. Sólo que únicamente dentro de España: imperando en ella por la fuerza y violencia conquistadora de una guerra ganada contra los españoles mismos; y ganada, por consiguiente, *a medias*. Si es que lo fue de veras entre dos Españas, una contra otra. A esa España se la monarquizaba de ese modo absoluto para unificarla y no para unirla (“que unirse y ser uno es diferente cosa”, decían nuestros teólogos del XVII, como tantas veces recordamos).

Se nos dice, se nos repite, que la monarquía “como forma de Estado” (¡atención!, *como forma de Estado*) es la más adecuada a España. Históricamente no lo parece mucho; al menos, desde el Renacimiento: por las dos dinastías extranjeras que la encarnaron, la de los Austrias y la de los Borbones, que desde fuera se impusieron a España, poniendo en ella, sobreponiendo a sus pueblos o naciones, su imposición misma, su impostura. Naciones y pueblos puestos al servicio de un Estado supuesto y de su supuesta razón. De los monárquicos de esa superpuesta adecuación o idoneidad, o hasta se dijo que consubstancialidad, de la forma de Estado monárquico en España, decía, escribía, el filósofo Ortega y Gasset que eran *defensores de un régimen extranjero que durante dos siglos y medio (dinastías austríaca y borbónica) maltrajo a España*

(la trajo a mal traer) *en desmedro, decadencia y envilecimiento lamentables y constantes*. ¿Fueron estas monarquías estatales las más adecuadas o idóneas a los pueblos y naciones de España?

Desde ese punto de vista histórico se ha dicho con verdad y con razón que cuando España era *nacional* (nacimiento de pueblos vivos) no lo era *estatal* o monárquica cesarista (*un monarca, un imperio y una espada*). No tenía un solo rey absoluto, sino muchos y relativos; y más o menos imperantes, caudillescos y caciquiles.

Al alborear del *reino sin rey* del caudillo Franco, finalizando el año 1936, escribía Unamuno, al poniente de su vida, con intuición profética profunda, con su histórica o intrahistórica visión dolorida de España, que Franco era un caudillo que no acaudillaba. Como en 1924, había dicho, tan certeramente, que el dictador Primo de Rivera era un dictador que no dictaba; que era un dictador al dictado. Dejemos ahora esto de dictadores, caudillos, caciques, o emperadores, césares, monarcas, reyes, o virreyes y privados o favoritos o, en suma, monárquicos gobernantes; y para no tropezar con las palabras ni apoyarnos demasiado en ellas, preguntémosnos hoy, ahora, qué se dice o se quiere decir (o se dice tal vez sin querer) con esto de *monarquía como forma de Estado*; y nada menos que la más adecuada o idónea a España; y hoy por hoy, si no por ayer y acaso tampoco por mañana. (*Hoy no es mañana, Lucía...: y pase lo que pase hoy, mañana será otro día*. Y mi duendecito burlón:

*“Otro día que será
otro será todavía”.*

No nos engañemos, o dejemos equivocarnos, por un plebiscito tramposo; *la monarquía como forma de Estado* que se autodice la más adecuada al Gobierno de los españoles, no es una promesa de futuro, es una recientísima experiencia del pasado, que se trata de continuar prometiéndonos reformarla. Monarquía realísima lo ha sido durante cuarenta años, repetimos, el “reino sin rey” del caudillo Franco. Y aunque no creamos que la más adecuada, sí lo fue la más eficaz, por absoluta y hasta sagrada o sacrosanta; porque de derecho divino; proclamada, por la gracia de Dios y debidamente

consagrada como tal por la Iglesia católica en España. En el cuño de su moneda se afirmaba este cesarismo que toda moneda lleva consigo desde la palabra evangélica del Cristo. Y, naturalmente, por sobrenaturalmente, de ese modo, sostenida por el poder angélico y arcangélico de las legiones celestes, de las benditas o bendecidas armas; sustentada por lo que uno de sus ministros más amables: el vehemente y alucinado Fraga, llamó y sigue llamando *monopolio estatal de la violencia*. De un Estado aterrorizado y aterrozante.

Pero, ¿cómo se reforma un Estado que ha perdido su forma al perder la vida el monarca que la encarnaba o esqueletizaba personalmente de modo absoluto y total; más aún, divinamente consagrado? ¿Y alcanzaba realmente, realísimamente, su poder para ungi con su mano mágica (la suya no la otra, talismánica reliquia de una santa), a su elegido para heredarle; ungiéndolo de legitimidad por esa santísima voluntad suya propia?

De logomáquico podría calificarse un presunto Estado, sólo a medias monárquico formalizante, y embotellado como un vino que, también *a medias*, ocupa su botella, en cuyo continente se lee aún la etiqueta gastada de *Francisco Franco: (reserva) 1936*. Y del que aún podemos suponer, sin riesgo de engañarnos, que lo es, lo sigue y seguirá siendo, a *gusto americano*. Especialmente prefabricado para Estados Unidos de América.

De los Estados Unidos decía Malraux que han sido quizá el único imperio, sin voluntad estatal de serlo; y sin pensarlo, como si lo fuera por casualidad. (*Aquello fue por causalidad*, escribió Cánovas del imperio español de los Austrias). Y los norteamericanos y sus simpatizantes afirman que lo que su país ha impuesto al mundo no es más que *un estilo de vida*. Nosotros añadiríamos que también, y sobre todo, de muerte: de trágico-grotesca muerte.

Pero los Estados Unidos lo son, en efecto, unidos y no unificados: y Estados, no pueblos y naciones. Como las llamadas repúblicas socialistas de la Unión Soviética. ¿Será ésta de Estados Unidos la presunta forma estatal de Europa y, ni qué decir tiene, la de España? Los Estados Unidos de España, ¿lo serán de una monarquía presidencialista y socializante, como si de una sociedad anónima se tratase, y con forma de consejo de administración, con un mo-

marca presidenciable, vitalicio e inamovible, de irresponsabilidad ilimitada? Porque ya parece que alborea en su negro horizonte tempestuoso el amanecer leviatánico de esos Estados (no pueblos ni naciones) como las miles de cabezas espantables de un dragón fabuloso; la tarasca devoradora que envió Júpiter a las ranas que, desde su charca, le pedían rey con fervoroso renacuajismo. “Arde la charca —clama el profeta bíblico— por el hervidero de sus ranas”.

Pero no profeticemos, ni *a medias*, esa España tan fabulosamente teatral, sí zarzuelera, de terrores y de pelucas; de “disfraces y de tutelas”, que diría Ortega y Gasset. No desentrañemos de su ardiente sangre victimaria augurios sibilinos. Seamos optimistas; y ahora, al entrar en este año de 1977, repitamos desesperadamente con el gran Darío, el cantor de la vida y de la esperanza:

Se anuncia un mundo nuevo. Feliz Sibila sueña.

(*Sábado Gráfico*, n^o 1024, 15 enero 1977, pág. 21)



ESPAÑA, MAÑANA...



Siempre mañana y nunca mañanamos. Lope de Vega

Mañana será otro día. Zorrilla

*Las cosas que están pasando
no se nos van a quedar
en lo que se están quedando
quedándose sin pasar.*

*Porque nos están contando
cuentos de nunca acabar.*

*O de acabar de tal modo
que será acabar con todo.*

De esta octava real (realísima o no) voy a intentar una breve glosa orientadora para el lector sobre lo que dice y no dice, sobre lo que pudiera dar a entender. No es paradoja; o lo es, significativa, el que las cosas que más pasan sean las que más se quieran quedar y no pasar de ningún modo. Y esto es lo que creemos ver nosotros ahora en las cosas que están pasando en España; en una España de la que se dijo que *nunca pasa nada* y en la que tampoco nada *se queda*: una fantasmal España histórica, a la que Unamuno, por

eso, llamó intrahistórica; una invisible, inexistente, irreal, España de ayer, de hoy y de mañana (a la que también se le ha llamado eterna por eso mismo). Una fabulosa España viva, al mismo tiempo invertebrada (como la pensó Ortega) y esquelética; una España a la que se le ríen sus huesos faltasmales de tanto entrañarse y desentrañarse de sí misma, extrañándose siempre de ello, como la pensó Larra: la pensó y la vivió y la agonizó y, en definitiva, la murió, o murió de ella (y no sólo de la otra ella) quitándosela de la cabeza (y del corazón) con un pistoletazo; “una cierta idea de España”, tan incierta como la vida y tan cierta como la muerte, según se nos aparece en su lectura como en la lectura de Cervantes, y de tantos otros poetas españoles, primitivos, clásicos y románticos.

¿Y será que esta España histórica para ser inmortal e imperecedera tiene que dejar de serlo (histórica) para hacerse exclusivamente poética? ¿Habrá dos Españas en el tiempo como se dijo que las hay en el espacio? Su espacio o espacios temporales: *misteriosos espacios que separan la vigilia del sueño*, que dijo Bécquer. ¿Acaso la poesía es tiempo vivido y la historia tiempo desvivido? También el poeta romántico sevillano nos dijo que *hoy es como ayer y mañana como hoy, y que siempre es igual*; que siempre es así: es y no fue ni será. Unamuno, comentando a Jorge Manrique, nos dice que *cualquier tiempo pasado es y no fue mejor; pues si fue no es, ni puede dejar de serlo, mejor ni peor*. De este modo podríamos decir que cualquier tiempo venidero no será mejor ni peor, puesto que no lo es nunca. ¿España *ayer y antes de ayer* fue lo que fue como *mañana y pasado mañana* será lo que sea, porque lo que *fue*, como lo que *será*, no es, o es sólo recuerdo y esperanza? Decir: España fue o será mejor o peor equivale a decir que así lo creemos o queremos y esperamos; pero no hay ninguna razón ni motivo que nos lo pueda asegurar. ¿Diremos entonces que del *fue* al *será* no hay más que un paso, bueno o malo, que es el que siempre estamos dando: el único es que nos es dado para serlo de veras, para poderlo dar?

Entre las innumerables cosas que decimos que están pasando y que son las mismas que decíamos que no pasaban, que se quedaban sin pasar, está (y en el peor estado posible) la cosa de las cosas, por así decirlo (la cosa pública), que es la causa de todas ellas

y de su confusión y trastorno; y que es, y no sólo lo parece, la del desgobierno integral, total y totalizador, de España, que venimos padeciendo los españoles por la fuerza desde cuarenta años para acá. Desgobierno sin interrupción ninguna, y al que para que no se interrumpiera, para que se continuase y se mantuviese intacto, sin romperse, se hizo, o simuló un *traspaso* forzoso, hará pronto dos años, a la muerte de su inamovible mantenedor: el, según Unamuno, mal llamado caudillo "que no acaudilló nada". Traspaso mortal, en efecto, y en cuyos primeros pasos (malísimos pasos por mortales) se nos dice que todavía andamos. Si es que andamos y se puede llamar andar a un tropezar con todo; a los continuos tropiezos y caídas que el sedicente, legítimo y legitimante desgobierno de la *continuidad* cadavérica franquista, viene dando, para parecer que se mueve, por la agitación devoradora de sus gusanos: los que comenzaron su obra (que diría el poeta) todavía en vida y agonía de su mortal causante; como se cuenta del César Carlos V y de su hijo Felipe II. La "democracia podrida" o podredumbre democratizante de los devoradores gusanos. El real pudridero de la monarquía.

Entre tantas cosas que decimos que están pasando para un quedarse sin pasar (como el de la muerte en el vacío totalizador de la tumba), una vez que los consecuentes gusanos hayan devorado los restos mortales del difunto, royendo hasta sus huesos, y se hayan devorado a sí mismos, ¿qué nos quedará? ¿Nos quedará esa España eterna que decíamos poética, irreal, inexistente, porque, no *fue*, ni *será*, ni es ya siquiera nada de lo que parecía?

Cuando nos dice Quevedo en su inmortal soneto sobre su España mortal (y mortecina, agonizante como la llama en su último destello luminoso sobre sus cenizas) que no halla cosa en que poner los ojos que no sea recuerdo de la muerte, esas cosas lo son por su recuerdo y su desesperanza. El *hoy como ayer y el mañana como hoy*, de Bécquer, siempre iguales, los mismos siempre, lo son por un *ahora* que se repite como el *mecánico latido estúpido del corazón*. Y cuando Lope nos habla de un *mañana que nunca mañanamos* (antes nos había dicho que toda la vida es un *ahora*) se refiere a un imposible porvenir, a un futuro que nunca llega: a una cosa que no es porque no lo fue ni puede llegar a serlo; como el

otro día, que tampoco será nunca *mañana*, del Don Juan Tenorio romántico de Zorrilla: el tenoriesco *mañana será otro día*, que nos repite el *itan largo me lo fiáis!*, del otro (teológico) Don Juan. El *mañana que nunca mañanamos* y el *mañana que será otro día* son una mismica cosa que “pasa por no pasar y se queda porque no se queda”, como nos dijo Calderón. Lo que mi duendecillo familiar me había comentado, hace mucho tiempo, diciendo:

*Mañana será otro día:
otro día que será
otro será todavía.*

Ahora mi duendecito burlón vuelve a murmurarme al oído, recogiendo en los ecos de la voz popular el estribillo aleluyero que tanto hemos venido escuchando en estos pasajeros días agónicos de una mortal España (pero tal vez voviendo interrogante su afirmación):

*¿España, mañana,
será republicana?*

¿Mañana? ¿Y por qué no hoy? Claro es que hoy (por hoy, y por ayer y por mañana) con la más evidente y trasparente, actual y actuante ilegalidad, (Piensa, lector, ahora, en el heroico ejemplo español del pueblo vasco).

(*Sábado Gráfico*, nº 1060, 24 septiembre 1977, pág. 15)

HABLILLAS PARABOLICAS



El barbero González y el bachiller Guerra, más conocidos por la *pareja siamesa* (los dos creo que sevillanos y también creo que ni barbero el uno ni tal vez el otro bachiller) “son tan buenos, tan buenos, que no pueden ser peor”, como diría Larra. Y son los del *cambiazó*. Porque a *cambio* de no tener que *cambiar* nada, han *cambiado* la música y la letra de la Internacional socialista por el *Alemania, Alemania sobre todo*. O sea, que han *cambiado* la camisa vieja por la nueva; y el marchoso paso doble y redoblado del “banderita tú eres gualda...” por el “cara al sol...”: los dos zarzueleros. Y vuelven a gritar “¡Arriba España!”, con su *incuestionable* unidad monárquica y socialista uniformada y guardiacivilizadora y aterradora; con su Estado central estabilizador. Estado de guerra (sucia, chapucera, criminal...). Y Patriotera: paradójicamente enmascaradora y desenmascaradora de sí misma y de quienes tan cobardemente la provocan y ejercen (de ejército) como ejercicio “militar y violento” (el poeta dijo) de una *fuerza* brutal y ciega. Y sobre todo tan estúpidamente policíaca y española o españolista;

tan equívoca, equivocada y equivocante. (Léase borbónica, borboneada y borboneante).

No en vano el símbolo gráfico expresivo de su sigla: PSOE (G-G y no me río) no es un andaluz, si también zarzuelero, *puñao* de rosas vivas (y que Arniches desde su inmortalidad se lo perdone), sino una rosa abstracta, artificial, papelera, *puñeteada* o *empuñeteada* simbólicamente (“*metida en un puño*” como en un florero; que no en el cañón de un fusil). Una monarcosocialista *puñetería*.

Los tontos son tontos porque creen que los que no son tan tontos como ellos son locos.

Leizaola lo creía de Monzón.

Este pícaro socialista Guerra lo dice, como si lo creyera, de Arzalluz.

¡Ay! que bueno es ser tan malo

cuando los buenos lo son
tan guardiacivilizados!

Aterrorizar –nos dice en su *Tesoro* el maestro Covarrubias es *dar con un hombre en tierra*; derribarlo al suelo. Para aterrarlo (de tierra) o aterrizarlo, que es enterrarlo en vida.

Creemos que a un pueblo no se le puede aterrorizar así.

* CONTESTACION A PASCAL

En la marca y comarca pirináica
ya la verdad se llama Euskalherria
y la mentira España y Francia

Al rey de la selva no se le mata porque es un león o un tigre o un elefante... o aunque fuera un gato o un ratoncillo, sino porque es el rey de la selva.

Es lo que pensaba Saint´ Just. Por eso fue él, como Robespierre, quien murió mártir de verdad. De por la verdad: por dar su testimonio verdadero.

Recordábamos estos días que cuando Luis XVI dio los tres pasos atrás borbónicos (protocolarios o litúrgicos) dándose por enterado de su sentencia de muerte que el mensajero le traía, despachaba a éste sin más. Y el mensajero no dio ninguno sino que dio media vuelta, volviéndole la espalda al Rey.

Luis XVI quiso al fin ser Rey creyéndose que estaba en su palacio versallesco. El mensajero sabía dónde estaban ya los dos.

Los dos eran actores de sus públicos.

Stalin fue padrecito Zar de los rusos como Napoleón Emperador de los franceses.

No fue sólo la superstición sacerdotal y leguleya de los judíos la que cometió el crimen deicida del Gólgota; lo fue mucho más la de los romanos cesaristas.

El pretoriano Pilatos fue el que *literalmente* mató al Cristo (al Cristo Jesús). Y no dijo *lo que he dicho he dicho* (ECCE HOMO), sino *lo que he escrito he escrito* (INRI). Y después de lavarse y secarse las manos, “tiró la toalla”, por si acaso.

Fueron fuerzas armadas soldadescas las que torturaron y asesinaron a Cristo en la cruz. Fueron los guardias civiles de Roma. Sus mercenarios y policíacos centuriones (Aunque fuesen, cosa posible, tarraconenses). Esto último es lo que supone Giménez Caballero.

No hay que olvidar que en la triple agonía humana del Gólgota Cristo sustituía a Barrabás, representándole, y era el condenado peor: el peor de los tres crucificados.

¿Cuándo el hombre es más verdaderamente cristiano, cuando se cree clavado y muerto en la cruz vacía que le dio el Cristo o cuando se cree un fantasma ilusorio que espera la resurrección?

“Verdad a un lado
de los Pirineos, mentira
al otro, pensaba Pascal”

(Egin, San Sebastián, 8 mayo 1983, pág. 23)

GUERNICA



Una furtiva lágrima). Hace tres o cuatro años, cuando en un diálogo con Malraux ante las cámaras de la televisión francesa, recordando el "GUERNICA" de Picasso, recordábamos aquella mañana en la que el pintor quiso colorear su recién acabado lienzo, yo evoqué, una vez más, la furtiva lágrima de sangre (en papel recortado) que Picasso puso en mis manos para que la colocase todos los viernes en el ojo de una de sus figuras principales (la mujer, el caballo, el toro...) durante el tiempo que el "GUERNICA" se exhibiese en el pabellón de España (de la República Española) en París, para el cual se había pintado expresamente (con expresa intención política —y por ello histórica— que, a nuestro parecer, no ha prescrito aún). Recordando aquel episodio (que hace unos días ha recordado por la televisión española mi amigo el pintor Pepe Caballero), me preguntaba Malraux por el paradero de aquella lágrima sangrienta (de papel, repito, lágrima simbólica, recortada por la mano del pintor mismo), y al decirle yo que la había perdido, se lamentaba de ello, no sin esperar que algún día se encontrase, o se

encontrasen muchas que rivalizarían los marchantes en cotizar a precios altísimos, como gran negocio. Pero el valor simbólico de aquella lágrima furtiva —le dije, y no sólo para consolarle— creo que no se ha perdido ni tal vez se perderá en mucho tiempo o nunca. Lágrima de sangre, invisible para todos, pero no para mí, en el lienzo magnífico de Picasso.

Recordaré de nuevo el episodio a que me refiero; lo referiré ahora, todavía otra vez más, ya que de todos sus actores soy el único superviviente. Repetiré exactamente mi texto, escrito por vez primera en México en 1943. Y decía así:

“Gracias a Dora Maar y a Zervos nos ha quedado testimonio fotográfico de la evolución de este lienzo magnífico (publicados entonces por Zervos en sus *Cahiers d'Art*). ¡Qué estupendo ejemplo de veracidad, de maestría! Cuando, paso a paso, lo íbamos contemplando —viéndolo nacer, aparecer en su creación viva— (Yvonne y Christian Zervos, Dora, Malraux y yo asistíamos a ese espectáculo), veíamos al mismo tiempo, por él, cómo el pintor luchaba consigo para alcanzar esta última desnudez de su pintura creadora: de su poesía. Muy poco estorbarían nuestros consejos, si los hubo, a la que a Picasso mismo le atemorizaba la verdad cruel que sus manos iban descubriendo. Y trataba de taparla a los ojos, de vestirla —¿trágicamente?— con recortes de papel coloreados... —¿Que tal?— nos preguntaba. Y nosotros los rechazábamos silenciosamente. Los blancos, los grises y los negros, purísimos, del “GUERNICA”, respondían por nosotros en ese silencio. Poco a poco, de aquel intento no quedaba más que un trocito de papel recortado: una roja lágrima de sangre. Picasso la ponía en los ojos, aquí o allá, de las diferentes figuras. Insistía en mantenerla ante nosotros, obstinándose en ello con una especie de infantil regocijo. Esa furtiva lágrima de sangre, ¿fue la última por sus arlequines perdidos, incluso por su escapatoria arlequinesca del cubismo? Aquella lágrima musarañera se perdió para siempre. Y el “GUERNICA” —negro, gris y blanco— queda para siempre también como testimonio inmortal de su arte. El pintor ha puesto en él su verdad poética más pura, más cruelmente desnuda, descarnada, desenmascarada de las fogosas apariencias de sus otros lienzos. Y esta terrible desnudez verdadera nos hiere con la interrogación dramática de su propia angustia”.

Esta angustiosa interrogación dramática, hoy más viva que nunca para nosotros, no es solamente la de la inmortalidad aparente de la *obra-de-arte* por su paradójica intemporalidad misma, sino la de la no menos paradójica afirmación que todavía nos hace, en este caso, el inmortal lienzo de Picasso, al no haberse desarraigado aún de la savia viva que lo sustenta; de su propia sangre acusadora, invisiblemente inseparable de su testimonio temporal y vivo. Trágica afirmación, acusador testimonio actual, y actuante, del que su admirable ejecución pictórica no se libera o independiza todavía; ni a nuestro juicio, podrá independizarse nunca sin dejar de serlo; sin destruirse a sí misma. Porque la pasión humana de la verdad que nos expresa tiembla (como dijo Bécquer de toda pintura) inseparable de la mano, de los dedos que la pulsan: que pulsan la sangre del corazón de esa mano, creadora por el artificio pictórico, por su ilusión viva, de la imagen agónica que lo ha realizado, verificado, para siempre.

A esta angustiosa, terrorífica agonía permanente que nos expresa el "GUERNICA", que decimos trágica, ni siquiera pudo añadirse la mínima piedad por una sola gota de sangre, una simbólica lágrima de sangre que apenas fue furtiva: su horror, su terror, lo sigue siendo vivo. El "GUERNICA" de Picasso no es pintura muerta destinada a las panteónicas galerías de cualquier museo real o imaginario. El lienzo inmortal de Picasso no puede o no debe volver a su España originaria así como así y a cualquier hora. Y muchísimo menos enmascarado estéticamente de inocencia artística, de inofensividad abstracta o de piadosa mentira pacificadora. No. Porque lo que dice —dijo y seguirá diciendo mientras siga siendo visible— no es eso. Es todo lo contrario de eso. Y es también cierto para nosotros que su desnudez, su descarnado "esqueleto vivo" (que diría Calderón) no puede vestirse como un muñeco, disfrazarse con papeles coloreados (si burocráticos) con la mentirosa, engañosa trampa politiquera de su momificación pintarrajeada como la de un cadáver ilustre (como se hizo con Falla y Juan Ramón Jiménez) para sepultarlo en horroroso, aterrador silencio; pese al todavía más aterrador ruido que se hiciera para callarlo.

Si el "GUERNICA" de Picasso pertenece al pueblo español, ¿qué voz española tiene hoy su autorización representativa autén-

tica para reclamarlo? La única que pudiera tenerla, la del pueblo vasco, sigue imposibilitada de hacerlo; porque sigue estando ahogada en su sangre y perseguida por el terror que el "GUERNICA" expresa y denuncia: el del franquismo. Ya es significativo que se pida la vuelta a España ahora del lienzo de Picasso por las mismas voces que piden la de los restos mortales de Antonio Machado y de Azaña. Si esta importación de cadáveres gloriosos ya es sospechosa de maniobra politiquera, y falsificadora hasta la muerte, ¿qué pensamientos de traer la pintura viva de Picasso como cómplice y encubridora de la siniestra continuidad legal (!) que representan sus peticionarios? Por muy grande que sea la trampa —y lo es enorme, sin medida—, el lienzo de Picasso no cabe en ella; y habría que romperlo en pedazos para lograrlo; para anonadarlo o aniquilarlo en lo que es y en lo que representa; que de eso se trata. Pero su *maravillosa violencia* creemos que se basta a sí misma para impedirlo.

(Sábado Gráfico, 10 diciembre 1977)



TEXTOS COMPLEMENTARIOS

1. **"¡Hay que alambicar!", Luz, Madrid, 22 junio 1933, pág. 3.**
2. **"La libertad del miedo", Luz, 3 agosto 1933, pág. 3.**
3. **"Llamémosle hache", Cruz y Raya, Madrid, núm. 8, noviembre 1933, págs. 141-145.**
4. **"Adelante con los faroles o los aficionados al fascismo", Luz, 31 octubre 1933, pág. 3.**
5. **"La República traicionada o El Escorial, los gusanos y el real pudridero de España", Luz, 17 abril 1934, pág. 3.**
6. **"El 'tris' de todo y ¿qué es España?", Cruz y Raya, núm. 19, octubre 1934, págs. 109-119.**
7. **"No hay guerra justa", Estudios, Valencia, núm. 156, septiembre 1936, pág.38.**
8. **"Los católicos ante la subversión", Milicia Popular, Madrid, núm. 60, 3 octubre 1936, pág.4.**
9. **"La triple impostura del fascismo", El Mono Azul, núm. 7, 8 octubre 1936, pág.2.**
10. **"La verdad a gritos", Bandera Roja, Alicante, 27 enero 1937, pág. 2.**
11. **"'Hasta la muerte', carta abierta a Victoria Ocampo", El Mono Azul, núm. 16, 1 mayo 1937, pág.3.**
12. **"La agonía del renacuajismo", La Vanguardia, Barcelona, 22 agosto 1938, pág. 3.**

13. "Españoles infra-rojos y ultravioletas", *España Peregrina*, México, núm. 1, febrero 1940, págs. 13-14.
14. "Las cenizas de una voz", *Romance*, México, núm. 4, 15 marzo 1940, págs. 1-2.
15. "Versalles 1940 (Veinte años después)", *España peregrina*, núm. 5, 15 junio 1940, págs. 195-196.
16. "Restauraciones", *El Nacional*, Caracas, 9 junio 1960.
17. "Monarquía, ¿para qué?", *El Nacional*, 3 agosto 1960.
18. "Banderas y banderías", *El Nacional*, 22 septiembre 1960.
19. "El ninguneo de la verdad", *El Nacional*, 7 noviembre 1960.
20. "Lo que pide el tiempo", *El Nacional*, 29 marzo 1961.
21. "El miedo y la cobardía", *El Nacional*, 16 abril 1961.
22. "Accidentalismos", *El Nacional*, 19 mayo 1961.
23. "Fabio y las esperanzas cortesanas", *El Nacional*, 6 agosto 1962.
24. "El destierro espiritual", *Sábado Gráfico*, Madrid, 26 abril 1975, pág. 25.
25. "La desespañolización de España", *Sábado Gráfico*, 10 mayo 1975, pág. 25.
26. "Viendo pasar la historia", *Sábado Gráfico*, 3 diciembre 1975, pág. 29.
27. "El franquismo sin Franco", *Sábado Gráfico*, 3 marzo 1976, pág. 21.
28. "La página blanca", *Sábado Gráfico*, 16 junio 1976, pág. 7.
29. "Las pegaduras", *Sábado Gráfico*, 7 julio 1976, pág. 23.
30. "Lo que no tiene atadero", *Sábado Gráfico*, 9 octubre 1976, pág. 15.
31. "Franco, Franco, Franco", *Sábado Gráfico*, 13 noviembre 1976, pág. 27.
32. "Un comunismo surrealista", *Sábado Gráfico*, 30 abril 1977, pág. 15.

33. "Banderas de humo", **Sábado Gráfico**, 14 mayo 1977, pág. 15.
34. "Fantoches siniestros", **Sábado Gráfico**, 6 agosto 1977, pág. 21.
35. "La baraúnda", **Sábado Gráfico**, 8 octubre 1977, pág. 19.
36. "Lo que sea, sonará", **Sábado Gráfico**, 22 octubre 1977, pág. 14.
37. "Los crustáceos asociados", **Sábado Gráfico**, 29 octubre 1977, pág. 14.
38. "Reinar y gobernar", **Sábado Gráfico**, 29 abril 1978, pág. 11.
39. "Las ínfulas del terror (Reflexiones sobre el terrorismo)", **Punto y Hora**, San Sebastián, núm. 210, 22-29 enero 1981.
40. "La alegre fusilería", **Punto y Hora**, 1-8 enero 1983, pág. 37.
41. "He aquí el tinglado... zarzueleros", **Egin**, San Sebastián, 22 enero 1983, pág. 29.
42. "Papirotazos", **Punto y Hora**, 15-22 abril 1983, pág. 23.
43. "La España tenebrosa", **Egin**, 29 julio 1983, pág. 17.
- I. Defensa de la República
- Los enemigos de la República y el voto más cantoral 33
- La del catorce de abril 37
- Tercera República 43
- II. La guerra civil
- Paz con paz, guerra con guerra 47
- Los que practicamos la palabra 53
- La verdad del barquero 57
- La flor de la maravilla 63
- Europa y el caracol 71
- III. El exilio
- Nosotros españoles 75
- La prueba de los amigos 81
- El ateísmo español de Buñuel 87
- De una España peregrina 92
- Volver 96
- Los traficantes de la Hispanidad 98
- IV. Contra el franquismo y la restauración monárquica
- Tres veces no 101
- Ante la muerte de un galápago 103

33. "Banderas de humo", Sábado Gráfico, Madrid, número 1, febrero 1940, págs. 13-14.
34. "Fantoches sinistros", Sábado Gráfico, 6 agosto 1977, pág. 21.
35. "Las cenizas de una voz", Romance, México, núm. 4, marzo 1940, págs. 1-2.
36. "La barúnda", Sábado Gráfico, 8 octubre 1977, pág. 19.
37. "Los craxtecos asociados", Sábado Gráfico, 29 octubre 1977, pág. 14.
38. "Restauraciones", El Nacional, Caracas, 9 junio 1960.
39. "Reinar y gobernar", Sábado Gráfico, 29 abril 1978, pág. 11.
40. "Monarquía, ¿qué más?", El Nacional, 8 agosto 1961.
41. "Las tinajas del terror (Reflexiones sobre el terrorismo)", Punto y Hora, San Sebastián, núm. 21, 12 febrero 1981.
42. "Banderas y banderías", Sábado Gráfico, 19 octubre 1977, pág. 19.
43. "La estética literaria", Punto y Hora, 1-8 octubre 1988, págs. 1-13.
44. "He aquí el tinglado...", El Nacional, 23 marzo 1961, pág. 29.
45. "El miedo y la cobardía", El Nacional, 16 abril 1961.
46. "Piquetazos", Punto y Hora, 15-22 abril 1983, pág. 23.
47. "Accidentalismo", El Nacional, 19 mayo 1961.
48. "La España tenebrosa", Egin, 29 julio 1983, pág. 17.
49. "Fábic y las esperanzas cortas", El Nacional, 6 agosto 1961.
50. "El destierro espiritual", Sábado Gráfico, Madrid, 26 abril 1975, pág. 25.
51. "La desespañolización de España", Sábado Gráfico, 10 mayo 1975, pág. 25.
52. "Viendo pasar la historia", Sábado Gráfico, 8 diciembre 1975, pág. 29.
53. "El franquismo sin Franco", Sábado Gráfico, 3 marzo 1976, pág. 21.
54. "La página blanca", Sábado Gráfico, 16 junio 1976, pág. 7.
55. "Las pegaduras", Sábado Gráfico, 7 julio 1976, pág. 23.
56. "Lo que no tiene atadero", Sábado Gráfico, 9 octubre 1976, pág. 15.
57. "Franco, Franco, Franco", Sábado Gráfico, 13 noviembre 1976, pág. 27.
58. "Un comunismo surrealista", Sábado Gráfico, 30 abril 1977, pág. 15.

INDICE

109	Parábola parabólica
114	Dos sonetos fúnebres
116	La confesión reinante
120	"Muerte perezosa y larga"

INDICE DE ILUSTRACIONES

122	Los presos privilegiados
131	Los Estados Unidos de España
136	España, mañana
140	Habillas parabólicas

<i>Nota preliminar</i>	7
<i>José Bergamín</i>	9
<i>Introducción</i>	13

POLITICA

Las manos vacías	19
Dictaduras a la vista	24
Sin orden ni concierto	28

I. Defensa de la República

Los enemigos de la República y ¡otro gallo nos cantara!	33
La del catorce de abril	37
Tercera República	43

II. La guerra civil

Paz con paz, guerra con guerra	47
Los que practicamos la palabra	53
La verdad del barquero	57
La flor de la maravilla	63
Europa y el caracol	71

III. El exilio

Nosotros españoles	75
La prueba de los amigos	81
El anteísmo español de Buñuel	87
De una España peregrina	92
Volver	96
Los traficantes de la Hispanidad	98

IV. Contra el franquismo y la restauración monárquica

Tres veces no	101
Ante la muerte de un galápago	105

Parábola parabolera	109
Dos sonetos fúnebres	114
La confusión reinante	116
“Muerte perezosa y larga”	120

V. Análisis de la transición política española

Los presos privilegiados	125
Los Estados Unidos de España	131
España, mañana	136
Hablillas paraboleras	140
Guernica	143
Textos complementarios	147

POLÍTICA

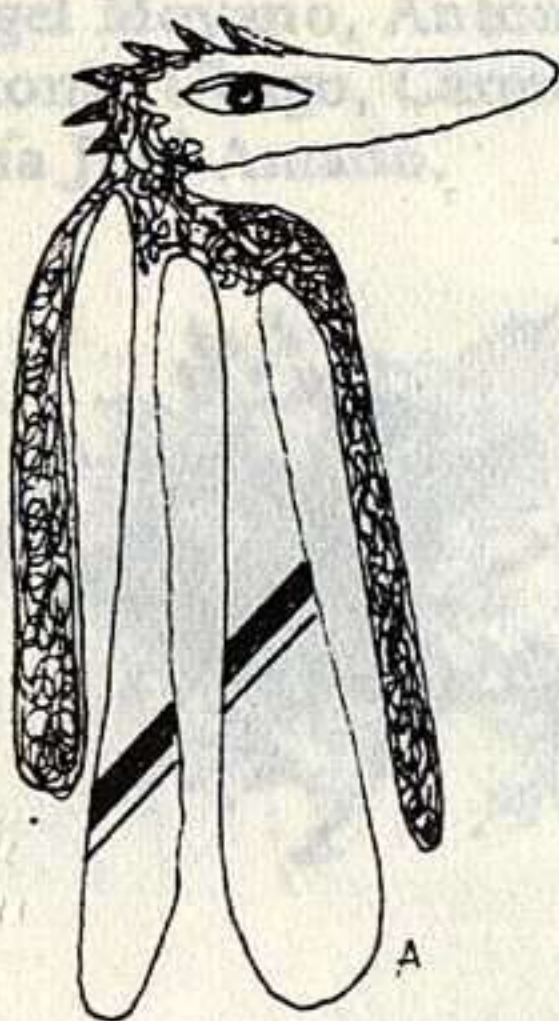
Las manos vacías	19
Dictaduras a la vista	24
Sin orden ni concierto	28
I. Defensa de la República	
Los enemigos de la República y otro gallo nos cantará	33
La del catorce de abril	37
Tercera República	43
II. La guerra civil	
Paz con paz, guerra con guerra	47
Los que practicamos la palabra	53
La verdad del paradero	57
La flor de la maravilla	63
Europa y el caracol	71
III. El exilio	
Nosotros españoles	75
La prueba de los amigos	81
El antaño español de Búnuel	87
De una España peregrina	92
Volver	96
Los traficantes de la Hispanidad	98
IV. Contra el franquismo y la restauración franquista	
Tres veces no	101
Ante la muerte de un galápago	105

INDICE DE ILUSTRACIONES

- José María Prieto: Dibujo de José Bergamín, pág. 5
Enrique Brinkmann: Dibujo "Homenaje a José Bergamín", pág. 11
Ana Bergamín: Fotografía de José Bergamín, pág. 17
Archivo Azaña-Rivas Cherif: Fotografía de Manuel Azaña, pág. 32
Dibujo de Darío Carmona, pág. 42
Archivo Eugenio Suárez: Fotografía "Homenaje a Unamuno", pág. 51
Dibujo de Antonio Jiménez, pág. 56
Dibujo de Fernando Hernández Rojo, pág. 62
Oleo de J. del Valle-Inclán, pág. 69
Dibujo de Francisco Aguilar, pág. 74
Fotografía de Luis Buñuel, pág. 85
Fotograma fusilamiento, pág. 86
Dibujo de Rodolfo Alvarez Santaló, pág. 91
Fotografía de Miguel Hernández, pág. 124
Dibujo de Rafael Pérez Estrada, pág. 130

VIÑETAS:

Antonio Abad



Parábola parabolera	109
Dos sonetos fúnebres	114
La confusión reinante	116
"Muerte perezosa y larga"	120

INDICE DE ILUSTRACIONES

V. Análisis de la transición política española	
Los presos privilegiados	125
Los Estados Unidos de España	131
España, mañana	136
Hablillas paraboleras	141
Guernica	143
Textos complementarios	147
José María Frías: Dibujo de José Bergamín, pág. 5	
Eduardo Ballester: Dibujo "Homenaje a José Bergamín", pág. 11	
Ana Bergamín: Fotografía de José Bergamín, pág. 17	
Archivo Azusa-Rivas Cereñ: Fotografía de Manuel Azusa, pág. 32	
Dibujo de Darío Carreras, pág. 42	
Archivo Eugenio Suárez: Fotografía "Homenaje a Unamuno", pág. 51	
Dibujo de Antonio Jiménez, pág. 55	
Dibujo de Fernando Hernández Rojo, pág. 62	
Oleo de J. del Valle-Inclán, pág. 69	
Dibujo de Francisco Aguilar, pág. 74	
Fotografía de Luis Buñuel, pág. 85	
Fotografía de aislamiento, pág. 86	
Dibujo de Rodolfo Álvarez Santaló, pág. 91	
Fotografía de Miguel Hernández, pág. 124	
Dibujo de Rafael Pérez Estrada, pág. 130	

VINETAS:

Antonio Abad



NUMEROS PUBLICADOS

PRIMER AÑO LITERARIO (Agotado)

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Desde Andalucía a Rafael Alberti.
4. Dedicado a la Fiesta de los Reyes.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los rusos toman la palabra.
8. Llanto de Granada por el poeta.
9. Aportación a la poesía española.
10. Algunos poetas andaluces.
11. Homenaje a Antonio Machado.

SE terminó de imprimir este número, que consta de 2.500 ejemplares, el XVIII del VIII de MCMLXXXIV, festividad de Santa Elena, en los talleres de Copartgraf en Maracena (Granada), bajo el cuidado de José Lupiáñez.

COMPRENDE nuestra segunda entrega de la *Antología periodística* de José Bergamín, *El pensamiento de un esqueleto*.

ESTA segunda entrega da paso a un tercer tomo, un tercer número de Litoral con el que cerraremos esta recopilación de la obra periodística de José Bergamín, último tributo de esta revista a la personalidad de este poeta, figura trascendental de nuestra Historia literaria.

INTERVINIERON y colaboraron con José María Amado y Lorenzo Saval, Gonzalo Penalva, José Lupiáñez, Antonio Abad, Angel Moyano, Antonio Pérez Collado, Antonio Ubago, Carmen Saval Prados y María José Amado.



CUARTO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 37-38-39-40. *La claridad desierta*, de José Bergamín.
- 41-42. Tres Poemas Andaluces. Suplemento: Chile y la muerte de Neruda.
- 43-44. *Roma, peligro para caminantes*, de Rafael Alberti.
- 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- 47-48. *Eustración y defensa del torro*, de José Bergamín.

QUINTO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 49-50. 50 números de Litoral. Orígenes de la Vanguardia Española.
- 51-52. *En breve*, de Dionisio Ridruejo.
- 53-54-55-56-57-58. PORTUGAL. La revolución de los cisnes.
- 59-60. Los poetas del exilio.

SEXTO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 61-62-63. Poesía en el exilio.
- 64-65-66. Homenaje a Manuel Alzamora.
- 67-68-69. Homenaje a Luis Felipe Vallejo.
- 70-71-72. Homenaje a Rafael Alberti.
- 73-74-75. Homenaje a Miguel Hernández.
- 76-77-78. Homenaje a Vallejo.
- 79-80-81. Poesía americana contemporánea (1ª entrega).
- 82-83-84. Poesía americana contemporánea (2ª entrega).

SEPTIMO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 85-86-87. Homenaje a Emilio Altolaguirre. Calendarios, de Rafael Guillén.
- 88-89-90. Nueva Generación.
- 91-92-93. Señales, de Juan Rejano.
- 94-95-96. Cuatro Suplementos Litoral. 1ª entrega.

OCTOavo AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 97-98-99. Homenaje a José Bergamín. Dos Suplementos. 1ª entrega.
- 100-101-102. Homenaje a José Bergamín. Dos Suplementos. 2ª entrega.
- 103-104-105. Poesía americana contemporánea.

DECIMO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 106-107-108. Homenaje a Rafael Alberti.
- 109-110-111. Homenaje a la revista de Antonio L. Bouza (690 Ptas.).
- 112-113-114. Homenaje a Rafael Alberti (690 Ptas.).
- 115-116-117. Antología de la Joven Poesía Andaluza (690 Ptas.).

UNDÉCIMO AÑO LITERARIO (2.750 Ptas.)

- 118-119-120. Homenaje a María Zambrano. Tomo I (700 Ptas.).
- 121-122-123. Homenaje a María Zambrano. Tomo II (850 Ptas.).
- 124-125-126. Poesía americana contemporánea (730 Ptas.).
- 127-128-129. Homenaje a Rafael Alberti. Dos Suplementos (750 Ptas.).

DODÉCIMO AÑO LITERARIO (3.000 Ptas.)

- 130-131-132. José María Amado. Tomo I.
- 133-134-135. José María Amado. Tomo II.
- 136-137-138. Poesía americana contemporánea.
- 139-140-141. José Bergamín, *Antología periodística*, 1950 (750 Ptas.).
- 142-143-144. José Bergamín, *Antología periodística*, 1951 (750 Ptas.).
- 145-146-147. José Bergamín, *Antología periodística*, 1952 (750 Ptas.).
- 148-149-150. José Bergamín, *Antología periodística*, 1953 (750 Ptas.).

SE terminó de imprimir este número, que consta de 250 ejemplares, el XVIII del VIII de MCMLXXXIV, festividad de Santa Elena, en los talleres de Copartgraf en Maracena (Granada), bajo el cuidado de José Lupiáñez.

COMPRENDE nuestra segunda entrega de la Antología periodística de José Bergamín, El pensamiento de un espaleto.

ESTA segunda entrega da paso a un tercer tomo, un tercer número de la obra con el que cerramos esta recopilación de la obra periodística de José Bergamín, último tributo de esta revista a la personalidad de este poeta, figura trascendental de nuestra historia literaria.

INTERVINIERON y colaboraron con José María Amado y Lorenzo Savañal, Gonzalo Peralta, José Lupiáñez, Antonio Abad, Angel Moyano, Antonio Pérez Colado, Antonio Ubago, Carmen Savañal y dos y María José Amado.



NUMEROS PUBLICADOS

PRIMER AÑO LITERARIO (Agotado)

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Desde Andalucía a Rafael Alberti.
4. Dedicado a la Fiesta de los Toros.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los muros toman la palabra. (Mayo, 68).
- 8-9. Llanto de Granda por F. García Lorca.
10. Aportación a la poesía de la Generación 70.
11. Algunos poetas andaluces del 50.
12. Homenaje a Antonio Machado.

SEGUNDO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 13-14. Homenaje a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.
- 15-16. Nueva Generación.
- 17-18. Homenaje al escultor Alberto Sánchez.
- 19-20. Homenaje a Carlos Edmundo de Ory.
- 21-22. Ronda y un Torero.
- 23-24. A los 90 años de Pablo Picasso.

TERCER AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 25-26. LITORAL 1926 (1ª entrega números 1-2-3).
- 27-28. LITORAL 1926 (2ª entrega números 4-5-6-7).
- 29-30. LITORAL 1926 (3ª entrega números 8-9).
- 31-32. LITORAL MEXICO 1944 (números 1-2).
- 33-34. LITORAL MEXICO 1944 (número 3).
- 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a M. de Falla).

CUARTO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 37-38-39-40. *La claridad desierta*, de José Bergamín.
- 41-42. Tres Poetas Andaluces.
Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda.
- 43-44. *Roma, peligro para caminantes*, de Rafael Alberti.
- 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- 47-48. *Ilustración y defensa del toreo*, de José Bergamín.

QUINTO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 49-50. 50 números de Litoral.
Orígenes de la Vanguardia Española.
- 51-52. *En breve*, de Dionisio Ridruejo.
- 53-54-55-56-57-58. PORTUGAL. La revolución de los claveles.
- 59-60. Los poetas del exilio.

SEXTO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 61-62-63. Poesía en la cárcel.
- 64-65-66. Homenaje a Mao-Tse-Tung.
- 67-68-69. Homenaje a León Felipe.
- 70-71-72. *Cuaderno de Rute*, de Rafael Alberti.

SEPTIMO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 73-74-75. Vida y muerte de Miguel Hernández.
- 76-77-78. Perfil de César Vallejo.
- 79-80-81. A Luis Cernuda.
- 82-83-84. Poesía americana contemporánea (1ª entrega).

OCTAVO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 85-86-87. *Moheda*, de Rafael Guillén.
- 88-89-90. *El hacedor de calendarios*, de Lorenzo Saval.
- 91-92-93. *Señales*, de Juan Rejano.
- 94-95-96. Cuatro Suplementos Litoral. 1ª época.

NOVENO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 97-98-99. Fernando Villalón. Dos Suplementos. 1ª época.
- 100-101-102. Emilio Prados.
- 103-104-105. Vicente Aleixandre.
- 106-107-108. Poesía sueca contemporánea.

DECIMO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 109-110-111. Correspondencia, Alberti-Bergamín (590 Ptas.)
- 112-113-114. *Memoria social de la muerte de un hombre*, de Antonio L. Bouza (690 Ptas.)
- 115-116-117. Pedro Garfias (690 Ptas.)
- 118-119-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza (690 Ptas.)

UNDECIMO AÑO LITERARIO (2.750 Ptas.)

- 121-122-123. María Zambrano. Tomo I (700 Ptas.)
- 124-125-126. María Zambrano. Tomo II (850 Ptas.)
- 127-128-129. Poesía sueca contemporánea (2ª entrega) (750 Ptas.)
- 130-131-132. Cernuda-Alberti. Dos Suplementos. 1ª época (750 Ptas.)

DUODECIMO AÑO LITERARIO (3.000 Ptas.)

- 133-134-135. José María Hinojosa. Tomo I.
- 136-137-138. José María Hinojosa. Tomo II.
- 139-140-141. Poesía árabe-andaluza.
- 142-143-144. José Bergamín, 'Antología periódica, I (850 Ptas.)
- 145-146-147. José Bergamín, 'Antología periódica, II (850 Ptas.)
- 148-149-150. José Bergamín, 'Antología periódica, III (850 Ptas.)

Deseo una suscripción a LITORAL a partir del duodécimo año literario (núm. 133 al 144) por Ptas. 3.000. Extranjero: Europa, 3.500 Ptas.; América, \$ 40 USA (Aprox.).

NUMEROS PUBLICADOS

NOMBRE

CALLE

CIUDAD

Al mismo tiempo sírvanse enviarme los siguientes números atrasados:

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.

Deseo obsequiar a la persona abajo indicada una suscripción a partir del duodécimo año literario a la revista LITORAL (núm. del 133 al 144) por Ptas. 3.000. Extranjero: Europa, 3.500 Ptas.; América, \$ 40 USA (aprox.).

NOMBRE DEL BENEFICIARIO

CALLE

CIUDAD

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.

Deseo una suscripción a LITORAL a partir del duodécimo año literario (núm. 133 al 144) por Ptas. 3.000. Extranjero: Europa, 3.500 Ptas.; América, \$ 40 USA (Aprox.).

NOMBRE
CALLE
CIUDAD

Al mismo tiempo envío en su caso los siguientes números atrasados:

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.

Deseo obsequiar a la persona abajo indicada una suscripción a partir del duodécimo año literario a la revista LITORAL (núm. del 133 al 144) por Ptas. 3.000. Extranjero: Europa, 3.500 Ptas.; América, \$ 40 USA (aprox.).

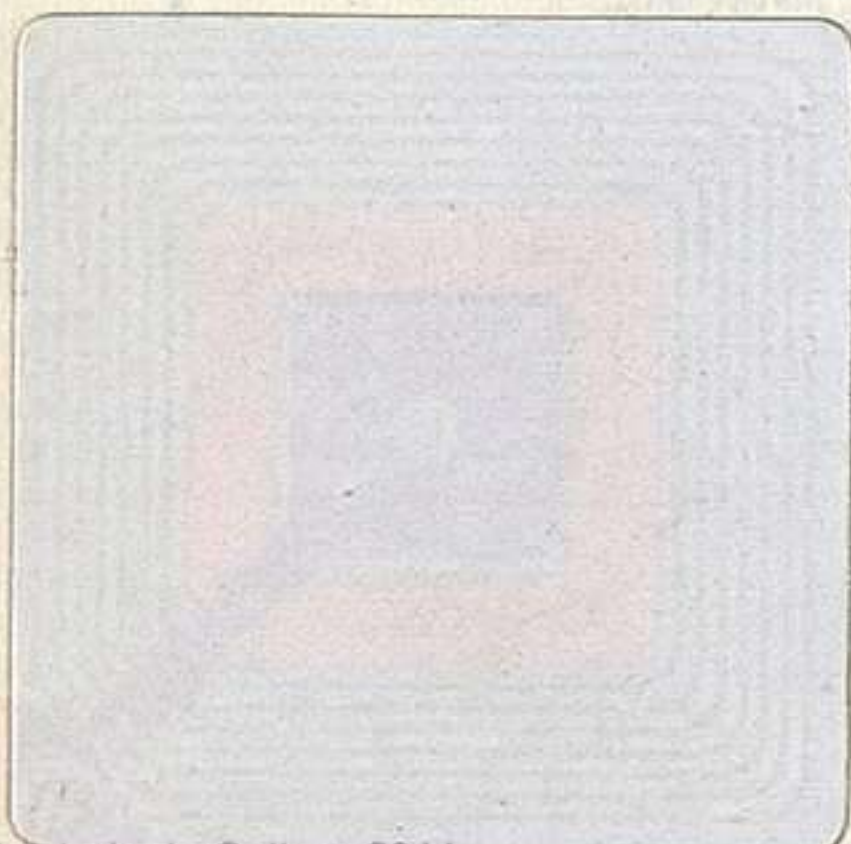
NOMBRE DEL BENEFICIARIO
CALLE
CIUDAD

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).

Por giro postal que envío.

Por talón que adjunto.



*A*bres el libro: tu mano
va pasando una tras otra,
sin leerlas, sin apenas
mirarlas, todas las hojas.

*Cierras el libro: y tu mano
que con el libro abandonas
es como un vuelo de pájaro
que se posara en la sombra.*

LITORAL nació en Málaga en noviembre de 1926. Fundada por dos poetas —Emilio Prados y Manuel Altolaguirre— esta revista agrupó a una generación deslumbradora: la llamada "Generación del 27" o también "Generación de Litoral". En sus páginas Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Bergamín, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Juan Larrea, José Moreno Villa, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, José María Hinojosa, Dámaso Alonso, Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Pedro Garfias... Con ellos, músicos como Manuel de Falla y los pintores: Picasso, Juan Gris, Joan Miró, Manuel Angeles Ortiz, Benjamín Palencia, Joaquín Peinado, Salvador Dalí, Apeles Frenosa, Francisco Borel, Uzelai.

LITORAL, resucitó en la primavera de 1968, junto al mismo Mediterráneo que le vio nacer. El nuevo LITORAL difundió y valorizó la obra de sus creadores, reprodujo sus ya históricos números iniciales y los de la etapa de México —con Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Moreno Villa—, cuando la revista rebrotó en el exilio.

LITORAL ha publicado además —a lo largo de diez años— números monográficos de valor perdurable: a Rafael Alberti, a García Lorca en su "Llanto de Granada por Federico", Poetas Andaluces del 50, homenaje a Antonio Machado, el dedicado a Prados y Altolaguirre, a la Nueva Generación, al escultor Alberto, a Carlos Edmundo de Ory, a Picasso en sus 90 años, a Manuel de Falla, a José Bergamín (incluyendo su libro inédito "La claridad desierta"), al arte del toreo con un número especial en honor de Antonio Ordóñez, titulado "Ronda y un torero" Y otras entregas extraordinarias, entre ellas la publicación, por primera vez en España, del libro de Rafael Alberti "Roma, peligro para caminantes", "En breve" de Dionisio Ridruejo, así como recopilaciones temáticas dedicadas a la poesía española en el exilio y a la poesía escrita desde la cárcel. Sus últimas entregas están dedicadas a Mao Tse Tung, a León Felipe, a Miguel Hernández, a César Vallejo, a Luis Cernuda y el libro inédito de Rafael Alberti "Cuaderno de Rute" representan una importante aportación literaria, así como la antología poética de José Bergamín "Por debajo del sueño". A LITORAL nadie le financia: sólo sus lectores. Es independiente. En su poesía, en su pensamiento.

Litoral

1445 1446 1447 ● José Bergamín

ANTOLOGÍA PERIODICA II



TOMO II

VI. POLITICA

I. Defensa de la República

II. La Guerra Civil

III. El exilio

IV. Contra el exilio y la Restauración Monárquica

V. Análisis de la transición política española



0212-4390-22



9780212439027



portada *Joaquín*

Littoral

145 146 147 ● José Bergamín

ANTOLOGIA PERIODICA II

Ministerio de